BIBLIOTECA "QUINTILIANO"
LOGROÑO

S 78. AM/2057

Reg. nr 2/125

DISCURSOS.

COLECCIÓN

DE

LOS OCHO PRIMEROS DISCURSOS

LEIDOS POR EL FUNDADOR, PROPIETARIO Y DIRECTOR

DEL

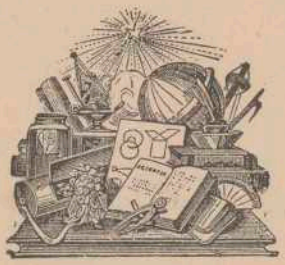
COLEGIO DE 1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

DE

EL RASILLO DE CAMEROS (LOGROÑO),

Dr. D. José Saenz Navarrete

EN OTRAS TANTAS SOLEMNIDADES DE APERTURA DE CURSO.



SEVILLA.
Imp. y Lib. de Antonio Izquierdo y sob.º
Francos, 60 y 62.

1883.

R. 125

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

Se imprimen á ruego de los padres de los alumnos.

—=—

Es propiedad y queda hecho el depósito que marca la Ley, no pudiendo reimprimirse sin permiso del Autor.

†

Á LA IMPERECEDERA MEMORIA

DE

MI INCOMPARABLE ESPOSA

la Sra. Doña Rosina Barral,

(Q. E. P. D.)

El Autor.

I.

AÑO ESCOLAR DE 1869 Á 1870.

Señores:

Mucho tiempo he vacilado sobre la manera de hacer mi presentación, mi exhibición si queréis, mi *debut* ante vosotros.

Desde luégo juzgué que mi nueva posición social, mi palabra empeñada, vuestro excesivo y nunca sobradamente estimado favor al entregarme la dirección de vuestros niños, al poner en mis manos sus caminos, es decir, sus destinos futuros, exigían de mí una manifestación explícita, una explicación clara y circunstanciada de lo que sucintamente he podido indicaros en mi anuncio circular de Julio; desde luégo juzgué que debía manifestar á los padres de mis niños todo mi pensamiento respecto á su educación; pero ¿en qué términos? en qué forma? Esto era lo que me preocupaba. ¿Haré un discurso de efecto, un trabajo de relumbrón, un escrito en el que me esfuerce por reunir los encantos de la poesía con la galanura de la oratoria, las bellas creaciones de la fantasía con los brillantes preceptos del arte; ó, más bien, leeré el sencillo prólogo de mi futura sencilla obra, y, dejando á un lado adornos que casi siempre encubren faltas, hablaré el lenguaje de la buena amistad, el lenguaje fácil tan emparen-

tado con la verdad? ¿Haré mi entrada oficial en carro de triunfo, ó en modesta cabalgadura? En una palabra, hablaré á la imaginación de los que me escuchen, ó hablaré á su inteligencia y corazón?

Tal era la cuestión, tal la duda que me ocurría, y que resuelta en favor del último extremo por ese juez interno que, cuando no es seducido por la pasión, suele fallar con notable acierto, ha de marcar mi proceder en este momento. Lleno está el mundo de alardes oratorios; poblada nuestra época de bellísimas concepciones que, á manera de las sustancias micáceas, deslumbran con su apariencia sin que de su escrupuloso exámen quede más que fríos y las más veces sensibles desengaños. No es, pues, un elegante discurso; no es un trabajo de pretensiones el que os he de leer; es simplemente lo que os he dicho ya: el sencillo prólogo de mi futura sencilla obra; obra que, en medio de su sencillez, envuelve inmensa trascendencia, incalculable interés para los que en ella han de ser actores.

Se trata, señores, de inaugurar un Colegio, una Escuela de 2.ª enseñanza, de esa enseñanza que se llama segunda porque va precedida de otra correspondiente á los primeros albores de la razón y que se da en las escuelas dichas por esto de primeras letras.

El estudio de las lenguas, y especialmente el de la lengua patria es uno de los objetos de establecimientos como el que hoy inauguramos. ¡Ah, señores; si yo pudiera estenderme en consideraciones sobre la importancia del estudio del lenguaje!

La palabra es la expresión del pensamiento, es el admirable signo de esa vida interna y espiritual que coloca al hombre en el sér de tal, constituyendo su más acabada diferencia de todos los demás seres que forman ésta universalidad, éste prodigioso conjunto de seres visibles.

La palabra es el gran recurso de la vida humana, es el inestimable don de Dios en favor del hombre, y sin el cual éste no existiría, porque el hombre no puede vivir sino en sociedad con otros hombres, y sin la palabra, sin este prodigioso reflejo de la idea la sociedad sería absurda é imposible.

La palabra es el gran tesoro con que el Autor de la naturaleza enriqueció al que destinara para rey de la creación. La palabra..... pero ¿á qué repetirlo? La palabra, según se ha indicado, es al concepto, es á la idea, lo que el humo es al fuego; y á la manera que el desarrollo é incremento en aquél dicen incremento y desarrollo en éste, así el lenguaje, á medida que se desenvuelve y perfecciona en nosotros, revela indefectiblemente desenvolvimiento y perfección en el espíritu: por eso ha dicho un respetabilísimo escritor moderno: «Estudiar el lenguaje es estudiar el pensamiento; el adelanto en un ramo es un adelanto en el otro; así lo trae consigo la íntima relación de la idea con la palabra.» (Balmes. Gram. Gen. Cap. 1.° n.° 3.)

Al estudio de la lengua patria uniremos en amigable y familiar consorcio el de la lengua madre, es decir, el de la *lengua latina*, de esa lengua que es para nosotros el vivo retrato del pueblo más vigoroso de cuantos han existido; de esa lengua verdadero arsenal de todos los materiales científicos y religiosos; de esa lengua inmortalizada por los Cicerones, los Virgilios, los Tácitos y los Jerónimos; de esa lengua harto descuidada hoy, por desgracia, pero no por eso menos necesaria para todo hombre medianamente ilustrado; de esa lengua, por último, sin cuyo estudio es imposible de todo punto el buen hablista español.

Por vía de adorno, y saliéndonos de lo reglamentario, de lo prescrito oficialmente, dedicaremos también algunos ratos al estudio de lenguas vivas europeas y principalmente de la francesa, tan conveniente por no decir necesaria en la época presente.

Pero el estudio de las lenguas no ha de absorver por completo nuestro trabajo; lejos de eso, sólo formará un pequeño trayecto en el camino que nos proponemos recorrer.

Hemos de recorrer el universo entero, ora contemplando sus mares y continentes, sus costas y sus orillas, sus grandes rios, sus verdes colinas, sus nevadas crestas, sus fértiles llanuras, sus escarpadas rocas, sus abrasados arenales, sus florestas impenetrables, sus sábanas verdosas, sus hielos, sus volcanes, sus valles, sus desiertos, sus pueblos y ciudades, su es-

maltado cielo, su interesante atmósfera con sus meteoros, por medio de la geografía; ora por medio de la historia y la cronología, recordando la marcha de la humanidad desde el paraiso hasta nuestros dias. ¡Cuán grande es, señores, y cuán importante seguir con la vista, desde este pequeño recinto y en breve espacio de tiempo, la marcha de la humanidad entera desde su infancia hasta hoy, observando, sin preocupación de ningún género, sus progresos y retrocesos sucesivos, sus pasos hácia adelante y hácia atrás! Porque, señores, la marcha de la humanidad no es uniformemente acelerada hácia su ideal como algunos soñadores propalan.

Pero más que todo, ¿de cuánta utilidad no es para el hombre del siglo XIX, el estudio de las causas que más ó menos directamente han influido en las diversas evoluciones de la sociedad, y cuán provechosa enseñanza no deberá sacar de aquí para lo presente y lo futuro? Por eso Cicerón dijo que la historia no es más que memoria, recuerdo de lo pasado y lección para lo futuro.

Por el estudio de la historia el jóven de pocos dias se hace hombre de algunos miles de años, y asiste á las batallas, y toma parte en las contiendas científicas, religiosas, políticas y sociales; conversa con los héroes; inspecciona la educación, usos, costumbres, leyes y sociedad de pueblos que há ya muchos siglos desaparecieron de sobre la haz de la tierra.

Por la historia y en la historia, interpretada según las reglas de la prudente crítica, encuentra el ciudadano cuanto ha menester para vivir como conviene en sociedad y para juzgar no sin acierto de la acertada ó inconveniente marcha de la cosa pública.

Las matemáticas, esas ciencias que abrazan en su inmenso imperio las relaciones multiplicadas de la cantidad, de la extensión, del tiempo y del espacio; esas ciencias sublimes en las que el hombre ha hecho progresos que asombran, y de que con mucha razón puede gloriarse, constituirán también una buena parte de nuestra enseñanza; ellas vendrán á ser para la inteligencia de mis queridos jóvenes lo que los ejercicios gimnásticos para el desarrollo de sus fuerzas físicas, y con su estudio quedarán en disposición de emprender más

adelante el de las ciencias físicas y naturales, cuya utilidad es preciso encarecer. ¡Quiera el Cielo que antes de mucho pueda anunciaros el establecimiento de esta enseñanza con todos los medios materiales que son menester para sacar el fruto práctico de ellas, otro de los más notables adelantos de la humanidad!

Pero como el hombre, por efecto de su limitación, tropieza á cada paso en su marcha intelectual, y está expuesto á caídas lamentables, dedicaremos también uno de nuestros principales cuidados al estudio de la lógica que, como arte, prescribe las reglas que deben seguirse para la investigación de la verdad, y, como ciencia, nos da el por qué, la razón de estas mismas reglas. En su estudio no olvidaremos el arte silogística que, digan lo que quieran los filósofos superficiales, es al menos, como dice Cousín, una arma poderosa que da á la imaginación la costumbre de la precisión y del vigor. En esta poderosa escuela se formaron nuestros padres: gran fortuna será poder retener en ella algún tiempo á la juventud actual.

En la psicología nos dedicaremos al estudio de nuestra alma, de este sér que siente, que piensa, que quiere, y que por consiguiente, no puede menos de ser simple é indivisible, y además espiritual é inmortal por su naturaleza. Semejante estudio, así como el de su destino futuro, tiene derecho á fijar toda nuestra atención, todo nuestro conato: y de él sacaremos indudablemente provechosísimas enseñanzas morales.

Al lado del estudio del alma pondremos el de la fisiología, ó sea del organismo y funciones particulares de nuestro cuerpo, de este admirable mecanismo que, pequeño como es á la vista, envuelve en sí todo un cosmos, todo un mundo en miniatura, deduciendo de aquí, y acompañando á este trabajo el muy necesario de la higiene, cuya importancia es harto palpable para que yo me detenga en ponderarla.

Últimamente, señores, dedicaremos todas nuestras fuerzas al estudio eminentemente práctico de la ética, ó sea de la moral, ciencia de costumbres que, basada sobre la firmísima roca de la razón alumbrada por la fe católica, nos trazará el

verdadero camino que hemos de seguir en este revuelto y azaroso mar de la vida. La ética nos enseñará los vínculos estrechos que unen al hombre social con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. La ética católica tomada como guía de conducta hará, así lo espero, de todos los colegiales de El Rasillo útiles y honradísimos ciudadanos, hombres amantes del bien, hombres, en fin, de aquellos de quienes os dije en Julio: «Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el orden.»

Tal es mi programa, tal mi único propósito.

Si, como tenéis derecho á hacerlo, me preguntáis por los medios con que cuento para llevar á cabo mi empresa, os diré: después del favor divino que hoy hemos pedido y que no cesaré de pedir, cuento en primer lugar con vuestra benevolencia, que sabrá dispensar lo que á mi insuficiencia falte; cuento con la docilidad y buen deseo de vuestros niños, mis queridos alumnos, que, cual fértil y bien sazonada tierra, recojerán ávidos la escasa semilla que yo pueda sembrar en ellos, y producirán ciento por uno: cuento además con la eficacísima cooperación de varios meritísimos señores, que me rodean y que, con una abnegación y una generosidad que les honra y que me complazco en publicar, se han apresurado á ofrecerme sus importantísimos servicios que no he vacilado un momento en aceptar, y que hoy acepto nuevamente con tan solemne ocasión; cuento, por último, con mi decidido propósito, con mi irrevocable voluntad de arrostrar cuantas dificultades se opongan á la prosecución de mi fin, cuento con mi enérgica é invariable resolución de proporcionar, sin omitir sacrificio alguno, cuantos medios materiales y personales sean necesarios para la educación científica, moral y religiosa de los jóvenes encomendados á mi cuidado.

Ojalá antes de un año pueda congratularme con vosotros en vista de los resultados.

Hágalo el Cielo, y sea para él todo el honor y toda la gloria.

He dicho.

Colegio de El Rasillo 1.º de Octubre de 1869.

II.

AÑO ESCOLAR DE 1870 A 1871.

«Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el órden....

¿Qué hay tan seductor en el mundo como el inimitable comunismo del hogar doméstico?,...

Si me dais un pueblo bárbaro é inmoral, tendréis que optar entre el despotismo y la anarquía. (Prospecto del Colegio en 1869».)

SEÑORES:

Hace hoy un año que por primera vez tuve el honor de dirigiros la palabra. Jamás se borrará de mi memoria el gratísimo recuerdo de la benévola acogida que mis pobres frases encontraron en vosotros. Nuevo y desconocido para casi todos, entre vuestros aplausos enmudeció mi lengua; y lleno de reconocimiento, os prometí volver á hablaros. Vedme aquí, dispuesto á cumplir lo prometido.

Entonces, y bajo el mismo lema que encabeza estas líneas, os tracé á grandes rasgos los beneficios de la ilustración, las incalculables ventajas de la ciencia; os hice ver el género de enseñanza que á vuestros hijos habría de darse en esta ca-

sa; y unánimes disteis la aprobación más afectuosa. Feliz mil veces si al acabar de abriros mi corazón, al revelaros las convicciones que sobre moralidad abrigo y según las cuales juro educar á los tiernos vástagos confiados á mi cuidado, logro ver el menor signo de vuestra aquiescencia y satisfacción.

I.

Moralidad.—Moral universal.—Moral pagana.

¿Qué es la moral? ¿Qué se entiende por moralidad? ¿No es una misma la moral en todos los pueblos y en todos los tiempos?

La moral, señores, es el conjunto de principios y deducciones prácticas, el sistema de derechos y de deberes á los cuales debe el hombre conformar sus acciones, todas sus acciones, y hasta sus omisiones; es la regla práctica según la cual deben regularse todos los actos humanos, es decir, todos los actos libres. La moral es la inmutable, la eterna base sobre que descansa el recto uso de la voluntad humana, y sobre la que aparenta descansar áun en sus mayores estravíos. La moral es la bondad, es la justicia misma de Dios; necesaria como Él, inmutable como Él, eterna é invariable como Él; es una emanación, dispensadme la frase, de la divinidad; es la divinidad misma, por decirlo así, reflejada en las criaturas racionales en cuanto son capaces de mérito.

Necesaria he dicho, inmutable, eterna é invariable; y de aquí comprenderéis que no puedo colocar la idea, la esencia de lo recto, de lo justo y de lo bueno, en la libre voluntad de Dios en cuanto que á su arbitrio esté ó haya estado la alteración de los principios fundamentales de la moral: ¡cuánto menos en las falibles y muchas veces erradas apreciaciones de la sociedad! No; la divinidad no es lo que es por su libre voluntad sino por la absoluta necesidad de su esencia; es más, la divinidad no existiría, la idea de Dios sería una quimera, si pudiese no ser lo que es. Si, pues, la moral es el reflejo de la justicia y bondad de Dios, si es la imagen misma de la bondad divina, como ésta es necesaria; como ésta es

eterna; como ésta es inmutable; que no es posible que el reflejo, la imagen y la copia cambien sustancialmente permaneciendo inalterable el original á que se refieren.

Ahora bien, señores, sentadas estas breves premisas de profunda filosofía, en cuyo desenvolvimiento me entretendría con no poca fruición si la naturaleza del discurso lo permitiera; ¿podrá haber variación perceptible en la apreciación de la moralidad entre los diversos pueblos, ó lo que es igual, no será una misma la moral en todos los pueblos y en todos los tiempos?

Oid. En el fondo del alma humana, en lo íntimo de la racionalidad, allá en lo recóndito del sér de hombre hay una doble facultad, de entender y de querer, una doble propensión hacia lo verdadero y lo bueno, y un doble como depósito de verdad y de bondad. Sí, señores; en lo recóndito del sér de hombre hay un fondo de verdad que no permite errar siempre, y un fondo de bondad del que no es posible prescindir; y como hay primeros principios especulativos, base de todos los conocimientos científicos del hombre, así hay primeros principios prácticos, verdades morales fundamentales comunes á todos los hombres, á todos los países y á todas las edades. Á la manera que á nadie es lícito dudar del principio de contradición, así no se hallará quien desconozca la moralidad de aquel otro de «*no hagas á tu prójimo lo que no quieras para tí.*»

Pero la naturaleza del hombre es esencialmente finita, esencialmente limitada, y sus excelencias acaban muy pronto cuando se la considera entregada á sus propias fuerzas. Expuesta á todo género de errores, se la ve caminar de yerro en yerro y de precipicio en precipicio; é inclinada y propensa al mal, no hay especie de absurdo práctico en que con frecuencia no haya caído. Llenas están las páginas de la historia de concluyentes hechos, que yo citaría en este momento, si no temiese herir vuestra susceptibilidad; porque, en efecto: ¿á qué repetiros lo que todos conocéis perfectamente? ¿Á qué recordaros, por ejemplo, que hubo pueblos como Esparta y Egipto, y códigos como los de aquellos países que consideraban lícito el merodeo, el robo y el pillaje; es más, que ha-

tican del arte de robar (en Esparta) uno de los artículos principales de educación para sus jóvenes? (Plutarco y Sexto Empírico).

¿A qué recordaros que hubo pueblos, como Atenas y muchos de los germanos, en que estaba permitida la exposición pública de los niños cuando sus desnaturalizadas madres no tenían á bien hacer con ellos lo que las bestias más fieras jamás dejaron de hacer con sus hijos? Ved, sin embargo, lo que á este propósito dice Mr. Terme en su Historia de los Expósitos: «Se encuentran, dice, entre los antiguos poetas cómicos y trágicos numerosos pasages que prueban cuán común era entre los griegos el abandono de los recién nacidos. Escogían para exponer al niño, las plazas, los mercados, los templos, el punto de reunión de muchos caminos, los bancos de las fuentes, la orilla de los ríos, y en una palabra, los sitios más frecuentados, cuando la madre quería que una mano extraña recogiese á su hijo ó hija; pero si deseaba su muerte, lo abandonaba en lugares desiertos y escarpados, lo depositaba en la espesura de un bosque, en las aberturas de los árboles, ó lo precipitaba en una cloaca ó en el fondo de un río, ora envuelto en papiro barnizado de betún, ora acostado en una cesta de junco.... En Atenas se exponían los recién nacidos en un gimnasio llamado Cinosarges. A veces la feliz casualidad llegaba en auxilio del párvulo que sus padres habían abandonado con objeto de darle muerte. Unos pastores salvaron á Edipo condenado á ser devorado por los animales feroces, y abandonado en un sitio desierto; y también alcanzó esta felicidad el nieto del rey Gargoris.»

¿A qué deciros que hubo pueblos, como la India y Lacedemonia, donde las leyes permitían á los padres matar á sus tiernos niños, degollar, despedazar á sus propios hijos por cualquiera imperfección física que del vientre de su madre sacasen ó que después llegasen á contraer? ¿Pero qué? La sociedad misma tomaba á su cargo la ejecución de tan bárbaro atentado. «Por lo demás, dice Plutarco hablando de Esparta, desde el momento en que nacía el hijo, no se le permitía al padre criarlo á su voluntad, sino que él mismo lo llevaba á cierto sitio destinado á este objeto, que se llamaba Lesché.

Los más ancianos de la república visitaban al niño, y si lo encontraban hermoso, bien formado en todos sus miembros y robusto, mandaban que se le diera alimento; pero si les parecía feo, contrahecho ó enfermizo, lo mandaban arrojar en un estanque, que llamaban vulgarmente los Apotetes, el cual estaba cerca de la ciudad, al pié del monte Taigetes; creyendo que no era útil para el niño ni para la república que viviera, en atención á que desde su nacimiento estaba dispuesto á ser débil y enfermizo toda su vida.» «Es uso admitido entre los catehenses, dice Estrabón, examinar los hijos después del segundo mes, y juzgarlos públicamente; si su figura es legítima y merecen vivir, el rey los absuelve; pero si no, son condenados á muerte.»

¿Á qué deciros que hubo pueblos como la Fenicia, la Armenia, la Lidia, Babilonia, la Grecia y el Egipto, donde la prostitución era un deber religioso, un acto de culto público á sus hedioudas divinidades, y donde, por consiguiente, no había doncella noble ni plebeya que se librase de tan negra mancha? (Estrabón, Herodoto y Sexto Empírico). ¿Á qué deciros que hubo pueblos, como los masagotas, los bactranios, los derbices y otros en Asia, los etiopes en el África y los prusianos en Europa, donde el buen hijo, el hijo que era digno de llevar este nombre, debía quitar la vida á su venerable padre septuagenario, con el bárbaro pretexto de ahorrarle las penalidades de la ancianidad? (Herodoto, Onesícretes, Estrabón, Landolfo y Hartknoch).

¿Á qué deciros que el divorcio, ese cáncer de la familia y de la sociedad fué el tirano que dispuso á su antojo por muchos siglos de la suerte de la infortunada mujer? ¿Á qué recordaros que hubo pueblos, como casi todos, donde la sangre de innumerables víctimas enrojecía diariamente el ara de sus absurdas divinidades; sirviendo luego la carne de manjar predilecto en el repugnante festín de los sacerdotes con los parientes más próximos, con los padres, con los hijos, con la familia, en fin, del sacrificado? ¡Chronos y Moloh! ¡Infames deidades! ¡Cuántos millares de víctimas contaréis inmolados á vuestra voracidad! ¡Cuánta inocente sangre derramada para saciar vuestra estúpida sed!!!.....

¿Á qué recordaros, por último, que del uno al otro polo en todas las naciones paganas, las leyes, las instituciones, la religión, las costumbres, todo, absolutamente todo estaba como penetrado de sensualismo y gobernado por la fuerza bruta? Díganlo en voz muy alta los esclavos, los parias, los ilotas....

Pero no es esto sólo, señores; no es sola la antigüedad la que nos ofrece estos tristísimos ejemplos de la degradación á que ha llegado la naturaleza, la sociedad humana, cuando se ha visto entregada á sus propios recursos; también los tiempos modernos ofrecen no poco que lamentar donde quiera que la revelación no es la norma de las costumbres y de las creencias. Abrid los libros de Herrera, Gómara, Oviedo, Pedro Martir, Antonio de Ulloa y Jorge Juan; los de Solís, Barbot, Garcilaso, Malte-Brun, Moore, Labat, Le Maire, Vaillant, Artus, Kolben, Navarrete, Charlevoix; y por no aglomerar nombres, leed los anales de la propagación de la fe, y en ellos veréis repetidos, copiados con toda exactitud, los desgarradores cuadros que de la historia antigua hemos diseñado á grandes rasgos. Lo que habéis visto practicado en los diversos pueblos del Asia, en África y Europa, eso mismo, ni más ni menos, veréis fotografiado en la América del Norte y en la América del Sud, en la Occeanía y la Australia, en la Corea y el Japón; eso mismo veréis continuado en el África y en el Asia, y lo que es aún más digno de notarse, eso mismo, poco más ó menos, veréis reproducido en pueblos que, como el Egipto, fueron en otro tiempo el emporio del saber y de la civilización.

Á la vista de un suceso de tal naturaleza, no hay inteligencia que no se muestre ávida de conocer la causa, ni corazón que no pregunte por el remedio; y en efecto, el hecho es de tal importancia que bién merece nos fijemos un momento, en el descubrimiento de una y otro.

II.

IMPOTENCIA DE LA HUMANA RAZÓN.—MORAL CRISTIANA.

A poco que se reflexione sobre el hecho que con tan repetidos documentos históricos acabamos de presentar,

preciso es convenir en que la razón humana, por más que en sí tenga los gérmenes de verdad y de moralidad que á nadie es lícito negar, se encuentra también rodeada por todas partes de su propia finitud y expuesta, por consiguiente, á innumerables estravíos, especialmente en la parte que concierne á las costumbres. No hemos examinado á la sociedad únicamente en su estado semisalvaje; la hemos estudiado también en los pueblos más cultos como Atenas y Roma, donde la sabiduría humana debió hacer todos los esfuerzos posibles para contener al hombre en su deber; y sin embargo, en todas partes, en Atenas como en Esparta, en Roma como en el mundo bárbaro la hemos visto claudicar lastimosamente, y no ya en hechos aislados de los que ningún pueblo está libre, sino en las instituciones mismas, en la religión, en las leyes, en las costumbres; y si hubiéramos querido ahondar un poco más, hasta en la filosofía misma la hubiéramos sorprendido.

Bién podemos, pues, sin faltar á las leyes de la lógica, antes bién acomodándonos á ellas, deducir de un hecho tan universal y tan universalmente reconocido, la impotencia de la razón humana para marcar y seguir la ruta de la verdadera moralidad, el destino que la Providencia en sus eternos decretos señalara al que por su excelencia fué llamado el Rey de la creación.

Pero si esto es lógico, si esto debe ser así, no lo es menos que la Providencia no ha podido, humanamente hablando, dejar al hombre entregado á su propia debilidad, envuelto en su miserable impotencia, y expuesto sin remedio á sucumbir ante su natural imperfección. No; semejante hipótesis sería de algún modo contraria á la bondad y á la justicia de su Hacedor, no menos que á su infinita sabiduría; y es preciso rechazar como absurdo cuanto, como quiera que sea, ofenda á los indiscutibles atributos del Sér Supremo..

Al llegar á este punto no será fuera de propósito observar que la impotencia que, con la historia en la mano, venimos mostrando, no es una impotencia física, ni mucho menos metafísica, es solamente impotencia moral que resulta, no de los constitutivos esenciales del hombre, en los cuales hemos visto los primeros principios, los principios fundamen-

tales de la ciencia y la moral, con la facultad expedita además de entender y de querer y por lo mismo de raciocinar y deducir consecuencias lógicas de aquellos principios; sino de las dificultades, de los estorbos, de los inconvenientes y de los alicientes que por do quiera le rodean, y que si cada uno en particular es perfectamente vencible, todos juntos y aglomerados aunque no sea más que por continuidad, constituyen un obstáculo verdaderamente insuperable.

Pero además; volvamos los ojos á la historia, y veamos si por acaso encontramos el remedio al mal allí donde hemos visto y lamentado la enfermedad. En efecto, señores al hacer nuestro rápido viaje por los diversos pueblos del globo, hemos pasado desapercibido uno, pequeño en población y extensión; pero que no por eso deja de ser interesante al objeto. Allí no hay merodeo ni pillage legal; allí no hay exposición pública de infantes, ni prostitución religiosa, ni parricidio, ni divorcio inmotivado, ni sacrificios humanos, ni esclavitud de por vida: allí hay leyes terminantes que bajo gravísimas penas prohiben cuantos excesos hemos lamentado en los otros pueblos; leyes que en medio de su terrible severidad envuelven un no sé qué de lenitivo y suavidad desconocido en todos los demás códigos: allí parece debiéramos buscar la norma de nuestra moral, si en sus libros sagrados y en sus instituciones todas no hallásemos repetido sin cesar, como tema obligado, que su existencia no es propia, que sus códigos, sus creencias, su culto, sus prácticas y su razón de ser se refieren, como la sombra á la luz, á otro código, á otras creencias, á otro culto, á otras prácticas y á otro pueblo, que vendrá en el trascurso de los siglos.

Fácilmente comprenderéis que hemos llegado al cristianismo, del que fué precursor el judaísmo.

Corría el siglo VIII de la fundación de Roma, el IV de los Seleúcidas, el I de la era hispana, la Olimpiada 194, el último periodo de las semanas de Daniel; y cuando las puertas de Jano estaban cerradas en Roma, cuando los cántabros, partos y germanos daban un momento de tregua al Imperio, cuando el mundo entero, por una rarísima coincidencia, gozaba por todas partes de extraordinaria paz, *toto orbe in*

pace composito nace al mundo en Judea el divino fundador de la religión cristiana, Jesucristo señor nuestro.

Jesucristo y su religión, Jesucristo y su moral; ved aquí la verdadera síntesis de todos nuestros esfuerzos, ved aquí el ideal más perfecto de todas nuestras aspiraciones: ved aquí el astro luminoso sin cuya presencia todo fué oscuridad, y bajo cuya influencia bienhechora entró en el mundo la luz, la ciencia, la moralidad, el progreso y la civilización; ved aquí el poderoso auxiliar dispuesto por la Providencia para marcar el camino á la humanidad, y ayudarle en su carrera. Jesucristo y su religión, Jesucristo y su moral: ved aquí el grande, el único grande acontecimiento realizado en la historia del género humano; ved aquí el poderoso elemento de vida obrando en los tiempos antiguos bajo la forma simbólica del judaísmo, y en los modernos bajo del Catolicismo, que, de una sociedad corrompida y degradada, ha sabido hacer sin violencia, sin auxilio humano, sin otra máquina que la del heroísmo en el sufrir, la de la caridad y la del amor universal, de todos los pueblos un solo pueblo; de todas las razas una sola raza; de todas las familias una sola familia, y de todos los hombres otros tantos hermanos iguales ante Dios, iguales ante la ley, iguales en sus deberes é iguales en su destino; sin esclavitud, sin servilismo, sin el dominio de la fuerza bruta y sin tantos y tantos crasísimos, errores teóricos y prácticos en que sin él estuvo envuelto el mundo pagano, como ligeramente hemos reseñado *en parte* y sólo *en parte*, porque, según la feliz expresión de un escritor contemporáneo: «Hay museos en los cuales un hombre honrado se negará siempre á servir de cicerone.»

Señores, he terminado; y he terminado cuando debiera comenzar: he terminado, porque temo mucho seros molesto; y debiera comenzar, porque ahora es precisamente cuando entraba en el plan del discurso separar el verdadero del falso cristianismo, el Catolicismo de todas las falsas sectas, la moral católica de la moral racionalista y mal llamada filosófica; campo amenísimo para la polémica, lleno de interés de actualidad, y donde, por consiguiente, hubiéramos podido pasar un rato agradable y provechoso á la vez; pero, repito,

temo molestaros, y prefiero dejar intacto un asunto que podrá muy bien servirnos de objeto en otra ocasión análoga.

Entre tanto sabed que la moral que en esta casa han de aprender vuestros niños será la moral católica en toda su pureza, sin mezcla de ningún género; porque la moral católica es la verdad, y la verdad no es divisible ni admite transacción alguna con el error. Con ella y por ella, no lo dudéis, nuestros queridos jóvenes serán lo que todos deseamos; laboriosos estudiantes, sumisos y amantes hijos, corona de sus padres, para después ser á su vez dignísimos ciudadanos, morales é ilustrados ciudadanos; ciudadanos, en fin, de aquellos de quienes no me he de cansar de repetir: «Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el órden.»

He dicho.

Colegio de 2.ª Enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1870.

III.

AÑO ESCOLAR DE 1871 Á 1872.

Señores:

Al tratar de continuar mi interrumpida tarea, al querer reanudar el hilo del discurso cortado en la apertura del año anterior, al tomar sobre mí la pesadumbre del compromiso que en aquel momento contraje me he sentido agoviado, os lo confieso, y como abrumado por la inmensa dificultad, mejor diré, por la imposibilidad de llevar á cabo mi cometido. Y no es, señores, que el asunto en cuestión no se preste á lucubraciones literarias de todo género; no es que la materia deje de ser apta para todo linaje de formas; no es tampoco que se encuentre á una altura inconmensurable para las inteligencias medianamente educadas; es que al intentar seriamente abrazar su esfera, al querer penetrar de lleno en su fondo, un horizonte ilimitado se presenta á mi vista y no veo cómo poder recorrerlo, siquiera sea superficialmente, en los angostos límites de un discurso.

Que el cristianismo es el grande, el único grande acontecimiento que registra la historia del género humano, y que bajo su influencia bienhechora entró en el mundo la luz, la ciencia, la moralidad, el progreso y la civilización; que el gentilismo en sus diversas y divergentes fases no es más que un conjunto informe de absurdos teóricos y horrores prácti-

cos, tales y tantos que no es posible recordarlos sin que las manos cubran instintivamente el rostro en señal de vergüenza, cosas son bien demostradas en mi discurso último. Todavía, á no dudarlo, vaga por los ángulos de este recinto el ingrato recuerdo de numerosos hechos citados indistintamente de la historia de todos los pueblos y que, á no verlos atestiguados y confirmados por autoridades irrecusables, pudieran parecer engendros de una acalorada imaginación oriental.

El cristianismo ha salvado al mundo en la deshecha borrasca por que atravesó durante los cuarenta siglos anteriores á su aparición; el cristianismo ha salvado la luz de la inteligencia, la rectitud de la voluntad, la racionalidad del individuo, la dignidad y estabilidad de la familia, la integridad de los vínculos sociales; el cristianismo ha salvado al mundo. Pero ¿dónde está el cristianismo? Porque, señores, desde Jesucristo hasta nosotros son tantas las comuniones religiosas que han pretendido el derecho exclusivo á este título, y tantos los infatuados, por no decir otra cosa, que han querido aparecer como reformadores de las creencias y prácticas de sus padres, que sería obra de nunca acabar el proyecto de acometer su exámen minucioso y de rebatir particularmente sus más ó ménos inconexos sistemas. Afortunadamente para nosotros, la inmensa mayoría de esas sectas han desaparecido de la arena víctimas de su misma debilidad; y en el vasto panteón de la historia sólo queda una lapida que nos recuerda su existencia. Pasaron, como pasan todas las obras del hombre, á impulso de su propia caducidad; solamente viven Dios y las cosas que Dios hizo para que vivan.

Pero áun en el revuelto torbellino de la sociedad moderna, ¿dónde está el cristianismo? ¿dónde se conserva ese elemento divino que con su influencia bienhechora transforma las sociedades degeneradas, y preserva de la corrupción á las que por naturaleza son perecederas?

He aquí la cuestión cuyo desenvolvimiento hemos de comenzar hoy, siquiera tengamos que continuarlo, por falta de espacio en, los discursos de los años siguientes.

Señores: muchas veces lo he manifestado en cuantas ocasiones he tenido oportunidad de hacerlo, así en público

como en privado: *Fuera del Catolicismo nada hay en materia de religión que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana; el Catolicismo y solo el Catolicismo es el que reune en sí los atributos, las propiedades y los caractéres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.*

Tal vez, y sin tal vez, hay alguno que me oye y que no encuentra lo sagrado del asunto muy ajustado á lo profano de mis labios; tal vez y sin tal vez hay algún otro que al verme decidido en el campo religioso, me está contando afiliado en determinada bandera política. Yo suplicaría á los primeros me hiciesen la gracia de su dispensa, no tanto porque mis antecedentes escolares no son enteramente ajenos á las ciencias religiosas, como porque cuando, como hoy sucede, la lucha es general ó, como dicen, en toda la línea, preciso es admitir como bueno todo lo que de algún modo pueda contribuir al éxito de la causa, desde las grandes batallas mandadas por capitanes consumados, hasta las humildes refriegas y guerrillas dirigidas á las veces por simples soldados rasos. En cuanto á los segundos debo hacer una declaración, que no era necesaria para los que me conocéis en la vida íntima.

Señores: de tal manera veo y he visto siempre converger hácia el Catolicismo todos los motivos de credibilidad en punto á religiones, de tal modo creo y he creido siempre cumplir el encargo de San Pablo *rationabile obsequium vestrum*, adhiriéndome con todas las fuerzas al Catolicismo, que mi conciencia está perfectamente tranquila en esta parte en el cumplimiento del deber, y mi inteligencia descansa satisfecha en la posesión de la verdad. Pero de cuantos esfuerzos he hecho durante toda la vida para formarme un criterio fijo en materia de política, sólo he llegado á aprender que las diversas formas de gobierno, aplicadas á los diversos pueblos, son comparables sin dificultad á las varias especies de medicinas y alimentos relativamente á las varias circunstancias de un estómago delicado; que delicada y áun enferma es fuerza considerar á la naturaleza humana, mal que nos pese; y al modo que sólo el estado del paciente puede determinar su

tratamiento médico, así en lo político sólo el estado de la sociedad en materia de moralidad y de cultura es el síntoma característico por donde podremos conocer el régimen político conveniente á cada pueblo; sentando como base en este punto que todas, absolutamente todas las formas de gobierno, bien entendidas, son adaptables á los varios pueblos en las diversas situaciones por que pueden atravesar. Si en tal concepto quisiéseis denominarme con algún mote político, ¿no os parece que tal vez me cuadrára mejor que otro el tan manoseado y desconceptuado de ecléctico? Pero volvamos al asunto.

Al sentar como primera parte de mi proposición que fuera del Catolicismo nada hay en materia de religión que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana, he de dar por sentado y demostrado cuanto en el anterior discurso se dijo y probó relativamente al paganismo y sus diversas formas; he de prescindir también, en gracia de la brevedad, de cuanto pudiera decir examinando las innumerables sectas que en los nueve primeros siglos de nuestra era aparecieron separadas del Catolicismo, y que á manera de ramas cortadas de su tronco murieron y yacen en el olvido; no he de hacer mérito siquiera de ese gran cisma oriental que, engendrado por locas ambiciones de los patriarcas de Constantinopla, y sostenido por el desconcierto del Bajo Imperio vive hoy la vida del esclavo moribundo, merced á las bayonetas y repugnante absolutismo del Czar de Rusia su gran pontífice: he de fijarme únicamente en el protestantismo, en ese mónstruo de inconsecuencias y de inmoralidad que, nacido de la intemperancia, alimentado por las pasiones políticas y fomentado por el libre exámen es la única fuente de todos los extravíos modernos.

Señores: causa grima en verdad la consideración de lo descontentadizos, de lo exigentes que algunos hombres de nuestra época se muestran al tratar del Catolicismo, y lo fáciles que por otra parte son en admitir y abrazar las extravagancias del protestantismo. Que haya hombres desgraciados que separándose de la filosofía cristiana en un solo punto vengan á sumergirse en el piélago inmenso del ateismo, lo

comprendo; es tal la conexión y el enlace entre todas las partes de aquel admirable edificio que movida una piedra es preciso que el conjunto todo se conmueva y derrumbe; pero que haya quien haciendo traición á la lógica se dé por satisfecho con la miserable reforma de Lutero ó de Calvino y todavía se estime en algo, no acierto á entenderlo, os lo confieso.

¿Sabéis cuáles fueron las primeras teorías del padre del protestantismo, Martín Lutero? Pues bien; éste fraile de San Agustín, que herido en su amor propio y levantado en alas de su incalificable orgullo contra el gran León X en cuestión de pura susceptibilidad, sólo buscaba al principio dicterios contra el célebre motor de todos los adelantos científicos y artísticos del siglo XVI y contra la silla de Roma, comenzó después insinuando en sus 95 proposiciones de Witemberg, y continuó más tarde afirmando y ratificando en todos sus otros escritos, que el hombre, en el estado actual de cosas, se halla esencialmente corrompido y tal que Dios no ha podido, sin faltar á su justicia, crearlo como hoy nace y se encuentra; que la verdadera constitución natural del hombre es aquella en que la Escritura y la tradición de consuno nos pintan á los primeros padres entre las delicias del paraiso; que por el pecado original, de que nos habla el Génesis, el hombre quedó trastrocado completamente en su esencia, pervertido para todo lo bueno y apto únicamente para lo malo; que cuanto haga y se esfuerce en orden á reparar por la justificación tamaña desgracia, otro tanto será inútil y áun más que inútil perjudicial y condenable, puesto que sus conatos sólo sirven para el mal; que todo lo relativo á mérito personal es exclusivo y peculiar de Jesucristo que no quiere ni puede querer de nosotros más que una confianza ciega, una seguridad de fe de que se nos perdonan los pecados en el momento y por el hecho mismo de creer que se nos perdonan; que la Iglesia, por lo tanto, no tiene potestad alguna de perdonarlos, limitándose su atribución á declarar que por la fe están ya perdonados; que la libertad de la voluntad humana es una pura ilusión y un nombre sin sentido, puesto que aquella facultad como las otras de nuestra alma obran siem-

pre por el impulso y bajo la presión física *necesitante* de una causa externa, que en último término no es sino Dios, verdadero autor del mal como del bien moral; que todos los actos humanos están perfectamente determinados en la voluntad y presciencia de Dios, de tal manera que la razón lógica de aquéllos está en la predeterminación física y absoluta que, sin tener para nada en cuenta nuestra deliberación en el tiempo, trae marcados ya invariablemente desde ab-eterno los principios, el curso y hasta el fin de nuestra fatal carrera; y en fin, si queréis conservar en pocas palabras la doctrina de Lutero acerca de la razón y de la libertad moral en el hombre, os diré, que para él no existe ni la una ni la otra; y si queréis saber su enseñanza en materia de moral práctica, sólo os recordaré su célebre consejo, su disolvente, su irracional, su detestable consejo: «*Pecca fortiter sed crede fortius et nihil tibi nocebunt centum homicidia et mille stupra.*» Peca lo que quieras y como quieras, llegó á decir aquel infausto personaje, que con tal que creas, nada te perjudicarán ante Dios todos los estupros y homicidios del mundo.

Tales son, señores, los principios, tales las teorías del que saliendo al paso del notabilísimo siglo XVI, fué un verdadero obstáculo, no lo dudéis, al adelantamiento de la época, promoviendo la más desastrosa de cuantas revoluciones se han llevado á cabo hasta el día. Tales son las doctrinas esparcidas por todas partes y repetidas hasta la saciedad en todas las obras de Lutero. Tales son, finalmente, las doctrinas relativas á la actividad del yo adoptadas por sus partidarios, y á las que podría añadirse, como digno complemento, la no menos absurda teoría de Calvino por lo que dice respecto á la predestinación.

Figuraos al Supremo Hacedor de la naturaleza, figuraos al inefable Criador del hombre preparando en la eternidad dos lugares, dos moradas diametralmente opuestas, la una conjunto armónico de todo cuanto pueda formar el ideal más acabado de la felicidad humana, la otra horrible cúmulo de cuanto puede exacerbar la más negra desesperación; figuraos á la Divinidad preparando el cielo y el infierno: figuraos despues á este mismo Dios infinitamente bueno y justo á la

par, eligiendo anticipadamente de entre los que han de formar la especie humana una parte para disfrutar de aquellas inexplicables delicias, y destinando la otra al horripilante lugar del tormento, sin tener para nada en cuenta circunstancia alguna personal de mérito ni demérito en el así predestinado; figuraos luego al Omnipotente llevando con mano fuerte al dichoso electo hasta la posesión beatífica de sí mismo, y arrastrando con igual violencia al infortunado réprobo hácia el eterno lugar de la desesperación y del dolor más acerbo é inaguantable, hácia el infierno eterno; y todo esto al azar, todo esto sin mérito ni demérito alguno por parte del mortal; figuraos, digo, todo esto, si es que vuestra imaginación se presta á *coadunar* elementos tan deformes, y habréis adquirido la idea cabal de predestinación del buen Calvino, digno continuador del no menos digno iniciador de la reforma.

Ante doctrinas tan disolventes, ante la exposición sencilla de tan absurdas teorías, ante el fatalismo erigido en sistema es inútil todo comentario. Señores, cuando se llega hasta la negación del fundamento de la moralidad y por consiguiente de la sociedad, no puede haber más que añadir.

Pero si tales son los fundamentos del protestantismo, ¿cómo puede decirse que de él traiga su orígen el racionalismo? y ¿cómo puede explicarse el establecimiento y progreso rápido de una tan estúpida secta? Vamos por partes.

Verdaderamente se necesita un arriesgado salto de acróbata para pasar sin desgracia de las doctrinas que acabamos de exponer á las que el filosofismo moderno proclama; del nihilismo al racionalismo; pero Lutero es hombre resuelto y orgulloso, antes que lógico, y no repara en sacrificar las leyes de la inteligencia á los inconstantes caprichos de las circunstancias.

Lutero, que en su primera época se había mostrado mil veces devotísimo de la Silla Apostólica, herido luego en lado flaco rompe bruscamente con el mismo Pontificado, y en su ódio contra Roma llega á negar la autoridad del sucesor de San Pedro: condenado por León X apela de su fallo al de las universidades más de su confianza, y especialmente á la de

París; pero las universidades se dan la mano para condenarle, y la de París quema sus obras; apela entonces al concilio general, y el de Trento se dispone á concretar bajo anatema la doctrina católica diametralmente opuesta á la suya; acude á la Escritura, fuente la más inmediata de la revelación, y la Escritura comentada por famosos padres y doctores de la Iglesia, no le permite violentar el texto hasta el punto de entrever siquiera algo que se parezca á sus inventos. ¿Qué hacer, pues, en semejante aprieto? Es muy sencillo. Lutero realiza de pronto un cambio de frente, y olvidándose de cuanto hasta allí dejaba establecido, ó por mejor decir, no obstante lo establecido hasta allí, escribe en su bandera el famoso lema de la libertad de examen; salto prodigioso con el que se vencen y quedan desvanecidos cuantos obstáculos ocurrían al paso. Desde aquel momento solemne, la Biblia y sólo la Biblia es para los protestantes la regla de fe mortal; pero entiéndase bién, la Biblia interpretada por el espíritu privado, es decir, al capricho, al antojo de todos y cada uno de los hombres en cuyo poder quedan desde entonces la autoridad y la infalibilidad que por tantos siglos habian disfrutado malamente los pontífices, los concilios y los llamados padres de la Iglesia; y ved aquí la clave que nos conduce como por la mano á la resolución del primer problema. Del protestantismo ha nacido el racionalismo; porque mediante el principio del libre examen, los racionalistas no han encontrado en la Biblia sino poemas, mitología y exageraciones propias del génio oriental. Del protestantismo ha nacido el racionalismo, como nacieron las herejías de los sacramentarios, anabaptistas, ubiquitarios, calvinistas, osiandristas, socinianos, episcopales, pordioseros, puritanos, concordistas, bayanistas, arminianos, gomaristas, presbiterianos, iluminados, memonitas, jansenistas... Pero á qué continuar? El protestantismo con su libre examen es el caballo troyano de cuyo vientre han salido todos los extravíos modernos. Mas ¿cómo se explica el establecimiento y rápido progreso de una tan estúpida secta?

Señores: Cuando Lutero, desplegando al viento su pendón revolucionario, proclamó en Alemania la célebre refor-

ma, hacía ya muchos años que los pontífices, los obispos, el clero y el pueblo, los reyes y los vasallos, los señores y los hombres de todas condiciones venían clamando sin cesar por la reforma no de la fe, en la que estaban perfectamente de acuerdo, sino de la disciplina y de las costumbres que, por efecto de las vicisitudes de la edad media, habíanse relajado considerablemente: notable coincidencia que dió buena parte del éxito al audaz reformador. La Europa cristiana, la Europa del siglo IV habíase visto de repente invadida por una turba de pueblos semi-salvajes que arrollándolo todo por la fuerza de las armas, no había dejado piedra sobre piedra del antiguo imperio romano; las naciones vencidas, mejor diré, aplastadas por aquel imponderable alud, habian logrado poco á poco incorporarse y áun sobreponerse en parte á los rudos vencedores, pero al probar su amalgama, al intentar asimilárselos y como inocularles su fe y sus costumbres, solamente lograron mejorar sus convicciones, solamente consiguieron hacerles creer; la victoria sobre las pasiones fué mucho más penosa, y áun puede decirse que no fué sino parcial. Las costumbres de los bárbaros continuaron avasallando más ó menos á los hombres del norte, realizándose en ellos lo que tiempo antes se había dicho: *Video meliora proboque, deteriora sequor;* y como el contagio en esta parte ha sido siempre tan fácil y espontáneo, áun los antiguos cristianos viéronse invadidos de su pernicioso ejemplo. Si á esto se añade el desconcierto que en el clero hubo de reinar á consecuencia de inmiscuirse el poder civil en lo eclesiástico con la malhadada costumbre de las investiduras, que puso mil veces en los beneficios, en las sillas episcopales y hasta en la cátedra de San Pedro hombres indignos y escandalosos; y la no menos lamentable influencia de la encarnizada guerra que por tanto tiempo sostuvo el feudalismo contra el poder real, guerra en la que nada pudo permanecer neutral y que el pueblo decidió en favor de los reyes; si á esto se añade la agitación que los emperadores de Alemania causaban en todas partes con sus luchas intestinas y con sus ambiciosas pretensiones sobre Roma y los estados de Italia, al amparo entonces de los romanos pontífices; si á esto se añade la convulsión general á

consecuencia de las frecuentes acometidas de los turcos y mahometanos, y de las expediciones que con el nombre de cruzadas armáronse contra ellos en todas partes; si á esto se añade el nuevo rumbo que la filosofía y la política, las ciencias y las artes habían tomado en los últimos tiempos; si á esto se añaden los titánicos esfuerzos de los envalentonados reyes por desvirtuar y destruir la omnipotencia civil y política que la fuerza de los acontecimientos había colocado siglos antes en manos de los papas, unicos hombres capaces de vislumbrar en aquella oscuridad los eternos principios de la justicia, y de aplicarlos, con acierto las más veces, lo mismo á los grandes que á los pequeños; si á esto se añade el frenesí por la novedad que el descubrimiento del nuevo mundo, el de la pólvora y sobre todo el de la imprenta engendraron en el mundo todo, se comprenderá fácilmente que la sociedad del siglo XVI llevaba en su seno y como en incubación el espíritu de la reforma; reforma cuya aparición, sin embargo, fué prematura y funesta, como prematuros son siempre y funestos los abortos; que no otro nombre merece la tan decantada obra del hijo de Eisleben, del ex-fraile de Erfurd, del profesor de Witemberg, del apóstata, del incontinente, del concubinario Lutero.

Sí, señores; el espíritu de reforma estaba en el ánimo de todos, y Lutero se sirvió de esa palabra mágica para sorprender á los incautos, guardándose muy bien al principio de presentarse hostil á los dogmas, y limitándose á declamar contra los abusos en algunos puntos concretos de disciplina.

Cuando más tarde quisieron él y sus partidarios predicar contra el dogma católico, lo hicicieron con tal seguridad y vehemencia, presentaron con tan negros colores la autoridad de los papas, y los otros artículos que pretendían borrar del símbolo, que no es de extrañar cayesen en la red aquellos entre los cuales gozaban de simpatía ó por su corrección y elegancia en el decir, ó por la solicitud aparente que mostraban siempre en favor de los intereses y derechos del pueblo.

La reforma halagaba al pueblo á quién se decía: todos

somos iguales, todos somos capaces de leer y de interpretar la Biblia sin necesidad de que nadie venga á enseñarla; es preciso acabar con ese abuso de tener reservada la inteligencia de la liturgia y de la Escritura al clero que sabe latín; es preciso igualmente acabar con esas prácticas tan humillantes y embarazosas de la confesión y del ayuno; es preciso acabar con la tiranía del clero y de los grandes que no son más que nosotros, ni tienen derecho alguno para esclavizarnos.

La reforma, por otra parte, halagaba á los malos eclesiásticos, á quienes se decía: no hagáis caso de celibato ni de votos religiosos; esto es inhumano, esto es un abuso; y como si quisieran unir el ejemplo á la predicación, Lutero fraile de Erfurd, Carlostadio arcediano de Witemberg, Zuinglio cura de Glaris, Ecolampadio monge de Ausburgo, Alberto de Brandeburgo gran maestre de la Orden Teutónica y varios otros jefes de la reforma procedentes del clero ó del claustro arrojaron sin vergüenza las insignias de sus votos sagrados y se lanzaron impuros al más escandaloso concubinaje; lo que hizo decir con mucha gracia al mordaz Erasmo, poco más ó menos: «¡Vaya un modo de crucificarse! Por lo visto la reforma no tiene otro objeto que el de trasformar los monges y las monjas en maridos y mujeres. Vive Dios que la tragedia ésta tiene arte de acabar como acaban las comedias, casándose todo el mundo en el último acto.»

Pero la reforma halagaba también á los príncipes; á unos por motivos particulares, y á todos por el interés de las riquezas. En unos países, como en Alemania, el Emperador iba haciéndose demasiado fuerte; la casa de Austria había unido á su corona los ilimitados dominios de nuestra España, y hacía alarde de adhesión profunda al Catolicismo; causas las dos poderosas para que los pequeños príncipes favoreciesen el protestantismo haciendo así la guerra sorda contra él. En otros, como en Francia, hacían falta hombres decididos á luchar contra el mismo Emperador de Alemania, y no se reparaba en colores religiosos, protegiendo indistintamente á cuantos podían coadyuvar al logro del intento.

Algún príncipe, como Felipe Landgrave de Hesse, nece-

sitaba de una dispensa para tomar segunda mujer viviendo la primera, y claro es que la Iglesia Católica no se la había de dar. Algún otro, como Enrique VIII de Inglaterra, tenía igual pretensión de pasar á segundas nupcias, pero sin faltar á la monogamia; por lo que necesitaba que un Crammer, ya que no había querido hacerlo el Papa, anulase su primer matrimonio con Catalina de Aragón, y autorizase el que de hecho tenía ya consumado con Ana Bolena. Otro, como Alberto de Brandeburgo, necesitaba dejar su condición de Caballero Teutónico para constituir familia y hacer en ella hereditario el ducado de Prusia, y todas esas causas fueron desde luégo eficacísimas para entregarlos al servicio de los protestantes.

Pero la gran causa que arrastró á los príncipes hacia el protestantismo, y que dió casi toda la vida á la reforma fué indudablemente el gran botín que ofrecía la campaña. La Iglesia Católica era á la sazón muy rica, riquísima en bienes temporales, y el protestantismo, diestro en este punto, aconsejaba y predicaba su despojo. Ah, señores: ¡Cuánto habría que decir sobre las iniquidades é infamias cometidas en todas partes y principalmente en Alemania é Inglaterra con los perseguidos católicos para despojarlos de los bienes de la Iglesia y aun de sus fortunas particulares!! Seguro es que después de un breve rato preguntaríamos no por las causas del establecimiento y progreso del protestantismo, sino más bien por los obstáculos que se opusieron á su dominio absoluto sobre todos los pueblos de uno y otro continente. Pero me voy haciendo molesto, y deseo evitarlo á toda costa.

Hay tanto que decir del protestantismo y sus iniquidades, que no es posible quedar satisfecho con lo que puede decirse de una vez. Es de esperar tengamos ocasión de continuar diciendo algo. Entre tanto creo haber demostrado, en cuanto me ha sido posible, que el protestantismo, ya se considere en su doctrina, ya se considere en su historia es incapaz de obtener el asentimiento de la recta razón; porque en teoría es un foco de inconsecuencia y de inmoralidad, fuente y origen de todos los extravíos modernos; y en su historia, como dice Bergier, no obedece á un plan fijo, es obra de las cir-

cunstancias, de la casualidad, del interés del momento y sobre todo de las pasiones.

Queda, pues, sentada y un tanto confirmada la 1.ª parte de la proposición: aplacemos para otro año la confirmación de la 2.ª y el término del discurso: y puesto que entre nosotros no hay días intermedios para volver á ocuparnos del asunto, permitid que al despedirme os diga recordando al célebre Fr. Luis de León: Señores, hasta mañana.

He dicho.

Colegio de 2.ª Enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1871.

IV.

AÑO ESCOLAR DE 1872 Á 1873.

«Fuera del Catolicismo nada hay en materia de religión que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana. El Catolicismo y sólo el Catolicismo es el que reune en sí los atributos, las propiedades y los caracteres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.» (Discurso del año anterior.)

SEÑORES:

Después de haber demostrado, en la apertura de 1870, la impotencia de la razón humana para establecer y sancionar un código de moral capaz de contener al hombre en los límites de lo justo, después de haber demostrado, con la historia del politeismo á la vista, que el cristianismo y sólo el cristianismo es el grande acontecimiento que registran los anales del mundo en punto á religiones, y que á su influencia bienhechora se deben la luz, la ciencia, la moralidad, el progreso y la civilización, después de haber demostrado por conclusión que sin el cristianismo no hay medio de llegar á aquel grado de moralidad y de cultura que os presentaba, al inaugurar el Colegio, como necesario y suficiente para que la

sociedad pueda alcanzar y alcance la suma de libertades políticas y sociales á que aspira y tiene derecho á aspirar, traté de haceros ver en el discurso último, leyendo siempre en el mismo libro de la historia, que «fuera del Catolicismo, nada hay en materia de religión, que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana;» y en efecto, girando una mirada en torno de las sectas anteriores al *renacimiento*, vímoslas sepultadas en el olvido víctimas de su propia caducidad, y fijándonos singularmente en el caballo troyano de los tiempos modernos, en el protestantismo del siglo XVI, convinimos sin dificultad en que ya se le considere en su origen, ya se le considere en su doctrina, es incapaz de obtener el asentimiento de la recta razón; porque en teoría es un foco de inconsecuencia y de inmoralidad, fuente de todos los extravíos modernos, y su origen es obra de las circunstancias, de la casualidad, del interés del momento, y sobre todo de las pasiones; como dice sabiamente el abate Bergier.

Pero no basta haber destruido el error en todos terrenos; no basta haber presentado las diversas sectas y religiones, fuera del Catolicismo, como insuficientes para llenar esa necesidad que el hombre ha sentido en todos tiempos, y que hizo decir á Plutarco que es más fácil hallar una ciudad sin edificios que un pueblo sin religión: la razón preocupada en contra de una doctrina, no se aquieta fácilmente con enumeraciones más ó menos escrupulosas; necesita que la misma evidencia la ofusque, por decirlo así, y que al abandonar sus antiguas teorías por las que nuevamente se le presentan, se vea como arrastrada por la luz de la verdad; necesita ser pasiva más bien que activa: y ved por qué no estando en lo humano que mis pobres discursos queden encerrados dentro de las paredes de este recinto, y siendo bien seguro que hayan de llegar á manos de alguno no tan dócil ni tan creyente como vosotros, tengo hoy precisión de hacer ver, aunque sin salir del estilo de amistosa familiaridad con que me he tomado siempre la confianza de hablaros, que *el Catolicismo, y sólo el Catolicismo, es el que reune en sí los atributos, las propiedades y los caractéres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.*

Señores:

Si hay cuestiones para cuyo esclarecimiento no se necesiten grandes esfuerzos de ingenio, y cuyo fallo esté al alcance de todas las capacidades, son indudablemente las cuestiones de hecho: el testimonio de los sentidos para los testigos presenciales, y el criterio de autoridad para todos los demás, son fuentes de verdad de acceso tan fácil y seguro, cuando están adornados de los requisitos exigidos por el sentido común, que no hay juez incompetente en su conocimiento. Esta es la gran ventaja que entre otras ofrece el importante asunto con que he de ocupar vuestra atención.

No consta, señores, que Jesucristo dejase escrito libro alguno durante su vida entre los hombres; sólo sabemos que en ocasión solemne, escribió con el dedo sobre la arena palabras misteriosas, acerca de las cuales no tenemos sino conjeturas y vaguedades; pero existe un libro, un gran libro sin duda, en el que encontramos referidos los hechos más sorprendentes de su extraordinaria vida, relatadas las máximas más principales de su singular doctrina, y consignado con toda claridad lo que podemos llamar sus últimas disposiciones, su testamento, relativamente á la sociedad por él fundada, y que de su nombre ha venido llamándose hasta nosotros la sociedad, la Iglesia Cristiana: este libro es la Biblia, ó si os place más, este libro es el Nuevo Testamento.

Pues bien, señores; en ese libro, cuya genuinidad, autenticidad y veracidad están fuera de toda duda, y de cuya vindicia podemos cómodamente abstenernos, puesto que no sólo es admitido por nuestros más enconados enemigos, los protestantes, sino que forma el arsenal de preferencia de donde sacan, así los argumentos con que pretenden probar su soñado cristianismo, como las envenenadas flechas con que intentan herir al Catolicismo; en ese libro, repito, se nos presenta á Jesucristo formando la pequeña sociedad que más

tarde había de cobijar en su seno á los pueblos de ambos mundos, á los habitantes todos del globo, sin distinción de colores, clases ni condiciones. Humildes pescadores del mar de Tiberiades, ¡quién lo había de decir!, sin posición social, sin riquezas, sin nombre, sin influencia, sin prestigio y hasta sin educación, son en gran parte los cooperadores elegidos para la loca empresa de regenerar al mundo, y de hacerle cambiar completamente de vía, así en lo relativo á creencias, sobre las que tanta variedad y confusión era de notar, como en lo concerniente á costumbres que tan mal paradas andaban por todas partes. Con ellos comienza denodado su colosal campaña; con ellos consigue por do quiera señalados triunfos, y antes de volver al Padre de donde había salido, en ellos deposita todos sus poderes, todas sus atribuciones, toda su misión: «Sicut missit me Pater, et ego mitto vos.» (S. Juan, cap. 20.)

Mas estos elementos democráticos, elevados de repente á la más respetable de las aristocracias, no van á ser independientes entre sí, y como otros tantos jefes desligados de todo compromiso mútuo, no: Jesucristo sabía muy bien que la sociedad, para ser tal, necesita de vínculos comunes, de acción común y, por lo mismo, de un centro común donde radiquen y de donde partan la vida y el movimiento, alma de la sociedad misma; y esta es la razón por qué de entre todos los discípulos segregados de la masa común para depositarios de su autoridad, elige doce, á quienes llama Apóstoles, y á quienes confiere poderes especiales; nombrando, por fin, para coronamiento del edificio social, uno á quien llama Cefas ó piedra, y en quien deposita una autoridad omnímoda sobre toda la grey; sobre las ovejas no menos que sobre los corderos: «Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.» (S. Mateo, cap. 16.) «Pasce agnos meos; pasce oves meas.» (S. Juan 21).

Tal es el bosquejo, digámoslo así, de la primera sociedad cristiana; de aquella Iglesia contra la que nada había de servir la saña toda del infierno, cuyos furiosos embates se predicen desde luégo: «Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.» (S. Mat. 16.) Sociedad visible, como compuesta de

hombres ligados entre sí por los vínculos externos de autoridad y sumisión, por la confesión externa de una misma fe, por la participación externa de unos mismos misterios, y como destinada á servir de faro y señal de refugio á los navegantes todos del inmenso y proceloso mar de la vida: «Mons domus Domini praeparatus in vertice montium et sublimis inter colles» según la valiente espresión de Isaías (cap. 2) y de Miqueas (cap. 4.) Sociedad completa, con sus elementos externos propios, con su fin propio, con sus medios propios, y con la actividad y fecundidad propias para su conservación indefinida, como encargada de propagar la nueva doctrina por todas partes, y de formar aquel místico redil que, al fin de los siglos, llegaría á constituirse de todos los hombres bajo un solo pastor: «Et fiet unum ovile et unus pastor» (S. Juan, 16). Sociedad independiente por lo mismo, y distinta de toda otra; con distinta fundación, con distintos fines, con distintos medios; fundación, fines y medios que, como de orden sobrehumano, no podían estar encerrados en la tan finita y limitada esfera de las demás sociedades, ni por consiguiente depender de ellas: todo lo cual es fácil colegir del admirable libro cuyas páginas vienen sirviéndonos de tópico especial en este discurso.

Pero la misión de Jesucristo en la tierra no podía ser una misión pasajera y del momento; las generaciones futuras, no menos que la presente, necesitaban del auxilio cristiano para no extraviarse en el tortuoso camino de la vida, y para disfrutar de los sobrenaturales efectos de la redención. Todas las gentes, sin distinción de tiempos, debían ser benditas en la descendencia de Abraham: «Et in semine tuo benedicentur omnes gentes.» (Génesis, 22). Perpetua debía ser la alianza predicha por Isaías: «Et faedus perpetuum feriam eis.» Perpetuo y aun eterno debía ser el reino fundado por Dios mismo, y de que nos hablan Daniel y Miqueas sábiamente comentados por los padres y expositores de la antigüedad: perpetuos é indisolubles habían de ser, por último, los esponsales de Dios con su pueblo, los esponsales de Cristo con su Iglesia, profetizados por Oseas: «Et sponsabo te mihi in sempiternum.»

Por eso, cuando trata de instituir á Simón fundamento principal de la nueva sociedad, no se satisface con mudarle el nombre en el de Cefas, que significa piedra ó mejor todavía roca ó peñasco; sino que expresamente nos promete perpetuidad cuando dice: (S. Mat., 16) «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:» pasaje sublime, en cuyo fondo están perfectamente de acuerdo las versiones vulgata, caldea, siriaca, armenia, etiópica, arábiga y persa; cuyo sentido comentan con igual criterio todos, sin distinción, los comentaristas antiguos y modernos, y que constituye realmente el escollo perdurable donde chocan y se estrellan las oleadas embravecidas de los heresiarcas de todos los siglos.

Por eso, cuando da á los apóstoles el encargo de predicar su doctrina, la buena nueva á todas las gentes, tiene muy buen cuidado de añadir: «Estad seguros que permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» (S. Mateo, 28). Por eso también, al darles instrucciones sobre la venida del Espíritu Paráclito, dice: «El, que será espíritu de verdad, permanecerá con vosotros eternamente.»

Perpetua é indefectible, pues, quiso el Salvador que fuese su Iglesia; perpetua é indefectible en la identidad de régimen, no menos que en la identidad de doctrina.

Pero no basta, señores: Jesucristo quiso que su Iglesia fuese infalible; sí, infalible; y no os asuste el calificativo ahora que tanto se juega con su significado. Nada hay tan incuestionable como la infalibilidad de la Iglesia; pero notad bien que por ahora hablo de la infalibilidad de la Iglesia y no exclusivamente de la del Papa: ¡Ojalá tuviese tiempo también para tratar con la extensión debida este último punto tan debatido en nuestros dias!...

Jesucristo, digo, quiso que su Iglesia fuese infalible; es decir, al constituirla juez y maestra en materia de fe y de costumbres, al constituirla norma de nuestra fe y regla de nuestra conducta, quiso y no pudo menos de querer que estuviese exenta de todo error; quiso que no nos enseñase el error por la verdad, el vicio por la virtud; y si lo quiso, lo consiguió; ó cae por tierra su omnipotencia, su filiación divina.

En efecto, señores; Jesucristo, como hemos visto, una vez efectuada la grande obra de la redención, declinó en su Iglesia, en el cuerpo docente, en los apóstoles con su cabeza Pedro, la misión recibida del Padre, de enseñar á la generación entonces presente como á las futuras, el camino de la vida eterna: «Como mi Padre me envió, les dice, así yo os envío.» «Id, pues, predicad el Evangelio á toda criatura.» «Enseñad á todas las gentes lo que yo os he enseñado, y no os olvidéis que estoy con vosotros (esto es, con vosotros y con vuestros sucesores) hasta la consumación de los siglos.» «El que os creyere, ese será salvo; el que no os creyere, se condenará.» «El que os oye á vosotros, á mí me oye; el que á vosotros desprecia á mí me desprecia.» «El que no obedeciere á la Iglesia, el que no la oyere, el que no la creyere, ya está juzgado y condenado; porque no cree al Hijo de Dios.» (San Marcos, San Juan y todos los evangelistas á cada paso).

No puede darse una ley más perentoria; no puede imponerse una obligación más clara; no puede imaginarse una sanción más terrible. Lo que los apóstoles, lo que la Iglesia proponga, eso es lo que hay que creer, eso es lo que hay que cumplir bajo la pena de eterna reprobación. Tal es, en resumen, el precepto de Jesucristo.

Y bien, señores: ¿hay nada más absurdo que concebir á la Iglesia engañándose ó engañándonos en materia de fe y de costumbres, cuando no hace otra cosa que continuar desempeñando el papel de su divino fundador; cuando obra en nombre y por encargo de Jesucristo; cuando está asistida por el mismo Jesucristo, y aleccionada por el espíritu de verdad? ¿Hay nada más absurdo que el Hombre Dios pendiente de una cruz para dar testimonio eterno de verdad en favor de una doctrina expuesta á cada momento á ser lastimosamente corrompida y demudada? ¿Hay nada más horriblemente absurdo que intentar someter la inteligencia de todos los hombres á la de algunos que, de intento ó sin él, puedan inducirnos á los más lastimosos errores; y someter nuestra conducta á los preceptos de otros que acaso, acaso se glorían en llevarnos de crimen en crimen, de vicio en vicio, de degradación en degradación? ¡Y todo esto bajo la incalificable pena

de eterna desgracia, de eterna reprobación!!! Tamaño desvarío sólo podría caber en el desconcierto intelectual de algún desgraciado habitante de los manicomios; y sin embargo, ¡habría que admitirlo en Dios, si la Iglesia no fuese infalible!!!...

No queda, pues, otro remedio que abrazar el deísmo negando toda revelación, todo orden sobrenatural, ó proclamar en voz muy alta la infalibilidad de la Iglesia Cristiana; privilegio que, bien entendido, no significa otra cosa más que exención de todo error en materia de fe y de costumbres, tanto por parte del cuerpo docente ó de la autoridad, cuando se trata de imponer á los fieles una creencia ó un precepto, lo que se ha llamado infalibilidad activa, como por parte del pueblo fiel ó de los súbditos, cuando se trata de obedecer á esa misma autoridad, lo cual constituye la infalibilidad pasiva; fundadas una y otra no en un principio intrínseco que haga, de los hombres cristianos, seres distintos de los demás hombres, sino en la asistencia del mismo Jesucristo que, al instituir su Iglesia y declararla único medio de salud para todos hasta la consumación de los siglos, ha debido y ha prometido tomarla completamente á su cuidado, preservándola de todo cuanto pudiera desnaturalizarla causando su muerte ó su ruina: «Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.» «Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.» «Spiritus veritatis docebit vos omnem veritatem.»

Tenemos, pues, trazados aunque á la ligera los atributos, las propiedades y los caracteres de la Iglesia cristiana, atendida su fundación. La Iglesia Cristiana, hemos dicho, debe ser una sociedad visible, completa, independiente y distinta de toda otra, con jerarcas encargados de la autoridad, y pueblos cuya obligación es obedecer; sociedad cuyo fin próximo es la regeneración y santificación del linaje humano; cuyos límites de extensión no existen; cuya duración se iguala con la del hombre sobre la tierra, y cuya doctrina y cuya moral están garantidas por aquél que dijo: «Yo soy la verdad.»

Ahora bien, señores: ¿cuál es la religión entre las existentes, cuya fisonomía coincida con la de la Iglesia Cristiana

que acabamos de retratar? Veámoslo, y al efecto, hagamos el parangón entre el Catolicismo, cuya causa sostenemos, y el protestantismo que, entre las sectas modernas, es la única que se atreve á romper lanzas con nosotros en esta cuestión.

Hemos dicho que la Iglesia Cristiana es *una* por su fundación; una es también y no múltiple la Iglesia Católica, tanto por razón de su doctrina, en la que toda divergencia es motivo suficiente de expulsión, como en materia de régimen, puesto que unos y unos mismos son para todos, los príncipes encargados de las diversas provincias, uno y uno mismo el cuerpo de obispos, sacerdotes y ministros para todos los puntos del orbe cristiano, y uno y uno mismo el Jefe ó Supremo Jerarca, centro de autoridad y de jurisdicción no menos para los obispos y sacerdotes, que para los simples fieles ó el pueblo. Pudiera decirse que la Iglesia Católica es á manera de pirámide, cuya base es el pueblo fiel, y cuyo vértice es el Papa representante de Jesucristo en su Iglesia. Pero ¿dónde esta la unidad del protestantismo? En materia de régimen, yo no veo sino iglesias locales, provinciales si se quiere, ó á lo sumo nacionales. ¿Qué tiene que ver, en efecto, la autoridad eclesiástica de Londres con la de Berlín, ni la iglesia protestante de Ginebra con la de Oxford...? Por lo que hace á la fe, los protestantes están perfectamente pintados por el tristemente célebre Rouseau, cuando hablando de los de Ginebra, dice: «Los protestantes no saben lo que quieren ni lo que dicen. Se les pregunta si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder. Se les pregunta qué misterios admiten, y tampoco se atreven á responder. No se sabe lo que creen ni lo que no creen, ni siquiera lo que hacen apariencia de creer. El solo modo de establecer su fe es el de atacar la de los demás.» Y en efecto; ¿quién es capaz de contar la múltiple diversidad de sentencias defendidas por unos ú otros desde Lutero hasta hoy? El gran Bosuet, en su «Historia de las variaciones de las iglesias protestantes,» no puede hacer más que apuntar algunas de las principales, de las de más bulto. Pero y ¿qué extraño es que así suceda, cuando carecen de centro de unidad, cuando como quiera que se le considere, el protestantismo es acéfalo, mejor dicho, cuando según el

celebérrimo principio del libre examen, debe haber tantos cabezas cuantas cabezas?..... Ganas dan de afirmar que en el protestantismo no es la unidad sino el número lo que falta.

Visibilidad, *independencia* y *distinción* de toda otra sociedad. Cosas son éstas, señores, que á primera vista parece no pueden faltar á iglesia alguna, y sin embargo los protestantes, al tener que responder de la existencia de la suya antes de Lutero, se ven en la necesidad de renunciar á la primera de estas propiedades, asegurando que existía invisible y comunicando en espíritu con la de los siglos primitivos, ó sea, con la verdadera Iglesia Cristiana de todos los tiempos. Os aseguro que no entiendo una palabra de semejante jerga, y sospecho que tampoco la entienden sus autores. Sólo veo claro que Jesucristo fundó su Iglesia visible, como hemos probado, y que los protestantes confiesan paladinamente que á la suya no cuadra esta propiedad en el trascurso de más de quince siglos; y por ahora, esto me basta. ¿Y qué independencia, y qué distinción han de tener los protestantes, cuando en casi todas partes sus iglesias se han convertido en instituciones puramente laicales, y sus ministros en otros tantos empleados públicos dependientes en un todo de la autoridad civil, tan amovibles como el cuerpo de orden público, sin carácter, y sin que les separe del resto de los creyentes otra cosa que el destino asequible y amisible como se adquiere y se pierde otro empleo cualquiera?

La Iglesia católica, por el contrario, siempre ha hecho alarde y pública ostentación de su existencia, y de su existencia perfectamente distinta é independiente; unas veces ante los tiranos y en los suplicios, otras veces en sus grandiosos templos, con sus majestuosos cultos. No entiendo que haya necesidad de insistir sobre esto. Pasemos adelante.

Que la Iglesia de Jesucristo es *santa;* como no podía menos de ser, atendido su origen, su fundador, su fin y sus medios.

No puedo entrar en pormenores sobre esta propiedad que constituye la vida íntima del cristianismo y el resultado natural del comercio mutuo entre su alma ó elemento interno, y su cuerpo, elemento externo; únicamente quiero recordaros

la evidente manifestación de esta vida íntima en el Catolicismo, á la vez que su ausencia del protestantismo; y para ello, fijad la consideración en la tan sublime como encantadora doctrina moral que desde la infancia habéis aprendido, y en cuya práctica encontráis esa dulzura inexplicable, propia únicamente de la piedad y de la virtud; recordad uno por uno todos esos tipos de santidad, miembros de la Iglesia Católica, cuya vida insigne se nos presenta como objeto de admiración y de imitación á la vez; esa multitud casi innumerable de atletas que dieron y dan su vida por no faltar en un solo punto á su fe y á las prescripciones de la más acendrada piedad; esa numerosísima falange de individuos de ambos sexos que, aleccionados con los consejos evangélicos, pasaron y pasan años y años en la escrupulosa práctica de la más acrisolada virtud, ora en las soledades del desierto, en medio de la más austera penitencia, ora en el retiro del claustro excluidos completamente de los placeres sensuales, y entregados por entero á la vida del espíritu, á las purísimas delicias de la contemplación; esa otra porción escogida de nuestra sociedad que, ardiendo en llamas de amor de Dios y del prójimo, tan pronto surca los embravecidos mares, como atraviesa los abrasados desiertos, unas veces para llevar la luz del Evangelio á los que yacen aún en la sombra de la más supina ignorancia, otras veces para prestar los más esquisitos cuidados al desgraciado, víctima de la miseria, de la peste ó de las balas enemigas; y siempre abandonando para ello cuanto hay de más caro y estimable en la vida de la sociedad, y exponiéndose á peligros de todo género, y á una muerte casi segura; única recompensa que pueden esperar de su tan heroico proceder: recordad esa multitud de edificios suntuosos destinados, unos al culto y prácticas religiosas, otros á la enseñanza de la juventud, y otros al asilo y habitación de los expósitos, de los ancianos, de los enfermos y de los desgraciados; monumentos insignes todos, que revelan con toda claridad la vida y actividad propia del Catolicismo: recordad por último, ese conjunto de hechos maravillosos, como dicen los incrédulos, milagrosos, como decimos nosotros, atestiguados de una manera que ni la crítica más hostil puede recha-

zar, y para cuya explicación está visto que no alcanzan los secretos descubiertos hasta hoy en la naturaleza, ó para hablar con más propiedad, cuya existencia es contraria á las leyes conocidas de la misma naturaleza; recordad, digo, el conjunto de estos hechos, y ved si por sí solos no constituyen la prueba más inequívoca de la prodigiosidad, que á su vez es el sello más fehaciente de la divinidad y por consiguiente de la santidad de la religión.

Volved ahora la vista al protestantismo. ¡Ah señores! No es posible encontrar puntos de contacto en esta comparación; al lado de las valientes figuras que acabamos de trazar, hay que poner las de los impúdicos y repugnantes fundadores de la reforma protestante; al lado de la pureza encantadora de nuestra doctrina, hay que colocar los groseros errores que en pocas palabras compendiábamos en el discurso anterior: la predestinación y reprobación sin nuestros méritos, la pérdida de la libertad de indiferencia en Adán, la inutilidad de las buenas obras, y hasta el horrible y detestable consejo de Lutero de «*peca como quieras con tal que creas.*» Lo que entre nosotros es heroísmo, entre ellos es especulación; lo que entre nosotros es desprendimiento y sacrificio, entre ellos es lucro positivo y oro; sus mártires no existen; su prodigiosidad es nula, y su actividad no es otra que la de la nación á que pertenecen, y con cuyos intereses materiales están identificados.

La Iglesia Cristiana hemos dicho también que ha de ser *católica*, es decir universal sin menoscabo de su unidad; como instituida para todos los hombres diseminados por sobre la faz de la tierra; y en realidad, la nuestra no solamente viene designándose con este magnífico título, con el título de católica, desde los más lejanos tiempos, sino que ya en vida de los apóstoles decía S. Pablo, que fructificaba y crecía en todo el mundo entonces civilizado. No hay más que leer la historia de los diversos pueblos para convencerse de que, en efecto, ella y sola ella ha sido la encargada de penetrar como de avanzada en medio de las tribus bárbaras, y de dar siempre el primer paso en el camino de toda civilización. Apenas se ha descubierto un país cualquiera habitado, cuando la

Iglesia Católica se ha apresurado á enviar sobre él expediciones más ó menos numerosas de misioneros tan celosos como faltos de recurso humano, y que, á costa de su sangre y de su vida, han conseguido siempre plantar, aun en las regiones más apartadas, el lábaro santo de la cruz. Ahí están las memorias y tradiciones de todos los países; y concretándonos á los tiempos modernos, ahí están las de la India, del Japón, de las Américas, de la Australia, de la China y de las innumerables islas que pueblan el occéano inmenso. No parece sino que ávida de cumplir el encargo del divino Maestro, la Iglesia Católica acecha cuidadosa el descubrimiento de un nuevo palmo de terreno, para lanzarse sobre él y fijar allí sus reales. Así es que no hay un país en el mundo civilizado donde no se conozca y se reverencie el nombre de Cristo, y así es también que las estadísticas menos sospechosas para los sectarios, dan siempre al Catolicismo una cifra de afiliados mucho mayor que la que forman las sectas todas reunidas; y esto sin que en nada se pierda la unidad, que es el primero y principal distintivo de la Iglesia de Jesucristo.

No así el protestantismo, que si bien materialmente extendido por una parte considerable del globo, merced á los cañones de los reformadores europeos, es tan vario y tan diverso entre los habitantes de las colonias, como vario y diverso es entre los de las metrópolis; y esto que las misiones protestantes, por oposición á las católicas, cuentan con todo género de recursos, imponen su religión como los artículos de sus constituciones civiles, y acostumbran á contar sus afiliados por el número de los conquistados militarmente, ó por el número de los libros que, gratis y con profusión, reparten siempre que hay quien los reciba aunque sea con el intento de emplearlos, como dice no sin gracia un escritor contemporáneo, para envolver especias; siendo de notar que las conquistas que ellos hacen entre los nuestros, son siempre de hombres corrompidos y tildados por sus malos antecedentes, mientras que nuestras conquistas entre ellos, son por el contrario de los más timoratos y de más sana instrucción.

No cabe, pues, catolicidad en el protestantismo; como tampoco caben *apostolicidad* y *perpetuidad*, que son otros de

los más señalados distintivos de la Iglesia cristiana.

¿Cómo hablar, señores, de apostolicidad, es decir, de origen apostólico, tratandose de una secta cuya aparición es de ayer, y cuyos hechos todos están menudamente consignados en multitud de libros que andan en manos, así de los hombres científicos como de los del vulgo? ¿Cómo hablar de perpetuidad, cuando la existencia del protestantismo dista tánto del punto de partida?

Sola la Iglesia Católica puede presentar una serie no interrumpida de Romanos Pontífices que, como otras tantas unidades de tiempo, miden exactamente el gran período trascurrido desde Jesucristo hasta nuestros días; período en el cual vemos constantemente la presencia del Hijo de Dios al lado de su Vicario, y en medio de su Iglesia para sacarla ilesa de las tan frecuentes como variadas acometidas de que sin cesar ha venido siendo objeto, unas veces por parte de los obstinados infieles, y otras por parte de los apóstatas, de los herejes y de los cismáticos. Sola la Iglesia católica es la que ha podido conservarse desde los apóstoles hasta nosotros una é idéntica en materia de fe, una é idéntica en materia de régimen ó comunión.

Digamos algo, por último, de la *infalibilidad;* y pues que ésta no es propiamente hablando un distintivo, sino uno de los más preciosos dotes con que Jesucristo enriqueció á su Iglesia, veamos sencillamente si en las dos cuyo parangón hacemos, hay algo por donde podamos colegir su presencia, ó bien su ausencia.

Respecto al Catolicismo, yo desafío á todos sus enemigos para que me señalen uno solo de los artículos, ó uno solo de los preceptos en desacuerdo con las doctrinas ó con las máximas del Evangelio; mientras que, por mi parte y con el mayor gusto, me comprometo á poner en claro la falsedad de cuantos artículos constituyen la reforma del siglo XVI, ó lo que es lo mismo, de todos aquellos dogmas y preceptos, en que los protestantes se han separado de su antigua madre. Por ahora baste observar que, mientras que la Iglesia Católica, unas veces por medio de su cabeza visible y otras por el de los concilios generales, viene sin cesar como en posesión

de este privilegio, condenando todas las herejías que han aparecido desde los apóstoles, y estableciendo, ó mejor, formulando los correspondientes dogmas sacados de la revelación, y esto con general aplauso de todos, aun de aquellos que en tiempos posteriores se han separado de ella en otros puntos, inclusos los protestantes; éstos, proclamando su famoso principio del libre examen, quedan *ipso facto* incapacitados hasta para hablar de infalibilidad; á no ser que intenten hacernos tragar el absurdo de que todos y cada uno de sus correligionarios son igualmente infalibles, y por consiguiente todas y cada una de sus doctrinas igualmente verdaderas, por más que cada uno afirme lo que el otro niegue, ó que cada uno afirme lo que él propio después vuelva á negar; error grosero cuya ridiculez no es preciso encarecer.

Nada hay, por consiguiente, en el protestantismo que se parezca á la Iglesia cristiana; nada en el Catolicismo que no esté perfectamente ajustado á aquel modelo; y como de todas las otras sectas menos importantes, pudiéramos decir, poco más ó menos, lo que de la reforma acabamos de indicar, resulta terminado nuestro trabajo, y confirmada la proposición que, tomada del discurso anterior, escribíamos á la cabeza de éste: «Fuera del Catolicismo, nada hay en materia de religión que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana. El Catolicismo y sólo el Catolicismo, es el que reune en sí los atributos, las propiedades y los caracteres, de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.»

Al Catolicismo, pues, y sólo al Catolicismo habremos de acudir en busca de soluciones para los grandes problemas, cuando á ello no alcance la limitación de nuestra inteligencia; al Catolicismo y sólo al Catolicismo, en busca de la regla práctica á la que hayamos de ajustar nuestra conducta tanto pública como privada; al Catolicismo, sí, señores, porque sólo el Catolicismo es capaz de formar el corazón del hombre, el corazón de nuestros queridos alumnos desde su más tierna edad, y de disponerles para que algún día den los frutos que sus amantes padres, que la sociedad, que nosotros tenemos derecho á esperar, cuando, más tarde y completa su

educación, ocupen el puesto que la Providencia les prepare en medio de la gran familia humana.

El credo católico es nuestro credo, y la ley católica es nuestra ley; sin que en esto admitamos acomodamiento ni transacción alguna; porque el Catolicismo es la verdad, y la verdad no puede transigir jamás con el error. No así en materia de política, en la que tolerantes con todos los partidos, y amantes de aquellas formas que más dignidad y perfección suponen en el pueblo, pero temerosos siempre de alentar tendencias peligrosas, nos contentaremos con aplicar el hombro á la grande obra de la educación social, repitiendo una vez y otra aquellas palabras con que tuve el honor de encabezar mi primer escrito al público, al anunciar la fundación de este Colegio: «Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el orden. ¿Qué hay tan seductor en el mundo como el inimitable comunismo del hogar doméstico?... Si me dais un pueblo bárbaro é inmoral, tendréis que optar entre el despotismo y la anarquía.»

HE DICHO.

Colegio de 2.ª Enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1872.

V.

AÑO ESCOLAR DE 1874 Á 1875.

SEÑORES:

La solemne apertura del curso de 1874 á 75 me proporciona la honrosa ocasión de hablaros de nuevo; y el favor siempre creciente, que venís dispensando á este modesto centro de enseñanza, me obliga á hacerlo con satisfacción creciente también en cuanto cabe, y con el doble interés no sólo de corresponder á vuestra inmerecida atención y exquisita benevolencia, sino con el de ofrecer á los amantes del saber, y en especial á estos jóvenes alumnos, algún nuevo elemento de riqueza para su tesoro científico. Conocido es ya de todos mi programa especulativo y práctico; los discursos de los años anteriores ponen de manifiesto, al docto y al que no lo es, cuáles son mis convicciones inquebrantables así en materia de creencias como en punto á la moralidad; y pues que respecto á lo último nos hemos extendido un tanto más, por creer que, si no en el orden lógico, es primero en el orden de los hechos formar el corazón, para que lo siniestro de las pasiones no sea óbice á la educación de la inteligencia, comenzaremos este año una serie de trabajos didáctico-oratorios en que, sin afectación y con lisura, hagamos ver poco á poco cuáles son las

verdaderas, las únicas soluciones que pueden darse á los más importantes y trascendentales problemas que fatigan las inteligencias de los hombres pensadores. Y no es que yo me considere ni pueda considerarme superior á tantas eminencias como en Europa y fuera de ella trabajan con asiduo afán en resolver las importantísimas cuestiones que sirven de base á la filosofía; no es siquiera que yo tenga la vana pretensión de hombrear con las primeras tallas científicas; es que aleccionado por la experiencia de tantos otros que, confiando demasiado en su pericia, naufragaron lastimosamente al engolfarse en las últimas sinuosidades del saber, tendré la precaución, sin temor de que se llame cobardía, de preparar y mantener á la vista el único faro que á la razón puede servir de guía en los momentos de apuro, y contra cuyas indicaciones todo paso conduciría inevitablemente al abismo; es que al penetrar en el campo de la ciencia racional, no soltaré de la mano la luciente antorcha de la fe.

Al tender la vista sobre el mundo científico contemporáneo, no puede menos de llamar la atención la incansable actividad con que se trabaja casi por todas partes en la organización y exposición sistemática de los diversos ramos del saber humano. No hay ciencia ni arte que deje de tener sus cultivadores, sus escuelas, sus publicaciones, sus congresos, y en fin, sus centros de acción y de propaganda. Las matemáticas, la cosmografía, la astronomía, la geología, la antropología, la historia natural toda, la física, la química, la medicina, la historia, especialmente en su parte crítico-filosófica, la lingüística, la etnografía, todo el campo de la razón, en una palabra, se encuentra en efervescencia; pero en lo que se trabaja bajo la forma más dogmática y misteriosa es en lo que propiamente se ha dado en llamar filosofía, y singularmente en la metafísica. Un siglo hace que la Alemania, á favor de las circunstancias porque atravesaban las otras naciones, y merced al carácter especial de sus filósofos, alcanzó y aún conserva la supremacía en este punto; la escuela alemana es la escuela maestra desde entonces, y ora bajo la forma del idealismo trascendental de Kant, ora bajo la del idealismo subjetivo de Fichte, ya bajo la del idealismo objetivo ó iden-

tidad absoluta de Schelling, ó ya, por fin, bajo la del panteismo idealista de Hegel, la metrópoli de la moda filosófica ha sido la Alemania. Los hombres de los demás países han tenido á mucho honor su incorporación á la bandera germánica, y hoy mismo los crasos errores de aquella escuela se introducen con orgullo y con carácter semioficial hasta en las cátedras de nuestras antes celebradísimas universidades. Yo no sé si la Academia de la lengua agradecerá á los germanófilos el caudal de voces, frases y giros con que á semejanza de Catón y Ennio enriquecen la lengua patria; pero no puedo perdonarles la superchería de intentar vendernos como doctrina nueva las aberraciones que estoy cansado de ver y despreciar en las escuelas racionalistas más antiguas; y como no me gusta imitarlos ni aun en el irresistible dogmatismo con que exponen y no prueban sus exóticas teorías, voy á molestar hoy vuestra atención recorriendo ligeramente las principales escuelas filosóficas que, desde los tiempos más remotos, han intentado dar solución, sin contar con la fe, á los grandes problemas relativos á Dios, al hombre, á la naturaleza y á sus mutuas relaciones.

Al querer bosquejar el cuadro histórico de la filosofía entre los pueblos que no conservaron la primitiva revelación en su pureza, nos ocurre en primer término la India, y en la India el panteismo. No ignoro que algunos críticos de juicio han querido decir que los libros de los indios están libres de panteismo, y que los pasajes oscuros de los Vedas tienen fácil explicación en la viveza y exajeración propias de la imaginación oriental; sé también que otros no menos respetables hacen derivar de aquellos libros sagrados el sistema de las emanaciones ó sea el panteismo teológico; pero lo que no puede ponerse en duda es que el sistema Vedanta, reconocido unánimemente como la más genuina exposición filosófica de los Vedas, sienta abiertamente el panteismo, y se esfuerza por de-

mostrarlo. «Solo Brahma existe, dice, y todo lo que no es Brahma es una pura ilusión. Brahma es el Sér uno, eterno, puro, racional y exento de todo límite. Si fuera de él existieran realidades múltiples, limitadas y compuestas, sería preciso que las hubiese producido Brahma; esta producción no sería posible, á no ser que Brahma tuviese en su seno un principio real de imperfección, de limitación y de multiplicidad; cosas que repugnan á su esencia; luego todo lo que no es Brahma es una pura ilusión. De donde se sigue que el espíritu del hombre, en sus relaciones con la verdad, existe en dos estados, uno de los cuales corresponde al de vigilia y otro al de sueño. Cuando considera al mundo, á los hombres y á sí mismo como si fueran seres distintos de Brahma, se encuentra en estado de sueño, y realiza fantasmas de la imaginación; cuando reconoce que Brahma es el todo, se eleva al estado de vigilia, y la ciencia no es otra cosa que ese despertar de la humanidad. Brahma, continúa, es como una masa de arcilla de la cual han sido formados todos los seres particulares; es como la araña eterna que saca de su seno el tejido de la creación, como un fuego inmenso del cual centellean millares de chispas, como el océano del sér, en cuya superficie aparecen y desaparecen las olas de la existencia, la espuma de estas olas, las burbujas de esta espuma que parecen distintas unas de otras y que son el mismo océano. Pero aun estas imágenes son demasiado imperfectas; los diferentes seres pueden á lo más ser concebidos como nombres múltiplos de Brahma, nombres vacíos de sentido y completamente engañosos.» *Vindischsman «De theologumenis Vedenticorum.»* No puede pedirse cosa más terminante.

Pero no es esto sólo. Al lado del panteismo se encuentran sin dificultad otros de los errores modernos entre los varios sistemas ortodoxos y heterodoxos de la India. El Budhaismo ó sistema de Budha, dividido en tres escuelas, enseña otros tantos errores de los que luégo han querido pasar como modernos. Hay una que enseña el espiritualismo é idealismo, sin admitir otra existencia que la de los espíritus; hay otra que enseña por el contrario el materialismo y el sensualismo con su base atomística, y otra, por fin, que no admitiendo más existencia

que la del yo, origen de todos los fenómenos, nos presenta con toda claridad el panteismo subjetivo al estilo moderno.

Paso en silencio los demás absurdos de la India, como lo relativo á las castas, por no ser tan conducentes á nuestro propósito; nada digo del dualismo de los persas con su Ormud y su Ahriman, que representantes durante muchos siglos del bien y del mal, acaban por hacer una alianza monstruosa destructiva de toda moralidad intrínseca y esencial; no me detendré en el dualismo egipcio representado por Osiris y Tiphón, ni aun en las emanaciones de su Piromis, Kneph y Phta, Osiris é Isis; paso por alto el fatalismo astrológico de los caldeos, y las teorías tanto metafísicas como morales de los chinos; omito, por último, el examen crítico de los Eddas con los misterios druídicos y la metempsícosis tan común en todos los pueblos antiguos, y paso de una vez á las escuelas griegas, que tienen el privilegio de haber dado á la filosofía su forma verdaderamente científica

Thales de Mileto, el primero de los siete sabios de Grecia, lo es también de los filósofos de la escuela jónica. Para él hay un Dios espíritu, y una primera materia, el agua, fecundada por aquél: de ella produce todas las cosas. Admite, pues, la materia eterna; pero no es ateo ni panteista. Su discípulo Anaximandro, corrompiendo la doctrina del maestro, no reconoce más principio que la materia caótica, de donde por un eterno movimiento de composición y descomposición, de unión y separación nacen y se originan todos los seres. Anaximeno, siguiendo las huellas de su maestro Anaximandro, tampoco admite más principio que uno, y éste corpóreo, el aire. La dilatación y condensación de este fluido bastan á explicar todas las cosas. Una condensación grande de este elemento inmenso, infinito y en eterno movimiento, nos da los sólidos más duros, las piedras; y una rarefacción ó dilatación extraordinaria nos da fluidos y en último término, fuego. No falta quien atribuya á Heráclito de Efeso una doctrina análoga á las de Anaximandro y Anaximeno; pero afortunadamente para la escuela jónica, el filósofo de Clazomenes, Anaxágoras, la detuvo en esa tendencia grosera y perniciosa que tantos estragos había de causar en aquellas es-

cuelas no menos que en las modernas. Anaxágoras volvió á sostener el espiritualismo de Thales, si bien deslustrado con la materia eterna, atomística, puesta en movimiento circular por Dios, como medio de producción de todas las cosas.

Si de la escuela jónica pasamos á la itálica, encontramos que su fundador Pitágoras, en medio de sus iniciaciones y misterios, con sus números y sus símbolos, con su mónada que dividida da origen á la dyada y entrambas á la tryada, especie de quebrado impropio que al fin y al cabo vuelve á ser unidad entera mediante las metempsícosis más ó menos repetidas, encontramos, digo, que Pitágoras, á la vez que envuelve en densa niebla su doctrina así filosófica como política, deja traslucir en aquélla gérmenes de emanaciones panteistas, y en política rasgos de un verdadero comunismo. No es de extrañar, pues, que la escuela eleatense desenvolviendo estos gérmenes, nos presente desvaríos bien marcados que pasando hasta por el materialismo terminan en el sofisma y en el escepticismo. En efecto; Jenófanes sienta abiertamente el panteismo, y niega hasta la posibilidad de la creación; dando por prueba el tan trillado equívoco de que «*ex nihilo nihil fit*» Parménides establece el mismo principio de unidad absoluta; y como se le objetase con la multiplidad testificada por los sentidos, repuso sin inmutarse que las cosas finitas no son objetivamente reales, sino meras apariencias: de este modo inició el panteismo idealista más de dos mil años antes de que Hegel viniese al mundo. Zenón de Elea, insistiendo sobre la enseñanza de su amigo Parménides, quiso probar la imposibilidad de lo contrario; sacando argumentos *ad absurdum* de la divisibilidad de la materia, del movimiento y del espacio; y, tal vez sin intentarlo, abrió la puerta al escepticismo absoluto. Empedocles, el célebre víctima del Etna, enseñó el dualismo; mientras que Leucipo y Demócrito calculaban el efecto de sus átomos, con sus figuras, sus ganchos, sus movimientos y sus fuerzas, colocándose en el polo opuesto al idealismo. De unos y otros salieron los escépticos Gorgias y Protágoras, que partiendo de distintos puntos vinieron á negar de consuno la verdad objetiva, y el primero hasta la subjetiva; y la degradación filosófica llegó

á tanto en la Grecia que hubo quien, como Diágoras, enseñó públicamente el ateismo; si bien con inminente peligro de su cabeza puesta á precio por los mismos atenienses. Critías, Polo, Calicles y Trasímaco son nombres de triste recuerdo en esta época, no sólo en materia de filosofía sino principalmente en la de costumbres, y en lo que mira á la política y vida social.

En medio de un tal desbarajuste, la Providencia excitó los genios de Sócrates, de Platón y de Aristóteles; verdadero triunvirato de la celebérrima escuela ateniense. Sócrates con su dialéctica, con su dialogismo y con su bien manejada ironía no sólo confundió y desautorizó á los menguados sofistas, sino que, confesando humildemente la insuficiencia de la razón humana, «sólo sé que no sé nada,» estableciendo como incuestionables la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, vinculando la verdadera felicidad en la práctica de la virtud, y por último, condenado por los atenienses á beber la cicuta por su extraordinaria doctrina, sirvió de poderoso baluarte contra las bruscas acometidas de los falsos filósofos. Platón, el divino Platón, hombre de un gran fondo filosófico y de una doctrina admirable por su extensión y sublimidad, no pudo sin embargo sustraerse á la rudeza de la época; errando acerca del origen de la materia, á la que supone eterna y principio del mal, y del alma humana á la que presenta como emanada de la mundana que para él existe como emananada á su vez de la divinidad; defiende también la metempsícosis desde los astros hasta los irracionales, y da compasión verle caer en aberraciones prácticas gravísimas en materia de república. Pero lo que más celebridad ha dado á Platón en las escuelas, es su teoría sobre el origen de las ideas. Desenvolviendo tal vez pensamientos de su maestro Sócrales, é intentando un supremo esfuerzo contra el sensualismo, el fundador de la Academia sienta que el alma humana no solamente existirá después de su separación del cuerpo, sino que ha existido mucho antes de unírsele, ó por mejor decir, mucho antes de que por sus culpas fuese separada de la divinidad, en cuya esencia adquirió intuitivamente un gran caudal de ideas de las que las actuales no son sino recuerdos y las

más veces simples reminiscencias: famosa teoría que desde su invención hasta nosotros no ha dejado de ser objeto de animadísimas controversias. Discípulo suyo insigne fué por más de veinte años el filósofo de Estagira, el fundador del Liceo, el preceptor de Alejandro Magno, el respetado Aristóteles. Este hombre cuyo método filosófico, cuya lógica especialmente ha conseguido dominar en casi todas las escuelas hasta la edad contemporánea, disiente notablemente de Platón en lo relativo al origen de las ideas. Sentando como principio que «*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*,» niega al espíritu humano el estado de intuición deífica en que Platón lo colocara, y no admite más fuente de conocimieuto que la de los sentidos; antes del desarrollo de los sentidos el alma es en boca de Aristóteles «*tamquam tabula rasa in qua nihil est depictum*.» No estoy conforme, sin embargo, con los que hacen á este filósofo padre legítimo de Locke y Condillac. El talento de Aristóteles es demasiado notable para contentarse con una filosofía puramente sensualista. Es verdad que con el nombre de aristotélicos se han vendido errores crasos y doctrinas materialistas, pero Aristóteles distingue perfectamente entre los sentidos y el entendimiento, entre la sensación y la idea; y si bien hace depender ésta de aquélla, es únicamente en el terreno práctico, en el terreno de los hechos. La lógica es, según él, el órgano de toda la filosofía, que enseña á elevarse de lo inmediato y singular (verdadero objeto de los sentidos) á lo mediato y universal, (principios ó leyes debidos á la actividad intelectual excitada por los sentidos.) Su método es pues tan analítico, como sintético había sido el de Platón. Sus categorías ó universales, y su distinción entre la materia y la forma son harto conocidas, y le colocan á igual distancia de Platón que de Demócrito. Admite el alma humana como entelechia distinta del cuerpo, aunque no está bien averiguado si le concede ó no personalidad propia. La eternidad del mundo, el movimiento eterno, algo de falta de conexión científica, y cierta fluctuación no bien definida entre el espiritualismo y el materialismo son manchas que no es de extrañar se vean en el fondo de un cuadro filosófico anterior en cuatro siglos al establecimiento del cristianismo.

Pero dejemos en paz á estos tres genios griegos cuya historia siempre será una digresión, aunque digresión grata, en este discurso; y fijémonos en los desvíos de la razón humana durante el mismo tiempo. No todos los discípulos de Sócrates fueron Platones ni Aristóteles; los cínicos, los cirenaicos, los de la escuela megárica y Pirrón con sus escépticos son otros tantos descendientes del fundador de la escuela ática. Aparte de su desvergüenza é insociabilidad, nada habría que decir de los cínicos si no hubieran traído en pos á los estóicos, quienes al lado de una moral severa abrigaban el panteismo, el fatalismo, la metempsícosis y otras doctrinas no menos erróneas. Cuéntanse anécdotas de los cínicos que revelan su grosería é inurbanidad; pero si se quiere uno de los retratos menos indecentes, allá va el del famoso Diógenes, de cuya gran sabiduría y raras prendas como hubiese llegado la fama hasta el mismo Alejandro de Macedonia, éste, deseoso de conferenciar con él, se aproximó al tonel ó cuba donde el cínico vivía, y habiéndole preguntado cuáles eran sus deseos, sus caprichos, su ambición etc. para satisfacerlo en el acto, Diógenes con desdeñosa mirada contestó: «Lo que deseo es que te retires de ahí, que me estás quitando el sol.» Los cirenaicos, materialistas en filosofía, fueron en punto á conducta dígnos predecesores de Epicuro y los suyos, quienes á su vez han sido rehabilitados en los últimos tiempos por Helvecio y otros *ejusdem gregis*. Ateos todos ellos ó semiateos, nada veían más allá de la tumba, ni reconocían otra idea de felicidad que la que se basa en la mayor suma posible de placer sensual. La escuela megárica, abusando igualmente de la dialéctica socrática, llegó á degenerar en sofistería; hasta que por fin y como último desenvolvimiento de gérmenes anteriores, aparece en escena el apóstol del escepticismo, el renombrado Pirrón. Es verdad que ni él mismo pudo sostenerse bien en el nuevo mundo de las apariencias, y que más de una vez, para dar alguna razón de su inconsecuencia práctica, tuvo que apelar á la dificultad de desprenderse por completo de la naturaleza; pero también es cierto que su descabellada enseñanza dió sus frutos en la nueva Academia fun-

dada por Arcesilao, y en la novísima que lo fué por Carnéades. Una y otra escuela negaron la posibilidad de toda certeza, si bien admitiendo la probabilidad como fundamento de la vida. Un poco más tarde aparecen Enesidemo, repitiendo los diez motivos de duda universal que se atribuyen á Pirrón, y Sexto Empírico que trabajó por reducir á sistema las teorías escépticas. Sexto Empírico distingue entre lo fenomenal ó aparente y lo trascendental ó real. Lo primero es lo único que él admite: de lo trascendental dice que nada podemos saber. Y en efecto, no habiendo en el alma más que sensaciones, ó sea fenómenos subjetivos ó contingentes, la verdad científica es imposible; porque no hay principio alguno de donde se deduzca, y porque la inducción, sin el principio general de la estabilidad y uniformidad de las leyes naturales, no conduciría á nada sin el examen minucioso de todos los hechos sobre que se hubiera de inducir; lo cual es imposible.

Ni aun el mismo Cicerón se sustrajo completamente á la influencia de la filosofía excéptica. Admirador de Platón no menos que de Aristóteles, el padre de la literatura latina, sin formar escuela especial, embelleció la filosofía con la galanura de su frase; y abiertamente hostil á la moral de Epicuro, nos dejó en sus obras datos preciosísimos para la historia de la filosofía. En su tiempo, y desde que Roma conquistando la Grecia recibió de ella la ley en filosofía, no faltaron en la capital del pueblo-rey partidarios de las diversas escuelas mencionadas; unos, como Escipión el Africano, los Catones, Mucio Escévola, Bruto, Séneca y Marco Aurelio se adhirieron á la severidad estóica; otros, como el citado Cicerón, se inclinaron por la nueva Academia escéptica, y algunos como Lucrecio y el mismo Horacio han merecido ser acusados de epicúreos.

Derivación de la filosofía griega debe considerarse, no menos que la romana, la filósofía alejandrina. Sometido el mundo al yugo de Alejandro, y fraccionado con la muerte de éste el colosal imperio macedónico, Alejandría fué uno de los grandes centros donde se desenvolvieron los elementos científicos de Atenas, merced á la decidida protección de los Ptolomeos. El esenio Filón, judío por nacimiento, y platónico

por sistema, se dedicó especialmente á la interpretación alegórica de la Biblia; interpretación que, exagerada por los talmudistas, dió lugar á las doctrinas de los cabalistas y á cierto panteismo místico que los gnósticos desnaturalizaron hasta venir á parar unos al maniqueismo, otros al milenarismo, algunos al estoicismo y otros al rebaño de Epicuro. La presencia del cristianismo, y su rápida propagación fué indudablemente lo que obligó á los gnósticos á procurar á toda costa la conciliación de la nueva doctrina con los antiguos dogmas del Oriente; y ésta misma fué la causa de que los neoplatónicos, viendo el desprestigio en que comenzaban á caer los sistemas griegos, tratasen de rehacerse en Alejandria, combinando el sistema de Platón con el misticismo oriental, y queriendo hacer ver que el cristianismo no era más que una derivación del platonismo. Con este propósito, y de error en error, los neoplatónicos renovaron el panteismo de las emanaciones, el sistema de la unidad absoluta, el idealismo de los eleáticos y algunos otros. El ecléctico Ammonio Sacas fué el autor del neoplatonismo; Plotino fué su principal sectario; Porfirio, famoso por su tabla de predicables, recolectó en las Enéadas los escritos de Plotino, é hizo su apología. Jámblico y Máximo pueden considerarse como los maestros del apóstata Juliano, que amalgamando su amor al neoplatonismo con su ódio y persecución á los cristianos, fué tal vez quien motivó el decreto de Justiniano, por el que se cerraron la escuela de Atenas y las demás neoplatónicas y gentílicas.

Hemos llegado, señores, al momento en que los tan bárbaros como briosos pueblos del Norte, empujando al caduco y carcomido imperio romano, dieron con él en tierra, y sepultaron entre sus ruinas la antigua civilización. Entre todas las instituciones existentes, una sola tenía condiciones de perpetuidad, y esa sola se salvó, el cristianismo. Destinado á hacer la felicidad de todos los hombres, no desdeñó á los destructores del imperio; antes bien los acogió benignamente, y despojándolos de su natural fiereza, supo sacar partido de su corazón virgen para formar los nuevos pueblos de la edad media.

Desde la irrupción de los bárbaros hasta Carlo Mag-

no las letras se ocultaron entre los pliegues del hábito religioso, sin que se deje entrever más que uno que otro destello acá y allá que apenas nos permiten unir los dos extremos de aquel tenebroso intervalo. El trivium y el quatrivium, ó sea las siete artes liberales, como entonces decían, constituyen el asunto de los hombres estudiosos de aquel tiempo.

Restablecidas las ciencias á su antiguo favor en la escuela de Carlo Magno presidida por el monje Alcuino, se nos presenta bien pronto de relieve la figura de Juan Escoto Erígena quien, de entre las ruinas de la edad antigua, se propuso sacar y sacó en efecto un panteismo parecido al de las emanaciones. Segun él, Dios constituye la esencia de todas las cosas; todas han salido de él, y todas, depuesta la forma material ó temporal, han de volver á él. Su libro «*De divisione naturae,*» en que explica estas doctrinas, fué condenado en el siglo XIII. Los árabes de Bagdag y Córdoba, no menos que los judíos, cultivaron también entonces la filosofía aristotélica, aunque cayendo algunos en el neoplatonismo, y otros en el panteismo de Erígena. Alkendi, Alfarabi, Avicenna, Averroes, Maimónides y finalmente Gerberto ó sea el papa Silvestre II son célebres nombres en estas escuelas; pero no todos se contaminaron con el error.

Los nominalistas, representados por Roscelino que considera los universales como voces sin realidad objetiva, *flatus vocis;* los realistas, capitaneados por Guillermo Campelense, que, afirmando la solidaridad de esencia, sólo admiten diferencia de accidentes entre los diferentes seres; Abelardo que, buscando un medio conciliatorio, sostiene que la realidad genérica no es de todos los individuos *in sólidum*, sino que cada uno participa de ella de un modo finito y determinado; Amaury de Chartres y David de Dinant, discípulos del Campelense, y que enseñaron abiertamente el panteismo, son los eslabones que faltaban á nuestra cadena para llegar al escolasticismo; á esa época famosa en que el espíritu humano se ejercitó notabilísimamente en la polémica, y en que el ingenio de grandes hombres se aguzó hasta la exageración. No es, sin embargo, de nuestro intento entrar en este campo

tan rico en materiales para la crítica, tan controvertido y tan controvertible, tan abundante en figuras de primera talla cuyos numerosos volúmenes debieran ser mucho más familiares de lo que son á algunos de nuestros germanizados; y sólo diré que el escolasticismo, al fin y al cabo, degeneró en sutilezas, é hizo pensar á todos en una reforma.

En efecto; los hombres pensadores se cansaron del método peripatético; la caída de Constantinopla arrojó á Italia un considerable número de sabios de diversas escuelas; el espíritu de reforma universal, que desde las cruzadas venía trabajando los ánimos, se exaltó con los descubrimientos y sobre todos con el de la imprenta; y, como si se presintiese un cataclismo radical en el mundo de la inteligencia, todas las escuelas revivieron de pronto para ser luégo metamorfoseadas en otras al parecer nuevas. Lorenzo Valla, Erasmo, Luis Vives y Telesio combaten el escolasticismo; Paracelso amalgama la cábala con la medicina; Angel Policiano y Cardano favorecen el eclecticismo; Jordano Bruno renueva el panteismo; las antiguas escuelas jónica y platónica tienen sus representantes, y por fin, Montaigne, en sus *Ensayos*, prepara el terreno á la escuela escéptica del siglo XVIII. Pero los verdaderos novadores son Bacón de Verulamio y Descartes, con cuyos nombres se inaugura la edad moderna.

Bacón de Verulamio, gran Canciller de Inglaterra, se propuso combatir el método abstracto de los paripatéticos, y encauzar la inteligencia por un nuevo curso; el método de inducción. El entendimiento humano, según este filósofo, no puede obrar sino sobre los materiales que los sentidos le suministren; y sus funciones principales han de ser la observación y experimentación, sobre cuyas operaciones da minuciosas reglas que hoy mismo enseñamos con provecho en nuestras cátedras. Recuérdese no obstante lo que hemos consignado al mencionar á Sexto Empírico, y se verá sin extrañeza que del empirismo de Bacón hayan sacado Locke y Hume un sensualismo que, pasando por el materialismo, viniera á parar en el escepticismo absoluto. Las ciencias físicas y naturales, en cambio, no pagarán nunca á este hombre el nuevo método que les ha dado sin duda alguna la existencia y su admirable desarrollo.

Descartes, llamado también Renato Cartesio, fué hombre de un talento filosófico tan privilegiado como muy pocos en el mundo. Como Bacón había dado toda la importancia al método empírico y de inducción, Descartes pensó darla, por el contrario, al racional y deductivo; pero al comenzar á edificar su cuerpo de ciencia, quiso dudar de todo, y se encontró con que no podía dudar de su misma duda: «Como los sentidos, dice en su *Discurso sobre el método*, nos engañan algunas veces, quise suponer que no había nada parecido á los que ellos nos hacen imaginar; como hay hombres que se engañan raciocinando áun sobre las materias más sencillas de geometría, y hacen paralogismos, juzgando yo que estaba tan sujeto á errar como ellos, deseché como falsas todas las razones que antes había tomado por demostraciones; y considerando, en fin, que áun los mismos pensamientos que tenemos durante la vigilia, pueden venirnos en el sueño sin que entonces ninguno de ellos sea verdadero, me resolví á fingir que todas las cosas que habian entrado en mi espíritu no encerraban más verdad que las ilusiones de los sueños.» «Pero desde luego advertí, prosigue, que mientras quería pensar que todo era falso, era necesario que yo que lo pensaba fuese alguna cosa; y notando que esta verdad: *yo pienso, luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de conmoverla, juzgué que sin escrúpulo podía recibirla por el primer principio de filosofía.» Y en otro lugar: «Por la palabra pensar entiendo todo aquello que se hace en nosotros, de tal suerte, que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos; así es que aquí el pensamiento no significa tan solo entender, querer, imaginar, sino también sentir.» Tenemos, pues, que el tan repetido principio de Descartes, *ego cogito, ergo sum* no fué tal vez para su autor un verdadero entimema, ó sea la expresión de un verdadero raciocinio, sino más bien la exteriorización de un hecho de conciencia y de una verdad de evidencia inmediata; por más que sus discípulos los cartesianos parezcan indicar otra cosa con su otro principio de «lo que está contenido claramente en la idea de una cosa, puede afirmarse de ella.» Mas cuando Descartes se propone señalar

el fundamento de la evidencia sobre que comienza á edificar, no encuentra otro que la infalibilidad de Dios. Tratando después de definir y determinar la esencia de los cuerpos, la constituye en la extensión, y como ésta no tiene límites en el universo, se sigue que tampoco los tiene la materia que se identifica con ellas, resultando por lo mismo imposible el vacío. Confunde también la esencia del alma con el pensamiento, de aquí saca dos conclusiones igualmente falsas, á saber: que el alma no puede dejar nunca de pensar, puesto que en el pensamiento está su sér, y que los brutos no tienen alma, puesto que de tenerla habría que atribuirle, ó la extensión que es la materia, ó el pensamiento que es el espíritu libre é inmortal. El bruto por lo tanto no pasa de ser, en opinión de Descartes, un puro autómata cuyo mecanismo no es fácil explicar sin acudir á la sabiduría infinita del Criador á cuyo cargo está igualmente producir los fenómenos tanto fisiológicos como psicológicos en el hombre, con ocasión de sus correlativos ó recíprocos. Es lamentable, en verdad, que un ingenio como el de Descartes, por un exceso de valentía, tratase de conmover los cimientos de la ciencia, y viniese, sin mala intención á lo que juzgo, á sentar proposiciones de tanta trascendencia como peligro.

Por el mismo tiempo, y como desenvolviendo el empirismo de Bacón, aparece en la historia Gasendo que, adoptando y queriendo rehabilitar el sistema atomístico corpuscular antiguo, reproduce la doctrina de Epicuro modificada conforme al gusto de la época, aunque con poco éxito. Más celebridad conserva hasta en el día el nombre de Espinosa.

El judío Espinosa, partidario de las doctrinas cartesianas, representa el panteismo elevado á forma geométrica. Como Cartesio dijo que sustancia es todo aquello que no tiene necesidad de otra cosa para existir, Espinosa dedujo que sólo podia haber una sustancia, puesto que sólo Dios tiene la razon de su existencia en su esencia; y como Descartes identificó el alma con el pensamiento, y los cuerpos con la extensión, no admitiendo sér alguno intermedio, Espinosa afirmó que el pensamiento y la extensión son dos atributos del sér único. Pero la definición de sustancia fué muy mal inter-

pretada por Espinosa; puesto que en la mente cartesiana significaba únicamente la nó necesidad de otra cosa sobre el cual existiese á manera de accidente, ó á la cual modificase; pero sin excluir en modo alguno la causa productora; así es que no sólo envolvía la existencia real ó posible de sustancias sujetos de atributos, sino de sustancia causa productora de otras sustancias. Esta producción, sin embargo, repugna, en sentir de Espinosa; porque como dice: «O la sustancia que produce y la sustancia producida tienen atributos diferentes, ó los tienen idénticos; en el primer caso no puede concebirse que la una sea causa de la otra, porque la causa no puede producir lo que no contiene; en el segundo caso las dos sustancias no son ya distintas. Y «en efecto, prosigue; ¿cómo prueba Descartes que el espíritu y la materia son sustancias distintas? Unicamente fundándose en que el atributo de la una, que es el pensamiento, no es la extensión, que es el atributo de la otra. No puede afirmarse, pues, concluye, la distinción de la sustancia sino por la distinción de los atributos; luégo si la sustancia que se supone productora tiene los mismos atributos que la sustancia que se supone producida, no pueden ser dos sustancias distintas.» Como se le objetase que admitida su doctrina desaparece toda contingencia y cae por tierra la libertad base de la moralidad, Espinosa aceptando la consecuencia dice: «Concíbase una piedra que se mueve y que sabe que se mueve; al conocer los esfuerzos que hace para el movimiento creerá ser muy libre, y que si continúa el movimiento es porque quiere. Esta es la libertad humana de que todos se jactan, y que sólo consiste en que los hombres tienen conciencia de sus inclinaciones, é ignoran las causas que las determinan.» Tal es el sistema de Espinosa, cuya base no es otra que la confusión del subsistir sin inherencia, ó en sí, con el existir por necesidad intrínseca; y en suponer que no puede ser distinto, sino lo que es diferente. Con razón dice Bayle á este propósito: «El fundamento de todo el edificio no es más que un muy ridículo sofisma, por el que no se dejarían seducir los principiantes de lógica.» Espinosa, sin embargo, es el Santo del panteismo.

En oposición á las tendencias racionalistas del siglo

XVII, se nos presentan en Francia dos escuelas; la mística representada por Pascal y Malebranche, y la escéptico-filosófica por La Mothe, Huet, Bayle y algunos más. Unos y otros, exagerando la importancia de la razón humana, cayeron en el extremo opuesto, ó sea en la negación de la posibilidad de toda certeza por los medios racionales.

Casi al mismo tiempo, Locke renovaba en Inglaterra el empirismo sensualista; y no admitiendo mas orígen de ideas que la sensación y la reflexión, cierra la puerta á todo sistema verdaderamente filosófico. Un poco después, Condillac, no satisfecho con esta doctrina, suprime el criterio de la reflexión, y por medio de su famosa estátua, quiere hacer ver que todo cuanto hay en nuestros fenómenos internos no es más que la sensación, ó primitiva ó trasformada. Helvecio y Holvach, con el auxilio de la lógica, sacaron de aquí un epicureismo larvado y un ateismo manifiesto; absurdos que sin embargo valieron á sus autores la devoción de los enciclopedistas y demás notabilidades impías de la Francia; como D'Alembert, Diderot, Voltaire y compañía. Berkeley, viendo los resultados del sistema sensualista de Locke, se colocó en el extremo opuesto haciéndose idealista. Hume no contento con esto llegó á hacerse escéptico en absoluto. Vico, el filósofo napolitano, sienta el principio de causalidad, y establece que sólo conocemos bien lo que causamos y en la proporción que lo causamos; por esto, dice, no podemos conocer con seguridad nada de las ciencias de observación, y sí mucho de aquellas cuyas combinaciones son nuestras como las matemáticas. Semejante sistema lleva derechamente al escepticismo.

Leibnitz. El respeto hacia este hombre extraordinario me impide entrar en el examen crítico de su doctrina; de ella pudieran sacarse cargos muy graves; pero ello es que el autor hace las salvedades correspondientes para dejar en buen lugar su personalidad. Pasemos, pues, inmediatamente á la exposición ceñida del sistema de Kant y demás prohombres de los siglos pasado y presente.

Kant, el filósofo de Koenisberg, imitando en parte el procedimiento de Descartes, se fija en el yo, y hace venir al

tribunal de la crítica á todas sus facultades. Comenzando por el examen de la sensibilidad, distingue en ella la sensación y la intuición; en la sensación, que no es otra cosa que la acción de los objetos sobre el yo, éste desempeña un papel meramente pasivo; no así en la intuición, por la que entiende la percepción activa, ó sea el acto por el que el yo excitado por la sensibilidad se dirige al objeto. Téngase presente que al hablar de objetos no se dice nada de su apariencia ó realidad, sobre lo cual hay que distinguir lo que Kant llama fenómenos de lo que llama noúmenos. Fenómeno es el objeto indeterminado de la intuición empírica, y noúmeno es la realidad de la cosa en sí misma. Por la sensibilidad adquirimos noticia de los fenómenos, pero los noúmenos no son de su provincia. En todas las funciones cognoscitivas es indispensable distinguir bien la materia y la forma: la materia es aquello sobre que el acto versa, y forma es la condición ó el conjunto de condiciones sujetivas á que está inevitablemente ligado el yo en el ejercicio de sus funciones. Según esto, no pudiendo tener intuición interna sin mezclarla con la idea de sucesión ó sea del tiempo, y no pudiendo tenerla externa sin suponer el objeto fuera de nosotros, ó sea sin la idea de extensión, se sigue que el tiempo y el espacio son dos condiciones sujetivas de nuestras condiciones, ó lo que es lo mismo, su forma; pero como la forma es siempre puramente subjetiva, y no es posible pasar con seguridad de lo subjetivo á lo objetivo, se sigue también que nada podemos afirmar de los noúmenos, ó sea de la realidad del no yo. Examinando luégo la inteligencia, encuentra que la materia de los conceptos ó juicios implícitos son las intuiciones sensibles, y que los conceptos son á su vez la materia de los juicios explícitos ó reflejos; pero como no es posible juzgar sin que nuestros juicios se refieran ó á la cantidad, ó á la cualidad, ó á la relación ó á la modalidad de sus términos, se infiere que la cantidad, la cualidad, la relación y la modalidad son las formas de la inteligencia, y que por tanto nada podemos afirmar de los objetos bajo estos respectos ó categorías. Por fin examina la razón ó sea la facultad de raciocinar, y como todos nuestros raciocinios pueden incluirse en tres clases, á sa-

ber: categóricos, hipotéticos y disyuntivos, dice; los juicios categóricos, por medio del principio de inherencia, nos llevan á la idea del sujeto absoluto, ó que no pueda ser predicado de nadie; los juicios hipotéticos, por medio del principio de causalidad, nos llevan á la idea de la causa absoluta, ó que no pueda ser causado de ninguna otra, y últimamente los disyuntivos, por medio del principio de comunicación ó de dependencia nos conducen á la idea de la totalidad absoluta, ó que no pueda ser causado de ninguna otra, y últimamente los disyuntivos, por medio del principio de comunicación ó de dependencia nos conducen á la idea de la totalidad absoluta, ó que no puede ser parte de otro todo: de tal manera que las ideas del sér absoluto tanto subjetivo como objetivo, el yo y el no-yo, del principio absoluto, ó sea Dios, y del todo absoluto que es el mundo, son las tres formas de la razón humana en sus procedimientos; pero como ninguna de ellas es perceptible por la experiencia, resulta que sólo tienen un valor regulativo sin correspondencia alguna objetiva. En resumen: todo lo que es objeto de nuestro conocimiento, desde la intuición hasta el raciocinio, ó es observable ó no lo es; si no es experimentable, no tiene realidad alguna objetiva, y por lo tanto queda encerrado completamente dentro del yo; si es experimentable y observable por los sentidos, entonces tiene realidad objetiva, pero incógnita é incognoscible, puesto que todo procedimiento para averiguarla habría de fundarse en las leyes de la inteligencia, es decir en el elemento puramente formal; es decir, en lo meramente subjetivo.

Fichte, dando un paso más en la oscura senda de la filosofía alemana, pasó del idealismo trascendental de Kant al panteismo idealista más puro; sin tener que hacer para ello más que insistir en la doctrina del mismo Kant. Y ¡en efecto; ¿por qué este filósofo admite las intuiciones sensibles como objetivamente reales, y rechaza las nociones de la razón pura como privadas de toda realidad objetiva? No hay otra razón sino la de que no puede probarse esta realidad objetiva; ó lo que es lo mismo, que no hay paso posible de lo meramente subjetivo á lo objetivo; pero ¿será capaz nadie de probar la

realidad objetiva de las intuiciones sensibles por los principios de Kant? ¿No será preciso para esto admitir más pronto ó más tarde el tránsito tan rechazado? Y discurriendo así, y añadiendo á su sistema una buena dósis de oscuridad y de vana palabrería, termina por divinizar el yo, y por rechazar absolutamente todo lo que no sea esta divinidad única.

Schelling, que al hablar de los otros filósofos alemanes dice que se parecen á aquellas familias que se separan del resto del mundo para vivir únicamente dentro de sí mismas, y que acaban por adoptar, además de otras singularidades, expresiones que les son propias, y que sólo ellas mismas pueden entender; Schelling, digo, establece también su sistema; pero basado en la identidad absoluta de lo subjetivo y de lo objetivo, y que en pocos términos viene á reducirse á lo siguiente: Tanto el yo subjetivo como el no-yo objetivo pueden servir de principio de ser y de conocer; pero como uno y otro son relativos, se refieren á otro principio absoluto en que se confundan el yo y el no-yo, el ser y el conocer, la materia y el espíritu. Esta identidad no puede probarse por raciocinio, no puede demostrarse por filosofía, puesto que es el fundamento de todo conocimiento; pero se puede demostrar que no hay conocimiento sin esta identidad, y esto basta. Así pues, la percepción inmediata, la intuición pura de la razón es el único órgano ó medio para conocer la verdad. La filosofía es la ciencia de lo absoluto, de la identidad de lo subjetivo y de lo objetivo, ó sea la indiferencia de todo lo diferente; en lo cual consiste precisamente la esencia de Dios. Esta identidad es lo único que existe, y fuera de ella no hay nada. Ella es la única sustancia; todo es Dios. Los demás seres no son sino otras tantas *posiciones* de Dios, modos y formas de existir de la misma identidad absoluta; sin que puedan decirse finitos sino en cuanto se consideran aisladamente, ni distintos sino en cuanto se comparan unos con otros. En Dios todos los diferentes se identifican. La fuerza que obra en el mundo real y la del mundo ideal es una misma; pero se manifiesta en aquél con un exceso de realidad; en éste con un exceso de idealidad; duplicidad y polaridad que uniéndose luégo mutuamente forman la identidad en la triplicidad. Cada cosa es una di-

ferencia cuantitativa de la idealidad y de la realidad; una forma determinada de la identidad absoluta. Tal vez no encontréis muy ajustado á razón que este filósofo motejase de oscuros á sus compatriotas; pero tened la paciencia de oir un poco más.

Hegel, panteista idealista como Schelling, admite la unidad absoluta; pero como no es propio de grandes talentos copiar fielmente á los que fueron sus predecesores, cambia el nombre á su piedra filosofal, y en vez de identidad absoluta la llama idea. La idea es, como dice Castelar haciendo la apología de este gran maestro de la escuela alemana, la idea es aquel sér de su filosofía, que indeterminado ó vago en las profundidades de la eternidad, se concreta por la existencia, se define por la contradicción; pasa de la pura lógica á la lógica real, de la lógica real á la naturaleza inorgánica, de la naturaleza inorgánica á la naturaleza orgánica; y después de haberse irradiado por los espacios infinitos en mundos, sobre los cuales fuerzas físicas y químicas producen las especies, se alza á ser espíritu, primero subjetivo ó individuo, luego objetivo ó sociedad; y se eleva á Estado, y desde el Estado al Arte, donde la realidad y el ideal se identifican en amor inestinguible; y desde el Arte á la Religión, que une lo finito con lo infinito, y en cada sér humano encarna el Verbo divino; y desde la Religión á la Ciencia, en que triunfa la razón pura, hasta llegar, después de haberse movido en series tan perfectamente sistematizadas, después de haberse agrandado en fases tan necesarias y sucesivas, desde sér indeterminado y vago á sér absoluto y perfecto, en la plenitud de la vida, de la conciencia, de la posesión de sí mismo; aquél ser en su comenzar confinando con la nada y al término de su viaje, cosmogónico y espiritual adquiriendo lenta riqueza de vida, contiene la eterna sustancia del progreso.» (Tomado literalmente de la Revista Europea, núm. 1.° pág. 1.ª) Señores, si este período no esclarece filosóficamente el sistema de Hegel, lo retrata al menos. Yo no añadiré por hoy una sola palabra.

La exageración racionalista había llegado á su colmo; la escuela alemana parecía desvanecerse en medio de su nebu-

losidad; no hay que extrañar, pues, que la escuela que podemos llamar francesa, siguiendo la ley que en todo el curso de esta reseña venimos observando, caiga en el extremo opuesto, sosteniendo con Jacobi, que la razón conduce siempre al error, y sólo el sentimiento á la verdad; ó con Lamennais, que el único criterio de verdad es el consentimiento común por el cual se rigen hasta las matemáticas; ó con Bautain, para el cual no hay más fuente de verdad que la revelación.

La Francia es igualmente desde entonces el teatro del materialismo más grosero; Cabanis coloca en el sistema nervioso todas las facultades anímicas; el sistema nervioso es el hombre: «El cerebro, dice, es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestión. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen con cualidades nuevas. El estómago digiere. Así, las impresiones llegan al cerebro por mediación de los nervios, esta víscera entra en acción, obra sobre ellas, y en seguida las vuelve metamorfoseadas en ideas: de donde podemos concluir con la misma certeza, que el cerebro digiere á su manera las impresiones, y hace orgánicamente la secreción del pensamiento.»

De Tracy, Volney, Broussais le siguieron en el materialismo, aunque con sistemas un tanto distintos: todos ellos son destructivos de la libertad individual, y por tanto de la moralidad y de la sociedad. La craneología de Gall y el sistema de Azais bien pueden incluirse en el mismo grupo. Unos y otros contribuyeron á hacer bueno el dicho aquel de que, el espíritu humano, dejado á sus fuerzas, es como un borracho á caballo, que cuando se endereza por un lado se tuerce por el otro.

Como iris de paz en medio de tanta borrasca, aparecen en nuestro siglo Cousín con su escuela ecléctica en Francia, y Krause en Alemania con sus reformas y refundiciones. De los numerosos escritos de Cousín sólo diré que, sin desarrollar un pensamiento determinado y fijo, es un repertorio completísimo para todos los gustos. No es de extrañar que su prestigio esté en baja. Por lo que respecta á Krause, los límites del discurso no me dejan espacio para reseñar su doctrina con

el detenimiento que es preciso. Día llegará, Dios mediante, en que podamos dedicarnos exclusivamente á él y á sus más célebres discípulos. Por hoy, baste con haber expuesto, en la forma que ha sido posible, el cuadro sinóptico de los errores filósoficos hasta nuestros días. Por él puede sin dificultad entenderse que en la historia de la filosofía como en la historia en general, la humanidad es la misma, y las leyes por que se rige constantes en medio de su variabilidad; el círculo dentro del cual se revuelve la razón humana es férreo é inquebrantable por más que no siempre aparezca bien marcado; no mereciendo otro nombre que el de soñadores los que en su orgulloso desvanecimiento se empeñan en hacer la apoteósis del sér humano.

Panteismo, dualismo, materialismo, idealismo, ateismo y escepticismo, combinados en diversas proporciones y expuestos en una ú otra forma, es todo lo que la ciega razón ha dado de sí, en los veinte y tantos siglos cuyos datos filosóficos conocemos, al intentar resolver las grandes cuestiones que abarcan el campo todo de lo inteligible. Á refutar en parte estos errores, y á evitar en lo posible que estos mis queridos alumnos participen del contagio, se encaminarán todos nuestros esfuerzos; y éste será igualmente el objeto preferente de los discursos sucesivos.

HE DICHO.

Colegio de 2.ª Enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre pe 1874.

VI.

AÑO ESCOLAR DE 1876 Á 1877.

SEÑORES:

Al terminar mi discurso de apertura en Setiembre de 1874, y después de haber reseñado el cuadro sinóptico de los errores filosóficos más notables desde los primeros tiempos hasta nuestros días, errores que en puridad pueden reducirse á bien pocos, por más que sus variantes sean casi innumerables, tocaba el turno en nuestro exámen crítico al sistema racionalista conocido con el nombre de su organizador Krause; y recordaréis que os decía: «Por lo que respecta á Krause, los límites del discurso no me dejan espacio para reseñar su doctrina con el detenimiento que es preciso. Dia llegará, Dios mediante, en que podamos dedicarnos exclusivamente á él y á sus más célebres discípulos.» Este día, señores, ha llegado, gracias á Dios; y si bien pudiera haber venido un año antes, su retraso nos proporcionó la grata satisfacción de oir, en la última apertura, el eruditísimo trabajo literario de uno de mis más dignos compañeros, del Sr. Melón é Ibarra á quien felicito en este momento desde el fondo de mi alma.

Ardua empresa, amigos mios, espinosísisimo asunto hu-

biera sido siempre en verdad, traer á la barra de un juicio filosófico la última de las manifestaciones, tal vez la más ingeniosa de la escuela alemana, que, prescindiendo de la mayor ó menor importancia obtenida en su pais natal, ha logrado difundirse y propagarse con éxito asombroso entre nosotros; pero la dificultad, en mi concepto, sube inmensamente de punto, desde que, hace poco más de un año, hombres tan distinguidos como los Sres Campoamor y Canalejas trataron inútilmente de abordar la cuestión; y desde que el Gobierno español consideró de su incumbencia y de su deber retirar de los puestos oficiales que ocupaban en la enseñanza, á profesores distinguidos, sin otro delito que el de ser los sostenedores, los corifeos del Krausismo en España. La primera circunstancia no puede ménos de detener mi pluma: que no estaria yo en lo justo si intentase exclarecer fácilmente doctrinas en cuya exposición hombres tan eminentes no lograron entenderse; la segunda aminora la oportunidad de este trabajo, aunque no sea más que por aquello de tener que luchar contra una escuela oprimida y como proscripta oficialmente; pero como ni en mí hay motivo alguno que pueda hacer degenerar la discusión científica en contienda personal, (como tal vez acaeció á las eminencias nombradas,) ni á los krausistas falten elementos de defensa extraoficial, (que son precisamente los únicos con que cuento,) y como, por otra parte, no era fácil prever en 1874 la marejada que había de venir después, me atengo á lo prometido, y acometo la exposición crítica del sistema de Krause sin vacilar pero no sin encomendarme ántes á vuestra benevolencia tan acreditada en ocasiones análogas, y sin la cual fuera temeridad incalificable meterme á tratar de asuntos tan magistrales.

¿Qué viene á ser el krausismo? ¿A qué se reduce este sistema? ¿Cuáles son sus enseñanzas características? El krausismo, señores, es un sistema atrevido que, basado sobre el criterio puramente racionalista, pretende huir igualmente del pantheismo que del dualismo, estableciendo uno al parecer término medio á que han dado en llamar con la palabra nueva de *panentheismo*.

Al llamar al krausismo *sistema*, entiendo esta palabra en su verdadero sentido, es decir, no únicamente como un conjunto de asertos eslabonados y metodizados, dependientes unos de otros afectando formas científicas, lo cual es preciso conceder desde luégo al estilo verdaderamente formalístico de Krause, sino como un todo orgánico que obedece en todas sus partes á un principio establecido de antemano y más ó menos gratuitamente por su autor. Y en verdad, ¿cuál es el fundamento sobre que descansa toda la máquina de este tan quimérico como colosal edificio? Pues nada menos que la suposición de que la filosofía, como objeto de la inteligencia humana, es la ciencia una y entera que, abarcando cuanto hay que saber acerca de Dios, acerca de la naturaleza ó del mundo material, acerca del espíritu ó del mundo inmaterial y acerca de la humanidad ó de la síntesis de estos dos mundos, constituye un inteligible perfectamente acomodado á las fuerzas de la pobre razón del hombre. Sobre esta base, de cuya solidez no se cuidan Krause ni sus partidarios, descansa todo el edificio de esta moderna filosofía. Increible parece, señores, que el hombre, cuya debilidad intelectual toca cada uno en sí mismo y á cada momento, pretenda que su finitísima y menguada razón abarque, con la seguridad del procedimiento sólidamente científico, lo que solo el acto intuitivo y omniscio de Dios es capaz de comprender. ¿No dirán algo á la consideración de estos filósofos los errores de todo género en que la humanidad en general y los llamados sábios en

particular han caído lastimosamente durante el curso todo de su existencia?

Pero ¿cuál es la verdad primordial, la verdad de suyo clara y evidente, la verdad principio universalísimo de donde emanan todas las demás verdades con la precisión y seguridad indispensables en todo procedimiento científico? Balmes, al proponerse esta cuestión en el libro I de su «Filosofía Fundamental,» no teme asegurar, con la firmeza de convicción que le es propia, que en el órden de los seres y en el órden intelectual universal hay un ser, autor de todos los seres, y una verdad, por lo tanto, de donde emanan todas las otras verdades. «Por manera, dice él, que si nuestro entendimiento pudiese elevarse al conocimiento de todas las verdades, abrazándolas en su conjunto, en todas las relaciones que las unen, vería que á pesar de la dispersión en que se nos ofrecen en las direcciones más remotas y divergentes en llegando á cierta altura van convergiendo á un centro en el cual se enlazan, como las madejas de luz en el punto luminoso que las despide »

Y en efecto; todo el mundo propende á la unidad, y en la mayor proximidad á ella está la mayor perfección de las cosas. Es un axioma incuestionable en el terreno de las ideas, que la comprensión, ó sea el número de atributos y, perfecciones que cada una abraza, está en razón inversa de su extensión, ó sea del número de individuos á quienes conviene ó es aplicable; una idea es tanto más comprensiva cuanto menos extensiva, y por lo mismo, el concepto de un sér es tanto menos genérico cuantos más elementos entran en su constitución. Un arte es tanto más perfecto cuanto más sencillo y simplificado: una ciencia merece tanto más el nombre de tal cuanto sus verdades obedecen mejor á un mismo principio, y cuanto la conexión y enlace de sus teorías es más obvia. Los hechos concretos no son por sí objeto de conocimientos científicos; las ciencias experimentales y empíricas han de basarse por necesidad en las leyes, sin las cuales jamás pasarían de un conjunto de cabos sueltos. Pero ¿estará el hombre condenado á nó alcanzar la conexión, el enlace, la trabazón de unas relaciones con otras relaciones, de unos principios

con otros principios, de unas ciencias con otras ciencias? La theología cristiana dice que nó, y la filosofía racionalista también dice que nó; pero la theología cristiana reserva esta felicidad para la otra vida, para las inteligencias bienaventuradas que, ayudadas del *lumen gloriae* verán á Dios cara á cara ó sea intuitivamente, y en él á sus criaturas como efectos de su ciencia infinita y de su poder sin límites. «La ciencia trascendental, dice el mencionado filósofo español, que las abraza y explica todas, es una quimera para nuestro espíritu mientras habita sobre la tierra; pero es una realidad para otros espíritus de un orden superior, y lo será para el nuestro cuando desprendido del cuerpo mortal, llegue á las regiones de la luz.» Esta ciencia, sin embargo, esta visión no será igualmente clara en todos los predestinados, porque *alia claritas solis, alia claritas lunae, alia claritas stellarum.* En cambio, la filosofía racionalista y especialmente la filosofía de Krause, habiendo renegado de todo cuanto huela á sobrenaturalismo, admite no sé qué metamórfosis y como metempsícosis, por las cuales pasando el *yo* ha de llegar al fin á gozar, en su estado natural y por sus fuerzas propias, de esa ciencia trascendental, de esa ciencia una y entera, de esa síntesis armónica de todo lo cognoscible.

¿Pero cuál es, volveré á preguntar á los amigos de Krause, la verdad primordial, la verdad de suyo clara y evidente, la verdad principio universalísimo de donde emanan todas las demás verdades con la precisión y seguridad indispensables en todo procedimiento científico? Porque las verdades, señores, de que el hombre es capaz, se reducen y no pueden menos de reducirse á muy pocas clases: ó son de las que adquiere por mediación de los sentidos, y se refieren á los objetos externos, al *no yo*, en cuyo caso las llamaremos de percepción externa: ó son relativas al *yo* en sus fenómenos que, del medio por donde se adquieren, llamaremos verdades de conciencia; ó son de las que la razón alcanza por su facultad de relacionar y de ver las relaciones, en cuyo caso se denominarán verdades racionales.

Que las verdades empíricas ó de hechos, ya sean de pura observación, ya provengan de experimentación, son de su-

yo inhabiles para fundar la ciencia, cosa es bien llana; de lo particular y determinado no puede nacer lo universal é indeterminado; del exceso de comprensión no puede salir el ideal de la extensión, ni de la debilidad de los cimientos la solidez del edificio. El conocimiento de los hechos no puede confundirse con el conocimiento de las relaciones; y la ciencia se alimenta esencialmente de éstas. Una sola objeción podria hacerse contra estas afirmaciones, y es el hecho de Descartes que, intentando despojarse de toda certeza, tuvo que detenerse ánte el fenómeno de su propia duda, sirviéndole este mismo fenómeno de base para reconstruir su edificio filosófico. Poco se necesita discurrir para entender la debilidad del argumento; puesto que para la primera afirmacion «*ego cogito*, yo pienso» tuvo que dar por buena la fe filosófica, la fe en su conciencia, y para la segunda «*ergo sum*, luego existo» fué preciso que supliera como inconcusa la premisa general de que no puede dudar lo que no existe, ó de que no puede haber hechos sin actividad. Nada hay, pues, más claro que la imposibilidad de que un hecho, como tal, pueda servir de orígen á la filosofía. No queda otro recurso que averiguar si entre las verdades racionales hay alguna que, puesta, dé por resultado la necesidad lógica de poner todas las demás, y esta es la gran cuestión.

Que hay verdades racionales, axiomas ó principios generales cuya negación importa la negación de toda certeza es bien sabido; tal sucede con el principio de contradicción, según el cual, una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo: niéguese esta verdad, y no es posible quede otra alguna en pié; es más, para admitir la certeza de un conocimiento, para admitir una verdad cualquiera es indispensable presuponer el principio de contradicción; pero ¿quién será capaz de asegurar y demostrar que de este tan celebrado principio puedan sacarse, como de su fuente, todos los demás conocimientos; todas las demás verdades? Discúrrase cuanto se quiera: póngase en tortura la inteligencia; que ni de este ni de ningún otro axioma podrán sacarse las demás verdades que la filosofía atesora; nadie ha sido capaz de sacarlas hasta ahora, y bien puede asegurarse que nadie ha de sacarlas tam-

poco en lo sucesivo; las verdades del órden especulativo, por sí solas, no son capaces de asegurarnos de la existencia de los hechos, como ni los hechos contingentes pueden por sí asegurarnos de las relaciones. Esto está fuera de toda duda; sobre esto no cabe ni puede caber discusión seria.

Veamos, sin embargo, como Krause y sus discípulos tratan de construir su atrevido sistema armónico.

La ciencia, dicen, es un conjunto sistemático de conocimientos verdaderos y ciertos, ó sea un sistema de verdades evidentes; es un resumen de conocimientos cuyas partes reflejan exactamente algún detalle de la realidad, uniéndose todas en un cuerpo de doctrina.

La forma de la ciencia es el sistema, y el sistema es un todo compuesto de diversas partes unidas entre sí; la ciencia, por lo tanto, es un organismo, el organismo del conocimiento ó el conocimiento organizado.

El conocimiento es el fondo de la ciencia; pero la ciencia rechaza los conocimientos vulgares y erróneos, y no acepta sino los verdaderos y ciertos; la duda también está excluida de la ciencia, porque sólo podría conducir al escepticismo.

El instrumento de la ciencia es el método, y el método es el medio que el pensamiento debe seguir para conocer la verdad y para adquirir la certeza. Pero hay dos maneras de conocer las cosas: la intuición y la deducción, y de aquí el análisis y la síntesis como partes distintas del método. El análisis es el instrumento de las ciencias experimentales, de las ciencias de hecho ó de observación; la síntesis es el instrumento de las ciencias de raciocinio, tales como las matemáticas y las ciencias morales y políticas: la síntesis es la ciencia vista de arriba, y desarrollada en una serie de teoremas; el análisis es la ciencia vista de abajo, y desenvuelta en una serie de hechos que contienen otros tantos problemas que resolver. El análisis sigue una dirección ascendente; se eleva progresivamente de la variedad de las cosas á la unidad del principio, de lo finito á lo infinito, del efecto á la causa. La síntesis comienza donde acaba el análisis, y sigue la dirección contraria, de arriba á abajo; desciende de la unidad suprema á la variedad de los seres, de lo infinito á lo finito, de la cau-

sa al efecto; y haciendo aplicación al conjunto de las cosas, el análisis comienza por el *yo*, y sube á través del universo hasta Dios; la síntesis, al contrario, párte de Dios y nos conduce á través del mundo hasta el *yo;* de donde resulta que el análisis y la síntesis deben encontrarse en su marcha inversa, siendo entonces los puntos fundamentales de la ciencia considerados de dos maneras diferentes, por intuición y por deducción, y comprobándose los resultados de cada procedimiento por los resultados del otro.

Ya veremos como bajo esta apariencia de tecnicismo corriente, entresacado de los escritos de Tiberghien, se encuentran errores de la mayor magnitud; pero una vez que el análisis necesita su punto de partida, y que la síntesis debe proceder de un principio evidente; ¿cuál es el punto de partida del krausismo, si se constituye por inducción, ó cuál es su principio si lo hace por deducción? Bien hubieran deseado los partidarios de este sistema prescindir de la inducción, que es uno de sus lados más flacos, y situarse desde el primer momento en el principio deductivo; pero no es posible: el principio de su ciencia es trascendental; está fuera de nosotros, y nada hay que autorice este salto mortal, sin que se reconozca el punto de apoyo, el punto *á quo*. Es por tanto indispensable comenzar por este punto de partida, con cuyo auxilio ha de llegar á establecerse el principio de la ciencia; para lo cual conviene fijar sus condiciones, y establecerlas de antemano.

«El punto de partida, en primer lugar, dice Tiberghien, debe ser *cierto;* puesto que es el principio de la ciencia, y la ciencia excluye toda afirmación errónea ó dudosa. Si fuera pura hipótesis, la ciencia estaría manca desde su origen.

El punto de partida debe ser, en segundo lugar, *inmediato;* puesto que es la primera verdad reconocida como legítima. Es preciso, pues, que sea evidente en sí mismo, sin otro examen; es preciso, en otros términos, que sea objeto de una intuición directa de la razón, y no la conclusión de una demostración ó de un raciocinio. Si resultase, á título de consecuencia, de una verdad más elevada y no menos cierta, esta verdad superior sería el punto inicial de la ciencia.

El punto de partida debe ser últimamente *universal;* ya que está destinado á poner fin á toda duda racional. Es preciso, pues, que exista para todos y que pueda ser reconocido por todos, escépticos ó dogmáticos, á fin de que sea para cada uno el principio de su ciencia. Si fuera una verdad particular, que no pudiese ser probada más que por algunos espíritus, la ciencia no existiría más que para ellos, y sería discutible á los ojos de los demás.

Sentadas estas condiciones, prosigue el discípulo de Krause, ¿dónde buscaremos esta verdad inmediata y universalmente cierta? ¿Será en nosotros ó fuéra de nosotros; será un conocimiento inmanente ó trascendente?... Si fuera trascendente quedaría él mismo expuesto á todas las objeciones que está llamado á resolver. ¿Cómo podemos conocer con certeza las sustancias extrañas al *yo*, sin que tengamos como garantía una medida común entre nuestro pensamiento y la realidad exterior?.... Discutamos por lo demás las diversas hipótesis que son posibles. Admitimos fuera del *yo* los espíritus, los cuerpos, y, sobre todo lo limitado, el sér infinito y absoluto. Si, pues, el punto de partida fuera una verdad trascendente, consistiría, ya en la afirmación del mundo físico, ya en la afirmación del mundo espiritual ó de nuestros semejantes considerados como espíritus, ya en la afirmación de Dios. Pues ninguna de estas hipótesis resiste el exámen.

La existencia del *mundo exterior* tiene por adversarios á los idealistas, que la niegan, y á los escépticos que dudan de ella; no es, pues, inmediata y universalmente cierta....

La existencia de un *mundo espiritual*, al cual pertenecen nuestros semejantes á título de seres racionales, tiene por contradictores los materialistas y los escépticos, quienes lo rechazan ó prescinden de él: no es, pues, tampoco cierto de una manera inmediata y universal; en otros términos, no realiza las condiciones del punto de partida de la ciencia....

La existencia de Dios, en fin, es disputada por los ateos, que la niegan, y por los escépticos, que no quieren ni admitirla ni rechazarla; no es, pues, tampoco universalmente cierta, como conviene al punto de partida de la ciencia. Realiza, es verdad, una condición: es el objeto de una intuición in me-

diata del espíritu, excluye todo intermediario entre el pensamiento y Dios; pero la afirmación de Dios no es la primera que emana de la razón, no es el hecho primitivo de la conciencia....

El punto de partida de la ciencia, no es, pues, una verdad trascendente, puesto que no se halla ni en Dios, ni en el mundo espiritual, ni en la naturaleza. Desde entonces debe estar en nosotros, en el *yo*, si existe.... Las raices de la ciencia están en la intimidad del espíritu ó en la conciencia individual...» Hasta aquí Tiberghien.

El *yo* y solo el *yo* es el punto de partida de la ciencia krausista; pero para constituir la ciencia una y entera no basta la intuición del *yo*, ó, como dicen, la intuición *yo* indeterminado; se necesita además un principio también intuitivo, un principio, de donde como de su fuente, emanen todas las demás verdades; porque la intuición *yo* ó sea el punto de partida es el antecedente cronológico, pero no el antecedente lógico de la ciencia; que es tanto como decir; la intuición *yo* es la primera intuición que el hombre tiene; porque nada conoce el hombre antes que su *yo;* pero de aquí no pueden lógicamente sacarse todas las demás verdades; la fuente de todas las verdades ha de confundirse con la fuente de todas las realidades; el principio del conocer ha de identificarse con el principio del sér, y por lo tanto, como solo Dios es el origen del sér ó de la realidad, solo Dios puede ser el origen del conocimiento; la idea de Dios, ó mejor la intuición Dios es el gran foco de donde emanan todos los rayos de la luz filosófica. En resumen: la inteligencia humana, en el sistema krausista, comienza por conocerse intuitivamente como sér, y ahondando más y más en el conocimiento inmanente, y pasando no sé cómo de lo inmanente á lo trascendente, prosigue conociéndose como distinto de los otros seres, tanto del mundo espiritual como del material, y llega por fin á tener el hallazgo feliz de la intuición Dios, y á ver en Dios todas las demás cosas, no ya solamente como en su causa, sino como en su continente ó mejor aun como en su todo; pues como veremos, Dios es el todo infinito donde se hallan los seres todos espirituales y corporales que, si bien distintos entre sí se

identifican perfectamente en la esencia divina. Claro es que todos los que me oís os preguntaréis en vista de esto lo que yo mismo me he preguntado algunas veces: si en la idea de Dios están contenidas todas las demás ideas, y en su sér están contenidos todos los demás seres, ¿cómo es que teniendo como tengo la idea y el conocimiento de Dios y de sus perfecciones y atributos, siquiera sea este conocimiento imperfecto, estoy tan á oscuras relativamente á casi todos los demás seres; y cómo es que en mi inteligencia se albergan todavía la oscuridad, la ignorancia y el error? Dos son las causas por las que Krause esplica este fenómeno; conviene á saber: en primer lugar, porque el conocimiento que nosotros tenemos de Dios es un conocimiento vulgar y no un conocimiento científico; porque ni vosotros ni yo hemos comenzado por la intuición *yo*, ni hemos ahondado en las profundidas del sér, ni nos hemos detenido á contemplar los atributos y propiedades del *yo*, ni hemos descubierto por analogía otros espíritus, infinitos en número, en nuestros semejantes, ni hemos aprovechado después la intuición sensible para distinguirnos de la materia, ni hemos considerado que la materia también es infinita en extensión, y forma un inmenso mundo en oposición al de los espíritus, ni hemos pensado que estos dos mundos, infinitos en su orden, y cúyo enlace y armonía se ve en pequeño en la humanidad también infinita, necesitan de un infinito infinitamente mayor, absolutamente infinito, en el cual se contengan, se armonicen y se identifiquen. Y en segundo ugar, porque nadie ha dicho que la ciencia una y entera esté á la altura de todos los hombres acá en la tierra; la humanidad, dicen, no está reducida á estos cuantos millones de individuos que actualmente vivimos sobre este globo, ni nuestra vida está reducida á los pocos y cortos años que habitamos este planeta; claro es que en esta vida no se alcanza por lo común la ciencia en su admirable conjunto; pero es igualmente claro que las exigencias de nuestro espíritu no han de ser defraudadas eternamente, y por lo tanto, que en otra de las infinitas jornadas de nuestra constante marcha por el camino del tiempo sin fin, tal vez cuando vivamos en algún planeta correspondiente á algún sistema solar de aquellos cu-

ya luz ha de tardar millones de millones de años en llegar á nosotros, sin embargo de su portentosa velocidad, todos hemos de alcanzar cumplidamente la ciencia orgánica, la ciencia armónica, la ciencia una y entera en cuya posesión veremos plenamente satisfechos todos nuestros apetitos racionales todos los instintos y todas las exigencias de nuestro espíritu.

¿No os parece, señores, que causa lástima y no sé qué más percibir el frio glacial del racionalismo á través del ardor febril de estos desventurados filósofos? Porque no hay que dudarlo: el racionalismo más intransigente es el alma de éste como de casi todos los sistemas de la escuela alemana. De él se derivan y no de otra cosa los desvaríos de los krausistas en todo cuanto se refiere á Dios, á lo que no es Dios y á las relaciones que existen entre Dios y sus obras. ¿Queréis saber cómo piensan relativamente al orígen de las cosas? Pues para ellos todo el mundo es eterno. «La materia infinita en el espacio, dicen, implica una infinidad de astros; la materia infinita en el tiempo implica á su vez infinidad de trasformaciones que se prolongan sin fin en el pasado y en el porvenir; de ahí, según la expresión consagrada, *la eternidad del mundo.* Si el tiempo es infinito (¡que aberración!), la materia de que es una forma, está sometida á la ley de la mudanza sin comienzo y sin fin: es decir, que la naturaleza no ha comenzado y no debe acabar en el tiempo..... Lo infinito es la negación de un primer término, y de un término último. Decir que la materia es infinita en el tiempo, es decir, que la materia es eterna ó que el mundo existe de toda eternidad; que no ha tenido comienzo y que no tendrá fin. Esta concepción de la eternidad de la materia, que causaba en otro tiempo tantas preocupaciones, parece hoy admitida sin contestación por todos los sabios. (¿Á quienes llamarán estos ilusos *sabios* y todos los sabios?) Un mundo creado en el tiempo es un mundo que sale de la nada, y un mundo que perece en el tiempo es un mundo que vuelve á la nada. Esta idea de la nada como límite de la existencia, como primero y último estado de las cosas, no entra en el espíritu moderno, y parece en contradicción con todo lo que sabemos de la naturaleza.....» Esto en

cuanto al mundo material, porque en cuanto al espiritual no son menos explícitos.

«No solamente, dicen, concebimos el mundo espiritual como infinito en su composición, como compuesto de una infinidad de espíritus individuales; le comprendemos también como infinito en el tiempo ó como existiendo por toda eternidad. Ninguna sustancia sale de la nada. Si el pensamiento repugna á representarse un principio de la materia, ¿cómo podría imaginarse un principio de la existencia del espíritu?..... El espíritu que existe, ha existido siempre, y no puede cesar de existir; el espíritu es una sustancia indestructible; puede pasar de un estado á otro, del sueño á la vigilia, de la salud á la enfermedad ó recíprocamente; puede encarnarse en un cuerpo ó en otro, por efecto del nacimiento *ó de la muerte* (metempsícosis, tal vez), pero no parece que pueda pasar de la nada á la existencia ó de la existencia á la nada.»

No es posible, señores, pasar adelante sin rectificar algunos conceptos tan equivocados como importantes diseminados en los párrafos trascritos. Que la materia es infinita y que el espíritu es infinito..... ¿Qué se quiere decir con esto? ¿Que la materia no tiene límites y que el espíritu tanpoco los tiene?..... ¿Pero en qué no tiene límites la materia? ¿En su cantidad? ¿Y en qué no tiene límites el espíritu? ¿En el número de individuos que gozan la espiritualidad? ¿Y habrá alguno tan cándido que se avenga á creer que en el espacio no cabe un átomo más, ó que en el universo repugna la existencia de un nuevo espíritu? Y si no es esto lo que se quiere significar, ¿será acaso que la actividad, que la omnipotencia divina está agotada con lo que existe, y por consiguiente que si no intrínseca por lo menos extrínsicamente repugna la existencia de algo nuevo? Esto debe ser á no dudarlo, puesto que al mismo tiempo se enseña que tanto á la materia como al espíritu conviene la eternidad, ó lo que es lo mismo *para ellos* la carencia de principio; y digo para ellos, porque en el tecnicismo theológico la eternidad no es la carencia de principio, no es la carencia de fin, no es la carencia á la vez de principio y de fin; es otra cosa todavía, es la carencia de sucesión, y por consiguiente, la carencia de tiempo en la vida interminable

«*Interminabilis vitae tota simul et perfecta possesio.*»

Pero aun dejándolo en la carencia de principio, y empleando por tanto en un sentido impropio la palabra eternidad; ¿por qué se empeñan estos hombres en sostener la eternidad del mundo? ¿Es acaso por huir de la creación, ó es acaso porque la creación es necesaria en Dios? No es paradoja; las dos cosas por opuestas que parezcan son admitidas en la filosofía que examinamos. La creación, en cuanto significa principio de existir para un sér que antes no existía, es una necedad según los krausistas que se dan por muy satisfechos con repetir, contra la idea católica de la creación, la manoseada objeción de «*ex nihilo nihil fit;* de la nada, nada se hace,» como si hasta los niños de nuestras escuelas no supiesen perfectamente que, cuando decimos que el mundo ha sido criado de la nada, no queremos decir que haya sido sacado de la nada, como si la nada fuese algún depósito, algún lugar donde antes de ser criado se hallase el mundo; ni tampoco que haya sido formado de la nada como de materia elemental preexistente, á la manera que el alfarero forma sus vasijas del barro que al intento prepara, y sí que Dios, por su omnipotencia infinita y por su libérrima voluntad, ha hecho que lo que antes no era ó no existía, ni en sí ni en cosa alguna preexistente, comience á existir y exista en sí y en un momento dado.

Y aquí está precisamente lo que los krausistas no hallan modo de admitir, es á saber; que la voluntad de Dios sea libre ó, como ellos dicen, *arbitraria* en sus operaciones *ad extra*; de donde se infiere que cuando dan la infinidad á la materia igualmente que al espíritu han de querer decir, aunque pudieran decirlo con más claridad, que no es posible con posibilidad extrínseca más materia que la existente, ni más espíritus que los que existen; lo cual tampoco deja de ser, en buena filosofía, un solemne disparate, puesto que hace de Dios un sér que dista mucho de la perfección.

Pero no es esto todo, señores; puesto que los krausistas no quieren admitir la creación en el sentido católico, ¿de dónde viene para ellos la naturaleza, de dónde el espíritu y de dónde la humanidad? y hago esta pregunta, porque no su-

pongo que haya quien sostenga que la naturaleza, el espíritu y la humanidad tengan la razón suficiente de su existencia en su esencia, ó lo que es lo mismo, que haya repugnancia intrínseca en concebir la materia, el espíritu, ó el hombre en el terreno de la posibilidad. ¿Cuál es el origen, repetiré de estos seres? Dios, me dirán, y no puedo menos de admitirlo: de Dios viene todo lo que no es de Dios; pero ¿de qué manera, en qué forma las cosas vienen de Dios, toda vez que no admitáis la creación de la nada? ¿Acaso de materia preexistente? Pero en primer lugar, esto no valdrá para explicar el origen del espíritu, y en segundo, ¿de dónde vendrá á su vez esa materia preexistente simplificada y retrotraida cuanto queráis?

¡Ah! señores, de tal manera, con tal claridad se presenta á mi vista, al llegar á este punto, el pantheismo krausista, que me daría atado de piés y manos si alguien fuese capaz de librar á esa malhadada filosofía de la nota de pantheismo, ó si me permitieráis la palabra, de la nota de *theopanismo*.

Es realmente bien notable que no siendo como no son los krausistas modelo de hipocresía en general, y siendo como son bastante claros y explícitos cuando se trata de aceptar otros dictados como el de racionalistas, que por cierto tienen muy bien merecido, se pongan siempre tan biliosos cuando se les llama pantheistas. Pero es preciso poner las cosas en claro.

Los krausistas llaman pantheistas á los que, confundiendo á Dios con el mundo material, con el mundo espiritual ó con la humanidad, dicen que la materia es Dios, que el espíritu es Dios, ó que la humanidad es Dios. Semejantes desvaríos no merecen su aprobacion, por lo que rechazan el dictado de pantheistas.

Llaman dualistas á los que, separando á Dios de todos los demás seres, sostienen que la esencia divina nada tiene que ver con las otras esencias, y que las cosas fuera de Dios tienen su esencia propia, su existencia propia, sus atributos propios, y su sér dependiente de la divinidad, pero diverso de ella. Los krausistas condenan esta doctrina como la de los pantheistas, y, eligiendo uno como término medio, dicen: No todo en el mundo es Dios; pero todo está dentro de Dios. Que

no todo en el mundo es Dios se ve claro examinando bien los tres infinitos que existen además del absoluto ó de Dios.

El infinito naturaleza no puede confundirse con Dios, porque es un infinito relativo que, si bien comprende la materia infinita, no es una misma cosa con el infinito espíritu que se le contrapone y del cual se diferencia; mucho menos será una misma cosa con Dios que es el infinito absoluto; luego Dios no puede equipararse con la naturaleza, puesto que Dios lo es todo y la naturaleza no.

El infinito espíritu tampoco es más que un infinito relativo que, si bien comprende todos los espíritus, excluye de su esfera al infinito materia, y tampoco es por lo tanto adecuado al infinito absoluto, que nada excluye y todo lo abraza.

Del mismo modo se demuestra que la humanidad tampoco es cosa que pueda formar ecuacion con el todo Dios.

Esta es la razón porque no quieren ser tildados con el epíteto de pantheistas. La materia no es Dios, el espíritu no es Dios, la humanidad no es Dios. Dios es mayor que cada uno de esos géneros y que la suma de todos ellos; sin embargo, los tres géneros considerados como tres círculos están dentro de otro círculo mayor que los abraza y excede, y ese círculo es Dios.

Si se les pregunta por las esencias de esos géneros, ó de los indivíduos en ellos comprendidos, si son varias entre sí y varias con Dios, al momento se levantan contra esta hipótesis calificándola de dualismo; pues una de dos, discípulos de Krause, ó las cosas en Dios son cosas distintas de él, ó no lo son; si son distintas de Dios, hay que admitir el dualismo; porque ni las cosas son Dios, ni Dios es las cosas; hay dos ó muchas esencias, y por tanto no hay unidad; pero si las cosas en Dios, dentro de Dios, no son distintas de él, y son *parte* como si dijéramos de su *esencia* absolutamente *infinita*, no hay más remedio que declararos pantheistas ó, si queréis mejor, théopanistas; no basta el dictado de pantheistas.

Conviene robustecer estas apreciaciones con algunos pasajes de Tiberghien. «Dios, dice, ha sido confundido, ya con la naturaleza, ya con el espíritu, y aun hoy, en las doctrinas de Augusto Compte, es confundido con la humanidad. El

materialismo, el ascetismo y el positivismo son tres formas de un mismo error, que consiste en tomar la *parte por el todo.* Dios es más que la naturaleza, más que el espíritu, más que la humanidad, más que la colección de estos tres géneros: es su causa común, es la unidad fecunda de donde proviene toda la diversidad del mundo.

El espíritu y la naturaleza están establecidos en antítesis: la humanidad es la síntesis de la creación; la tésis es Dios. El mundo es solamente un todo colectivo, donde se manifiestan, bajo caracteres predominantes, las diversas determinaciones de la esencia, la esencia espiritual, la esencia física y su producto común, la esencia humana. La unidad de la esencia, que no está en el mundo, está en Dios. Dios hace la unidad del mundo; es el lazo del espíritu, de la naturateza y de la humanidad; es quien comunica su esencia al universo, y quien la dá sin perderla..... Ninguna esencia en el mundo está, pues, separada de la esencia divina, ninguna se confunde tampoco con ella. La naturaleza no es Dios, el espíritu no es Dios, la humanidad no es Dios, aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia. Dios es absolutamente uno, es el sér solo y único, sin segundo á su lado ni sobre él. Para la naturaleza hay un otro, es el espíritu; para Dios no. El mundo no es la antítesis de Dios, como nos figuramos cuando entendemos por Dios el espíritu, y por mundo la naturaleza; Dios no tiene antítesis, Dios no es un género de realidad, sino la realidad toda entera, el todo; y el todo no puede concebirse sino con el carácter de unidad, bajo pena de contradicción. Dios no es el género supremo, un sér superior á los otros, sino el sér mismo, todo el sér, superior á toda comparación. Para el espíritu y para la naturaleza hay tambien límites y condiciones, para Dios no. Cada género tiene su exterior, sólo Dios no le tiene. La esencia infinita es la totalidad de la esencia, fuéra de la cual nada existe; Dios es la esencia una, infinita, absoluta, fuéra y sobre todo género; esta esencia comprende también todo lo que es limitado, pero no tiene límites. El límite es el atributo de un sér que se opone á otros seres, y que está considerado como tal. Pero Dios no es solamente esto

ó aquello, un sér ú otro, es todo el sér, y no es afectado en consecuencia por la limitación de las criaturas. Del espíritu se puede decir: él no es más que el espíritu, porque hay otra cosa; la misma expresión conviene á todo lo que es determinado, pero no se aplica á Dios. Dios es todo, Dios es la tésis, Dios es la afirmación una y entera, Dios es la perfección infinita y absoluta..... No se puede decir: Dios es esto ó aquello, sino Dios es todo. No se debe decir con los theólogos que Dios es un puro espíritu; ni con los materialistas, que Dios no es otra cosa que la naturaleza; ni con los positivistas, que Dios es la humanidad y no otra cosa, ni en fin, con los pantheistas, que Dios es el conjunto de todos estos seres. Todas estas proposiciones son falsas, porque encierran á Dios en los límites de uno ó más géneros, y Dios no es una parte de la realidad, sino la realidad toda entera. Dios es también *(aussi)* el mundo, y también el espíritu, la naturaleza y la humanidad; pero no es solamente la suma de los seres, sino también la razón de ellos.»

Basta de citas, señores; los pasajes trascritos son suficientes al intento; y basta también de molestar vuestra atención benévola con un escrito árido por el fondo, y desaliñado por la forma. Bien hubiera deseado tomar otro asunto más al alcance de estos mis jóvenes colegiales; pero el discurso anterior pedía éste, para servir entrambos de preliminar á los sucesivos; y uno y otro nos han hecho ver lo que ya os decía al acabar el primero: que en la historia de la filosofía, como en la historia en general, la humanidad es la misma, y las leyes por que se rige constantes en medio de su variabilidad; que el círculo, dentro del cual se revuelve la razón humana, es férreo é inquebrantable por más que no siempre aparezca bien marcado; y que no merecen otro nombre que el de soñadores los que en su orgulloso desvanecimiento se empeñan en hacer la apoteósis del sér humano.

No seré yo quien trate de deslustrar las dotes personales del inventor del krausismo; no diré, como han dicho otros, que Krause no tenía más que tres cuartas partes de cabeza; confesaré que me es simpático por la importancia que ha sabido dar á la dialéctica tan descuidada por muchos otros

en la actualidad; pero ello es preciso convenir en que el krausismo es un sistema atrevido que, basado sobre el criterio puramente racionalista, pretende pero no consigue huir del pantheismo; por más que sus secuaces hayan querido cambiar este por el dictado de pantheismo; lo cual ha hecho decir á otros que el krausismo es el pantheismo más el absurdo. Pantheismo embozado y racionalismo manifiesto; tal es, en todo caso, la expresión sintética de esta doctrina que no puede ménos, por lo mismo, de ser combatida por cuantos nos preciamos de cristianos y de sinceros católicos; porque el pantheismo es el máximum de la aberración y del absurdo, y porque el racionalismo es el orígen y la fuente del pantheismo y de todos los demás extravíos que la historia registra así en filosofía como en theología, en política y en todos absolutamente los ramos del saber humano.

He dicho.

Colegio de primera y segunda enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1876.

VII.

AÑO ESCOLAR DE 1881 Á 1882.

SEÑORES:

En el último discurso de apertura que tuve el honor de leeros, y corresponde al curso de 1876 á 77, quedó demostrado hasta la evidencia que, el krausismo, ó sea el sistema filosófico organizado por Krause en Alemania sobre las bases racionalistas de Kant, y sostenido y modificado por Tibergien, Abreus y varios otros de más ó menos nombre en el extranjero, y por no pocos desgraciadamente en el profesorado español, es completamente panteista, tanto en lo que podemos llamar su parte ideal y subjetiva,—teoría sobre la ciencia,—como en su parte real y objetiva,—teoría sobre las relaciones de la naturaleza, del espíritu y de la humanidad con Dios. Como el propósito era precisamente calificar el sistema, y como la calificación necesitaba estar basada en sólidos motivos me esforcé en citar, y no economicé por cierto, pasajes de los más genuinos representantes del krausismo; pasajes cuya interpretación no admite vuelta de hoja, y que dejan fuera de toda duda lo que me propuse demostraros: «El krausismo es el panteismo embozado y el racionalismo manifiesto.» Tal es la fórmula de aquel discurso.

No faltaron críticos, krausistas por supuesto, que, exa-

minando y juzgando los discursos de apertura leidos en aquel año en las universidades y otros centros de enseñanza, toparon con el humilde trabajo que os leí; y lo maltrataron á su sabor, zarandeándolo con la fruición del que lucha seguro de su superioridad: bien es cierto que no otra cosa merecía un desaliñado discurso, escrito por un triste director de colegio privado, para ser leído, como si dijéramos, en el desierto; y esto con la avilantez, con la audacia de meterse á tocar puntos doctrinales reservados á los verdaderos filósofos, á los sapientísimos críticos de las revistas anticatólicas.

Me sentí un tanto indignado, os lo confieso, más por la forma que por el fondo de la censura: y aun me dirigí á uno de aquellos censores, ofreciéndole que, cuando mis ocupaciones, entonces muy perentorias, me lo permitiesen, tendría gusto en romper alguna lanza en aquella arena, y en esclarecer uno por uno los principales puntos de la controversia. Pero la revista, á que aquel señor pertenecía, dejó hace ya tiempo de existir; y el krausismo anda por fortuna tan mal trecho, que apenas hay quien se dedique á él con entusiasmo, habiendo muchos que se avergüenzan de haberlo abrazado en otro tiempo.

Así y todo; como la cuestion para nosotros no es meramente especulativa, sino de un interés marcadísimo y trascendental para la suerte futura de estos amados educandos; y como tanto nos da que el error se llame krausismo, como que se apode con el nombre de cualquier otro escritor, me propongo ampliar lo hasta aquí establecido con algunas consideraciones que, poniendo de manifiesto las funestísimas deducciones del panteismo y del racionalismo, abran los ojos á los incautos, para que no se dejen alucinar por estas doctrinas, que bien pueden denominarse plagas del siglo en que vivimos.

La lucha, señores, entre la razón y la fé es tan antigua como el hombre, y, si se quiere, como los ángeles: la soberbia de éstos envuelve, á no dudarlo, el primer esfuerzo de la inteligencia por sacudir el yugo de la fe; su orgullosa insubordinación no puede juzgarse de otro modo: el acto de nuestros primeros padres en el Paraiso es el segundo hecho de es-

ta historia: la incredulidad de los hombres en los momentos anteriores al diluvio es el tercero.

Pero donde se vé la guerra más tenaz, más encarnizada y más constante es en el Nuevo Testamento; ó sea, desde la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra. Su persona, encarnación del principio dogmático, se encontró desde el primer momento, frente á frente de la incredulidad, contra la cual peleó victoriosamente en los años de su vida pública. Desde entonces y hasta nuestros dias, la lucha ha sido terrible é incesante; como acreditan, de un lado la historia de los apologistas, y de otro la de los disidentes de todas denominaciones.

En los tiempos modernos, el campo de batalla se ha hecho más vasto, y la guerra más encarnizada y de peor género. La filosofía ha tomado un rumbo completamente insidioso y pérfido; la crítica histórica se ha hecho parcial y exigente en demasía; y las ciencias naturales, todas, envalentonadas con sus adelantos y exigentes hasta lo increible, no dejan momento de tregua en esta lucha gigantesca; pareciendo adunarse, como si esperaran dar el golpe de gracia á la fe en un momento de clamoroso y enérgico esfuerzo. Tal vez este esfuerzo es semejante al de un ejército que, encerrado por el enemigo y previendo su ruina, echa el resto porque no se diga que no apuró todos los recursos.

Importa, pues, poner las cosas en claro; deslindar las enseñanzas de los racionalistas y de los dogmáticos; vindicar, sí, para la razón sus derechos legítimos, pero sin exajerarlos hasta lo erróneo; reconocer, en una palabra que, siendo la revelación y la razón canales por donde se nos trasmiten verdades de un mismo origen, y verdades al fin, no es posible que haya entre ellas colisión ni encuentro alguno justificado, y que, siendo la razón humana limitada y finita en demasía, estando como está, expuesta á tantas declinaciones como, con vergüenza en la frente, hicimos ver en otro de los discursos anteriores, no habiendo, como no hay, tal contingencia para la fe custodiada en su integridad y pureza por el magisterio infalible de Jesucristo, no hay otro camino que sentar bien sentados los dogmas fundamentales de nuestra fe, y compulsar

con ellos los productos más ó menos ingeniosos de la filosofía ó de la ciencia, para abrazarlos ó condenarlos según el resultado de la comparación.

Ahora bien, señores; lo que la filosofía católica y la teología cristiana enseñan, sobre los puntos controvertidos por los antiguos y por los modernos racionalistas, el credo, digámoslo así, del mundo católico puede formularse de este modo: desde la eternidad, ó, lo que es lo mismo, sin que haya habido ni podido haber un tiempo real ni virtual anterior á su existencia, existe Dios; es decir, existe un sér necesario, infinito en todo género de perfecciones; á cuya realidad nada puede añadirse; de cuya esencia nada puede faltar; inmutable; en cuyo sér nada hay accidental, nada variable; incapaz de adquirir ni de perder, porque lo tiene todo y lo tiene por su esencia; en quien la perfección es perfectísima y exenta de toda limitación; en quien nada hay en estado de posibilidad, porque es un acto purísimo; en quien no cabe sucesión de hechos, porque la eternidad excluye todo tiempo; que por su inmensidad, abraza todos los séres y todos los espacios, sin ocupar sin embargo el espacio; que llena todas las capacidades, sin ser comprendido en ninguna; que está por cima y debajo de todo, sin ser sostenido ni oprimido por nada; actividad suma y verdaderamente infinita, á cuyo imperio nada absolutamente puede resistir; que por un acto eterno de su voluntad, hizo que las criaturas todas, es decir, todo lo que existe fuera de Él, pasase en el tiempo del no ser al ser, de tal modo que, no habiendo existido hasta entonces, hubo un momento en que las cosas comenzaron á existir; inefablemente sabio, con perfectísimo conocimiento de su esencia infinita, donde, como en un espejo de prodigiosa virtud ve todos los seres, con todos los modos, con todas las modificaciones que les son propias en la realidad, en la existencia; y con todas aquellas otras que les hubiesen convenido en la incalculable variedad de combinaciones que caben dentro del insondable abismo de la posibilidad; sabiduría divina, donde, por imperfecta, no cabe la ciencia discursiva, no cabe el raciocinio, no caben la abstracción ni la generalización, porque para Dios no hay géneros ni especies, ni puede haber otra cosa que in-

divíduos; inteligencia infinita, en una palabra, cuyo inteligible adecuado es Dios mismo comprendido de una manera, más perfecta que la cual no cabe otra.

Enseña además el credo cristiano que, entre los innumerables é incalculables cuerpos que pueblan el espacio, y voltean y corren sin cesar con velocidad pasmosa y sublime armonía, obedeciendo al impulso que una vez recibieran del Omnipotente, está el planeta que habitamos; pequeñísimo si se atiende á su volumen relativo, pero grande, muy grande, si se mira á las grandiosas escenas de que ha sido teatro, como resultado de haber sido elegido para habitación del hombre, objeto de asombrosas y como increibles relaciones por parte de Dios, desde los primeros momentos de la creación.

Enseña que, por más que Dios pudo crear al hombre tal como hoy nace, provisto de los medios necesarios, y nada más que de los necesarios, para realizar su fin ó el conjunto de sus fines sobre la tierra, como animal racional que es, plugo á su divina bondad elevarle, antes como si dijéramos de soltarlo de sus manos creadoras, á un orden mucho más alto que el que verdaderamente le correspondía; destinándolo á la eterna, inalterable y sobrenatural posesión beatífica; facilitándole cuantos medios necesitaba para la más fácil consecución de su singularísimo destino; enriqueciéndolo con todo linaje de dones extra y sobrenaturales, tanto en cuanto al alma como en cuanto al cuerpo, así en materia de conocimientos y de ordenada marcha de las facultades del alma, como en punto á desarrollo orgánico y á la perfección de las funciones todas, cuya marcha armónica constituye la salud más cabal; pero que, para desgracia de la humanidad entera, nuestros primeros padres cometieron la incalificable falta de desobedecer á su benignísimo Criador, dudando de su veracidad, é infringiendo el tan sencillo como expresamente consignado precepto, en la forma de todos sabida: que á consecuencia y por efecto de esta prevaricación, Dios retiró de ellos su amistad, y con ella los dones y privilegios que la acompañaban: naciendo desde aquel momento los hombres reducidos á la condición de pecadores por orígen, ó sea hijos de pecadores, despojados de la gracia santificante con que hubiésemos nacido sin este

funestísimo pecado, llamado por esto pecado original, y privados de esa amistad especial de Dios, inseparable de la gracia justificante con la cual hubiésemos todos entrado en la vida según los altísimos destinos de la Providencia.

Enseña también que el Todopoderoso, uno en esencia y trino en personas, compadecido de la humanidad caída decretó en su misericordia infinita, la restauración, la redención del humano linaje por la encarnación hipostática, pasión y muerte del Verbo; cuyos merecimientos, infinitos en valor por la dignidad infinita del Redentor, devolvieron al hombre la gracia perdida por el pecado, infinito en malicia por la dignidad infinita del ofendido.

Desde este misterio, como desde un gran centro luminoso, irradia el cristianismo todos ó casi todos los dogmas que constituyen su fondo, y que tan capital influjo ejercen en la vida práctica de los verdaderos creyentes. De aquí, la *Ley Antigua* con todos sus símbolos significativos de la venida del Mesías; de aquí la *Ley Nueva* con el Evangelio, con los sacramentos, con la organización de la Iglesia, con la jerarquía eclesiástica, con el Jerarca de los jerarcas, Vicario de Cristo en la tierra, revestido de poderes y atribuciones de todo género para gobernar la sociedad militante como conviene á la sabiduría é infalibilidad de su soberano comitente; de aquí, la doctrina de la otra vida, donde se compensarán las injusticias de esta, donde los esfuerzos de la voluntad libre recibirán su eterno galardón, y las prevaricaciones y debilidades su condigno castigo, y donde se completará y coronará la gran obra de la redención por la visión beatífica por la cual el hombre llegará á ver á Dios cara á cara, á Dios, en cuya posesión encontrará la satisfacción más colmada de todos sus deseos, de todas sus aspiraciones, de todas las necesidades de su sér. Belleza, verdad y bondad; ved aquí la síntesis de las aspiraciones del espíritu, y ved aquí lo que el bienaventurado encuentra en Dios, y en tal medida que, llenándose y como rebosándo por todas partes sus capacidades, no es posible que en él quede vacío ni hueco alguno; no es posible, que haya allí deseo alguno que saciar; no es posible, para decirlo de una vez, que el hombre deje de ser completamente feliz y eternamente feliz.

Tal es, señores, el resumen de la Religión Cristiana, en la parte concerniente á nuestro asunto; diseñado á grandes rasgos, por temor de la molestia que pudiera causaros la lectura de cosas perfectamente conocidas, desde la infancia, por todos cuantos conmigo habéis tenido la fortuna de haber nacido entre católicos, de haber sido educados por padres católicos, y de haber hecho juramentos solemnes de no faltar jamás á la fé católica.

Veamos ahora qué es lo que enseñan los krausistas y demás racionalistas modernos, sobre estas importantísimas cuestiones; y si tengo ó no razón para declararme en lucha abierta contra semejantes escuelas.

Pues bien: lo que las escuelas panteístas modernas enseñan respecto á Dios está tan lleno de contradicciones y de absurdos, que no se acierta á combinar en buena lógica. Para ellos, no hay más Dios que la universalidad de lo existente; es decir, Dios es todo; no hay nada que no sea Dios; pero de tal modo que, existiendo como existen las cosas, éstas no pueden decirse Dios; al modo que á las partes no puede convenir la denominación del todo; están sin embargo dentro de Dios, pertenecen á Dios; *son*, en una palabra; y todo lo que *es*, todo lo que tiene ser no puede menos de participar de la divinidad, puesto que la idea del sér absoluto, fuera del cual no queda sér, y la idea de Dios son para ellos perfectamente sinónimas.

Los católicos decimos que no hay perfección ni realidad de que Dios carezca; pero tenemos cuidado de añadir que no todas las perfecciones están en Dios de una misma manera; porque las hay de aquellas en cuyo concepto metafísico no entra género alguno de imperfección, y de éstas decimos que Dios las tiene *formaliter*, es decir, que le convienen absolutamente y en toda la extensión de la palabra; pero hay otras, como si dijéramos complejas ó mixtas, en cuyo concepto entra la limitación, la finitud, la negación; y de éstas no podemos decir lo mismo, sino que le conviene de un modo virtual ó eminente: así, decimos que le convienen la sabiduría *formaliter*, porque en la comprensión de la idea sabiduría todo es perfecto, y por tanto digno de Dios; pero no decimos que le con-

venga el raciocinio porque, entre los elementos que constituyen esta idea, los hay indignos de Dios; puesto que el raciocinar procede precisamente cuando se ignora y no se vé por intuición una relación cualquiera entre dos términos: de tal modo, que lo que en el hombre es una de sus mayores perfecciones, y por lo que se eleva específicamente sobre los brutos, eso mismo no puede convenir á Dios, porque en Él sería imperfección, y Dios es infinitamente perfecto, y ve y conoce y comprende todo lo visible, cognoscible y comprensible, sin esfuerzo alguno y con un solo acto purísimo de intuición.

Pero los panteistas no es posible que acierten á presentar de una manera aceptable la existencia de las cosas, finitas y limitadas como son, en Dios, en quien no cabe limitación ni imperfección de ninguna especie; porque la verdad es que la imperfección existe en las cosas. Y no baste decir que lo negativo no existe, y que las perfecciones de los seres finitos son como sumandos que unidos unos á otros dan un resultado infinito y digno de Dios. Semejante aseveración envuelve, por lo menos, dos yerros de trascendencia suma, y que no pueden pasar sin correctivo.

En primer lugar, no es exacto que lo imperfecto sea equivalente á lo negativo, y que no envuelva otro concepto que el de limitación ó carencia de ulterior perfección; es verdad que hacemos consistir el mal metafísico en la limitación de los seres, ó lo que es igual, en que, *siendo* hasta cierto grado, no *sean* de allí en más; pero también lo es que lo imperfecto es muchas veces positivo, y que, aunque en el nombre sea contradictorio de lo perfecto, en la realidad puede decirse mejor su contrario. ¿Cuál es, si no, la diferencia que hay entre la ignorancia y el error? El que ignora, desconoce; carece de conocimientos; su perfección está limitada; pero el que se encuentra bajo el dominio del error, conoce positivamente, aunque de un modo contrario á la realidad, á la verdad: tiene conocimientos en efecto, pero conocimientos falsos: ve relaciones varias entre ciertos términos; pero relaciones que no existen.

En segundo lugar, ¿cómo la suma de varias cantidades concretas y bien determinadas ha de resultar infinita é inca-

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

paz de aumento? Se dirá que esto se consigue siendo los sumandos infinitos en número; como dicen que son tanto los espíritus como los indivíduos de la gran familia humana. Pero no todo lo que se dice es admisible; y se necesitan buenas tragaderas para admitir que la materia es infinita, que el espíritu es infinito, y que la humanidad es infinita, si bien relativamente; y que del conjunto de estos relativos nace el infinito absoluto, ó sea Dios.

Más dejando á un lado todo esto, que ya se trató en el discurso anterior, y volviéndo al parangón de las doctrinas, ¿cómo ha de ser eterno el Dios de los panteistas si en él existe y ha existido siempre el tiempo ó sea la sucesión, y la idea de eternidad es la idea de lo simultáneo? Porque las cosas existen en Dios, según ellos, y las cosas existen en el tiempo, y sus manisfestaciones son sucesivas, y Dios no ha existido sin las cosas, como que no es realmente distinto de ellas; luego, siendo la idea de eternidad exclusiva, no sólo de principio y de fin, sino de sucesión, es evidente que el Dios de los panteistas no puede ser eterno.

Pero si no es eterno, tampoco puede ser necesario, porque de un lado debió tener un principio de existir, y de otro, todos los días y aun todos los instantes están sobreviniendo á su existencia modificaciones sucesivas; conceptos ambos que no caben en la idea de necesidad. Fuera de que, ¿cómo ha de ser necesario el todo cuyas partes son contingentes? ¿Cómo ha de ser necesario el sér universal, si á los seres particulares acompaña la contingencia, y aquél no es otra cosa que el agregado de todos éstos?. ...

La idea de necesario, como atributo divino, va tambien acompañada de la idea de inmutable, y esto por la más precisa y exacta derivación; que lo necesario no puede menos de ser, y de ser lo que es, mientras que lo mudable es capaz de ganar, de perder, ó de cambiar que es ganar y perder á la vez. Siendo, pues, como son, mudables, caducos y perecederos los seres que nos rodean; siéndolo nosotros mismos, ya en lo que se refiere al desenvolvimiento progresivo de nuestro organismo, ya en lo que atañe al desarrollo y vida de las facultades del yo en sus numerosas funciones ó modos de ejercicio, es

claro que, si no hay sér fuera de Dios, en Dios mismo tienen que refundirse las mutaciones y los cambios que á las cosas sobrevienen; porque la verdad es que las modificaciones y los accidentes suponen siempre y reclaman poderosamente sustancia á quien adherirse, base sobre qué descansar.

Y si al Dios de los panteistas le faltan estos atributos tan excelentes de eternidad, necesidad é inmutabilidad, ¿cómo podrá decirse que en él se encuentran todas las perfecciones y en el mayor grado posible de intensidad? Y ¿cómo podrá entenderse en este caso la razón de su existencia en su esencia, ó sea la aseidad?

La teodicea católica dice que, siendo Dios un sér realísimo, infinito en todo género de perfecciones, y á cuya esencia no puede faltar perfección alguna, ha de tener, por necesidad la de la existencia, sin la cual nada son todas las demás, y sin la cual no se concibe la posibilidad de que otra cosa exista; y á esta necesidad metafísica, con que la esencia divina pide su realidad ó su existencia llamamos aseidad. Dios es *a se*, porque su esencia lleva envuelta en sí misma la existencia, y en tal manera que el concepto de Dios, sin la idea de su existencia, es el mayor de los absurdos que caben en cabeza humana; es como el de triángulo sin ángulos ó el de ángulo sin lados.

Ahora bien: si el Dios de los panteístas no es *a se*, porque no es perfectísimo en todo género de perfecciones, puesto que por de pronto le faltan las de eternidad, necesidad é inmutabilidad, ¿cuál es su orígen? Si su esencia no envuelve la razón de su existencia, porque no envuelve todas las perfecciones, y, así como le faltan otras, podría concebirse sin ésta, ¿donde está la razón de su existencia? En sí mismo, repito que no; porque solamente conviene la aseidad á aquel sér que, para ser tal, haya de tener y reunir en sí toda la perfección; los demás no son *a se*; porque pueden concebirse perfectamente en el campo inmenso de la posibilidad: son posibles aun sin existir. ¿Dónde está, pues, la razón de su existencia, si no le conviene la aseidad? Ello mismo lo está diciendo: si no es *a se*, será *ab alio*; si no existe por sí, existirá por otro; porque ello es que su existencia ha de ser un hecho, un efecto; y sabido es aquel axioma, verdadera ley á que la

inteligencia se somete sin poderlo remediar de que «no hay efecto sin causa,» y aquel otro de que «nada existe sin razón suficiente.»

El Dios, en tal caso, de los panteistas no es Dios; porque es hechura de otro; porque hay otro sér, otra actividad, otra fuerza á quien debe todo cuanto tiene, puesto que le debe la existencia, verdadero compendio de toda perfección; no es Dios, vuelvo á decir; es un contrasentido; es un absurdo; es un Dios sin pies ni cabeza; y la escuela que esto enseña, ó de cuya enseñanza se desprende lógicamente, es una escuela atea.

En cambio, los krausistas divinizan la razón humana, y la ensalzan hasta el punto de que, si bien con trabajo ó mejor dicho con constancia, comenzando por el conocimiento del sér indeterminado y continuando por los del yo, del espíritu, de la materia y de la humanidad, llega, sin más fuerzas que las suyas propias, hasta el conocimiento intuitivo del sér absoluto, ó sea de Dios; en el cual y por el cual contempla todo lo cognoscible, realizándo así la unidad tan celebrada de la ciencia. ¡Triste condición, la de los panteistas que, negando á Dios lo que es de Dios, vienen á concedérselo á todo lo que fuera de Él existe! Todo es para ellos Dios, menos Dios mismo, como se ha dicho de los antiguos idólatras.

De la creación no hay que hablar en el campo panteista: las cosas, ó no existen realmente, ó existen en Dios, comprendidas en su esencia, y participando de ella; de la nada, dicen, nada se hace; las cosas no han podido tener principio de existencia; ésta se confunde con la de Dios, y es por lo tanto eterna é imperecedera como Él.

Nada digamos de los sublimes misterios del pecado original, de la redención, de la Iglesia cristiana, de sus dogmas, de sus Sacramentos, de sus prácticas, etc. etc: todo esto se menosprecia en las escuelas racionalistas, como perteneciente á una de las épocas religiosas del dominio de la historia; cuya influencia en la civilización de la humanidad habrá sido más ó menos eficaz é importante, pero que, al fin y al cabo, no ha sido otra cosa que una colosal ficción, un engaño estupendo inventado y realizado por un gran genio, para sacar al hom-

bre del politeismo, estado de verdadera degradación, y traerlo al monoteismo, grado de cultura intelectual mucho más elevado y perfecto; pero cuya razón de ser ha desaparecido. El sobrenaturalismo cristiano, por tanto, se conservará en nuestra memoria como un grato recuerdo, á la manera que se conservan las mómias de los mayores entre las familias; (no será así por fortuna); pero el campo por él ocupado debe cederse por completo al racionalismo, única forma de religión aceptable á la altura á que nos encontramos.

De aquí, como del célebre aparato de Troya, salen espontáneamente multitud de conclusiones teóricas y prácticas que, invadiendo el campo de la teodicea y especialmente el de la psicología, destrozan por completo el fondo de la religión, de la moral, y de todo lo justo, de todo lo bueno, de todo lo heróico, de todo lo que debe formar la inteligencia y el corazón del hombre en todas las edades de la vida, y muy singularmente en la edad de la educación, en la edad en que, libre todavía el niño de imposiciones perniciosas, presta sus capacidades naturales á sus padres y maestros, demandando alimento saludable para ellas.

Horror causa, y no se acierta á entender que haya quien se avenga á proporcionar el veneno de la mala doctrina á sus discípulos, aunque estén de por medio el interés de escuela, ó el compromiso de partido.

No hay que dudarlo, Sres., admitido el panteismo, sea de la forma que quiera, la personalidad humana desaparece ó debe desaparecer; y hasta la vida de los seres es preciso que se refunda en la vida de Dios, fuera del cual no puede haber actividad, no puede haber vida, por lo mismo que no puede haber sér ni por consiguiente sujeto de causalidad. Las fuerzas que producen el concertado movimiento de los astros, las que originan los diversos fenómenos que observamos en el mundo inorgánico, las que funcionan de esa manera tan admirable en el organismo de las plantas y de los animales, y las que presiden el ejercicio de las diversas facultades psicológicas; todas estas fuerzas, todas estas actividades, todas estas vidas no deben ser otra cosa que la fuerza, la actividad y la vida del Dios todo. Á él, por consiguiente, hay que atri-

buir cuanto estamos acostumbrados á decir de las criaturas, con todas las limitaciones, con todas las faltas, con toda la finitud é imperfección que en ellas se observan; Dios debe ser el sujeto y el objeto á la vez de todo lo observable. Si Dios es el sol que sostiene y regulariza el movimiento del sistema planetario, Dios será también el planeta sostenido y regularizado por el sol; si Dios es la tierra que atrae á la piedra hacia su centro, Dios será también la piedra atraída por la tierra; si Dios es el cirolero ó el alcornoque que nace, se desarrolla y crece hasta dar frutos sazonados, Dios será la ciruela ó la bellota fructificada; si Dios es el reptil, la fiera, el animal inmundo que no hay para qué nombrar, Dios será el término de la fiereza, de la inmundicia y de todo cuanto repugnante y asqueroso observamos en los animales. Pero, ¿á qué continuar? Fijémonos exclusivamente en la trascendencia del panteismo sobre la vida del hombre; y no ya sobre la vida del cuerpo, sobre la vida fisiológica, en la que se parece exactamente á los irracionales, sino sobre la vida del espíritu, sobre la vida del yo, sobre la vida psicológica que le distingue de todos los demás seres visibles elevándolo notablemente sobre ellos.

Ya lo hemos dicho; la personalidad humana desaparece ó debe desaparecer, admitido el panteísmo sea de la forma que quiera. Si la vida del hombre no es distinta de la vida de Dios, y si ésta se desenvuelve en el tiempo infinito de una manera necesaria é inevitable, ¿dónde se hallará la libertad del hombre, requisito primordial é indispensable del órden moral? Bien conoce Krause el peso de esta observación, y bien sabe que hay que dejar á salvo el libre albedrío, si no se quiere herir á la humanidad en sus convicciones más firmes, en sus afecciones más nobles; pero, no pudiendo evitar la consecuencia, dadas sus premisas, apela á la libertad de coacción, asegurando que el hombre es libre, puesto que está exento de toda fuerza externa que le arrastre en sentido determinado.

Desde luego comprendereis que la solución es pobrísima é incapaz de satisfacer á nadie. Pues qué, ¿no es libre con libertad de coacción, la fiera que recorre los bosques, el vegetal que crece y se desarrolla, y hasta el agua que suavemente

se desliza por su limpio cauce? Y ¿esto es bastante para que los actos de la fiera ó del animal en estado salvaje se consideren dentro del orden moral, ó para que los efectos producidos por el agua ó por el vegetal, se consideren dignos de premio ó de castigo? No hay que darle vueltas, señores, la humanidad entera se rebelará siempre y con toda su energía contra quien quiera que pretenda hacerla víctima de tan groseros sofismas. Todos los hombres, de todas edades, de todas condiciones y de todos los países distinguen perfectamente entre los actos ejecutados por un niño sin discreción, por un enfermo sin conocimiento, por un hombre dormido, por un loco en sus momentos de extravío, y los llevados á cabo por otro que, dueño por completo de sí mismo, con imperio sobre sus órganos, con conocimiento claro de lo que hace y de la relación en que se encuentran los hechos con la ley que los manda ó los prohibe, obra con entera libertad no sólo de coacción ó sea externa, sino de necesidad interna ó sea de contradicción, de contrariedad y de especificación. Los primeros actos no están sujetos á responsabilidad; el sentido común los declara impunes é ilegislables: los últimos son siempre imputados á su autor como responsable de ellos, tanto en el foro de la conciencia, como en el de la autoridad encargada de ejercer la venganza legítima aplicando la sanción que á toda ley debe acompañar.

Nó y mil veces nó; la libertad moral, la verdadera libertad proclamada á una voz, según la bella expresión de un antiguo escritor, por los pastores en lo alto de las montañas, por los poetas en los teatros, por los indoctos en sus reuniones, por los doctos en sus bibliotecas, por los oradores sagrados en el púlpito, y por el género humano en el órbe todo no es, vuelvo á decir, la menguada libertad de coacción, que despues de todo parece quedar en las doctrinas que combatimos; la libertad que hay que dejar á salvo en todo sistema, es la libertad que comprende á un tiempo inmunidad verdadera de todo principio tanto extrínseco como intrínseco que nos arrastre ó precipite en un sentido determinado, obrando ya sobre las facultades de nuestra alma, ya sobre sus instrumentos de ejecución que son los órganos. Donde no hay esto, no hay libertad moral.

Fuéra, pues, señores; con resolución y energía sea dicho; fuéra doctrinas peligrosas para toda inteligencia; fuéra sistemas capaces de inficcionar y pervertir las de nuestros queridos colegiales, ávidos de aceptar sin reparo lo que nosotros queramos darles; fuéra delirios filosóficos, donde nada queda á salvo, ni aun la misma divinidad; fuéra absurdos ateos, que ateas son todas las enseñanzas en que se pervierte y trastorna la ley de Dios; fuéra teorías panteístas y racionalistas, donde, por despreciar la revelación y pretender explicarlo todo á la escasa luz de la razón, se confunden los conceptos, se desnaturalizan las cosas se saca todo de quicio: fuéra mil veces caprichos tontos y novedades orgullosas que, por el afán de la celebridad, se atreven á introducir enseñanzas suversivas de toda moralidad, de todo órden, de toda religión, de toda sociedad. Covenzámonos una vez más, Sres., de la finitud y limitación de nuestra inteligencia; busquemos en la antorcha de la fé la luz que falta á nuestra razón para atravesar con seguridad el oscuro trayecto de la vida, y para elevarnos poco á poco al más claro horizonte de la ciencia, que, como se ha dicho, no es posible llegue á ser una y perfecta en la tierra por más que otra cosa hayan pretendido y pretendan Krause y sus ya descorazonados partidarios.

Pero sin la libertad no es posible la imputabilidad; sin ésta no hay responsabilidad posible; sin ambas no hay mérito, ni demérito, ni ley, ni obligación, ni premio, ni castigo, ni autoridad, ni nada de cuanto constituye el fundamento y la base eterna sobre que descansa el orden, sobre que descansa la sociedad, sobre que descansa, descansó y descansará majestuosa la humanidad, sin que puedan turbarla los miserables esfuerzos de tantos soñadores como pululan por doquier.

He dicho.

Colegio de primera y segunda enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1881.

VIII.

AÑO ESCOLAR DE 1882 Á 1883.

SEÑORES:

«*Manus Domini tetigit me.*» La mano terrible del Omnipotente me ha tocado; todos lo sabeis; y al tocarme, me ha herido profundamente; y al herirme, ha conmovido todo mi organismo, ha sacudido violentamente mi existencia, ha llenado de amargura mi corazón, ha debilitado de una manera indecible la energía de mi espíritu, ha subvertido por completo mi modo de ser, hasta el punto de que ni yo mismo me doy cuenta de lo que en mí acontece, de lo que por mí pasa.

Bien sé, amigos míos, que, según nos enseña la fé, las pruebas de esta vida son señales inequívocas de que no estamos olvidados; y que cuando los males, por tremendos que sean, vienen del Todopoderoso, queda á su providente mano el remediarlos, según aquello de: «*Beatus homo qui corripitur á Deo.... quia ipse vulnerat et medetur; percutit et manus ejus sanabunt.*» Pero sé mejor, porque lo experimento en todos los momentos de mi angustiada existencia, que como decía de sí Job, modelo y verdadero tipo de los atribulados: «Ni mi resistencia es la de las piedras, ni mis carnes son de bronce: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est.*»

No se puede negar, en verdad, que mi vida anterior había estado casi exenta de penalidades; que la fortuna me había sonreído constantemente, favoreciéndome en toda clase de situaciones, creándome una reputación y un nombre muy superiores á mis escasísimos méritos, conquistándome amigos sin cuento y facilitando por estos medios la realización de mi sueño dorado: la fundación, el planteamiento y progresivo desarrollo de este centro de enseñanza, conocido ya y bien reputado por todos los ángulos de la Península y en muchas partes del extranjero. No dejaba ciertamente de ocurrírseme que tanta felicidad no podía menos de augurar días próximos de dolor; y más de una vez lo repetía como preparándome á ellos; y en efecto, como lo temía, así me ha sucedido: «*Timor quem timebam evenit mihi.*» Pero ¡son tantas y tales las desgracias de los últimos tiempos!!, tan aglomeradas y contundentes!! ¡Son de tal índole, amigos míos, los bienes de que el Señor me ha privado!! ¡Significan tan poco á su lado las riquezas y los honores!!!..... Sin embargo; si todo lo había recibido de la mano bienhechora del Altísimo, ¿por qué he de quejarme ó mostrarme menos resignado, cuando á su impenetrable voluntad place despojarme de lo que gratuitamente me había concedido? «*Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus?*» «*Dominus dedit; Dominus abstulit; sit nomem Domini benedictum.*»

Este conjunto de reflexiones y de motivos hacen que, al resolverme á dirigiros hoy mi debilitada palabra, me atreva á pedir á la ciencia un instante de tregua para el dolor, un poco de luto en la presente solemnidad; que también la ciencia tiene entrañas; y un paréntesis siquiera momentáneo al corazón en favor del acto literario; que también la sensibilidad es simpática con la ciencia.

Breve, pues, muy breve será el rato que os ocupe; y éste no para desenvolver ó dilucidar asuntos nuevos, de aquellos que exijen presencia de ánimo y atención exquisita; sino para hacer, como si dijéramos, la sencilla anacefaleosis de los discursos pronunciados desde la inauguración del Colegio, y que con el presente constituirán un todo armónico capaz de ser leído sin la heterogeneidad de impresión que á primera vista

causan trabajos hechos aisladamente para ser leídos en diversas ocasiones.

Hoy más que nunca imploro benevolencia, porque hoy más que nunca la necesito muy de veras.

I.

Señores:

No ménos de trece años han trascurrido desde mi discurso de inauguración del Colegio y apertura del primer curso escolar en este centro de instrucción. En él no hice más que ampliar un tanto y desenvolver el fondo de la circular ó carta-anuncio impresa en Julio de aquel mismo año, en la que me comprometía ante el público á emprender una obra enteramente nueva en ésta y en la mayor parte de las provincias de España; pero exigida imperiosamente por el estado más ó ménos anómalo de las poblaciones grandes, y por la desmedida libertad de que en ellas abusaban los jóvenes estudiantes, tan propensos siempre á sacudir el yugo de la disciplina, y á olvidar el gran deber que sobre ellos pesa desde el momento en que se dedican á la vida del estudio, sacrificando para ello buena parte de su patrimonio y tal vez del de sus familias.

Todo cuanto en aquel trabajo inicial tuve el honor de ofreceros se ha cumplido á la letra; todas las materias que en aquel acto ofrecí enseñar se han enseñado constantemente hasta la fecha, con el aumento de otras varias que las circunstancias, el progresivo desarrollo de la empresa, las disposiciones de la Superioridad, y el interés de los escolares han aconsejado más tarde.

El discurso del año 1869 fué un discurso de promesas; aquí estoy después de trece años á responder de su cumplimiento.

El estado especial de nuestra patria en aquel tiempo, á consecuencia de la revolución del 68, el prurito tonto de muchos que en momentos como aquellos creían de buen tono

sacudir las riendas de la religión cristiano-católica y menospreciar su moral; el espíritu de reforma y novedad que, alentado por tendencias ingénitas en la empobrecida naturaleza humana, dominaba por completo á no pocos de los hombres dedicados á la enseñanza en España, y en fin, la importancia que para los padres de familia tenía, tiene y no puede ménos de tener el sesgo que haya de darse á la educación de sus niños en puntos de tanto y tan vital interés fueron los verdaderos móviles del discurso segundo; en el que, sin rebozo de ningún género, con lisura y entereza prometí que la enseñanza del Colegio de El Rasillo sería pura y exclusivamente católica, así en lo especulativo como en lo práctico, sin mezcla ni transacción alguna: que no cabe mezcla ni transacción entre la verdad y el error, ni entre el bien y el mal moral cuyo criterio de ser radica nada menos que en la eterna inmutabilidad del Sér supremo.

No me fué difícil, en verdad, presentar los motivos de mi determinación en este asunto; las razones por las cuales mi decisión por el catolicismo era completa y absoluta: con la historia de la humanidad ante los ojos, vimos con desengaño y con horror las aberraciones prácticas en que cayeron los antiguos pueblos y aun todos aquellos de los modernos en los cuales no ha brillado ó no alumbra la vivificante antorcha de la fe. El merodeo, el robo y el pillaje, establecidos en Egipto y en Grecia como artículos principales de educación para sus hijos. La exposición pública ú oculta de los niños en Atenas y en Germania; salvaje práctica que subleva los sentimientos más comunes del corazón. El parricidio más repugnante é incalificable, llevado á cabo bajo el amparo de las leyes en la India y otros pueblos del Asia, en Lacedemonia, Prusia y otros de Europa, entre los etiopes y no sé cuántos más del Africa; ya quitando la vida á los tiernos niños que hubiesen tenido la desgracia de sacar alguna imperfección física del vientre de sus madres, ya matando ingrata y cruelmente al anciano padre que, por efecto de su laboriosidad y del amor hacia sus futuros verdugos, es decir hacia sus hijos, llegaba á inutilizarse para el trabajo. El divorcio más injusto, subyugando indignamente en todas partes á la pobre mu-

jer, á la mujer á quien sólo el Evangelio ha sabido elevar de la condición de cosa y de cosa abyecta y despreciable á la de persona merecedora de toda la consideracion social; el divorcio, en virtud del cual la infortunada mujer era conducida al mercado público como objeto de comercio, no de otra manera que entre nosotros acontece con las bestias de carga y demás animales domésticos. La prostitución, en fin, la pluma se resiste á escribirlo, la prostitución tenida entre los pueblos de mejor historia como un acto de religión, como un deber de las pobres jóvenes en obsequio á sus inmundas divinidades, ó un tributo infame de la debilidad á la desenfrenada lujuria de sus lascivos ministros..... Todos estos y otros hechos, unidos á las tristes consideraciones doctrinales tanto de las que de ellos nacen como de las en que se fundan, nos hicieron consignar como indiscutible la impotencia moral de la razón humana en materia de deberes y de creencias, y la necesidad moral también de la revelación como antorcha brillante que ilumine y guíe á la razón, así en materia de creencias como en punto á deberes y derechos.

Tras de esto y sobre esto fácilmente pudimos, descartando todas las falsas religiones politeistas y gentílicas, llegar al cristianismo como depositario de la verdadera, de la única verdadera revelacion; al cristianismo que, obrando en los tiempos antiguos bajo la forma simbólica del judaismo, y en los modernos bajo la del catolicismo, ha sabido hacer sin violencia, sin auxilio humano y sin otra máquina que la del heroismo en el sufrir, la de la caridad y la del amor universal, de todos los pueblos un solo pueblo, de todas las razas una sola raza, de todas las familias una sola familia, y de todos los hombres otros tantos hermanos iguales ante Dios, iguales ante la ley, iguales en sus deberes é iguales en su destino; sin esclavitud sin servilismo, sin el dominio de la fuerza bruta, y sin tantos y tan crasísimos errores teóricos y prácticos como envolvieron y degradaron al mundo pagano.

Pero ¿dónde está el cristianismo? preguntábamos en el tercer discurso correspondiente á Setiembre del 71. De tantas religiones como han aparecido en los diez y nueve siglos últimos con el epíteto de cristianas, ¿cuál es la instituida

por ese hombre extraordinario, por ese hombre Dios, que, bajo el nombre de Jesús ó Cristo, transformó completamente la sociedad con su celestial doctrina? Y el tema de aquel trabajo fijó la solución á estas preguntas con las siguientes palabras: «Fuera del Catolicismo nada hay, en materia de religión, que pueda satisfacer las exigencias de la razón humana: el Catolicismo y sólo el Catolicismo reune en sí los atributos, las propiedades y los caracteres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador.»

Para demostrar la primera parte de la proposición no hubo necesidad de grandes razonamientos: desechamos desde luégo todas las sectas que, nacidas en los nueve primeros siglos de la era vulgar con la denominación de cristianas, murieron más ó menos prematuramente demostrando con ésto que no se habia dicho de ellas lo de «portae inferi non praevalebunt adversus eam;» desechamos también el cisma griego, cuyo origen y vicisitudes son bien conocidas, y cuya penosa existencia es debida á causas políticas, que puede suceder muy bien varíen de un momento á otro, y hagan desaparecer del mapa religioso una secta que jamás tuvo razón de ser; y únicamente nos detuvimos en el estudio del protestantismo, cuya aparición, propagación y conservación van unidas á historias y pormenores que distan mucho de satisfacer las exigencias de la humana razón.

El protestantismo de Lutero, nacido del orgullo más refinado, y sostenido y fomentado por la crápula y el libertinaje más grosero, tuvo en favor de su instalación y progresos materiales un sin número de concausas que humanamente hablando no dieron sino un resultado efímero y mezquino: la invasión de los pueblos del Norte que cual inmenso alud cayeron sobre el Imperio imponiendo sus bárbaras costumbres á los vencidos; el desconcierto que en el clero hubo de reinar á consecuencia de la perniciosa costumbre de las investiduras, una de las causas más abonadas de su desmoralización y de su ignorancia en la edad media; la encarnizada guerra que por tanto tiempo sostuvo el feudalismo contra el poder real; la agitación que los emperadores de Alemania causaban por doquier con sus luchas intestinas y con sus ambiciosas pre-

tensiones sobre Roma; la convulsión general á consecuencia de las frecuentes acometidas de los turcos y mahometanos, origen de las célebres cruzadas; el nuevo rumbo que la filosofía y la política, las ciencias y las artes habían tomado en los últimos tiempos; los titánicos esfuerzos de los envalentonados reyes por desvirtuar y destruir la omnipotencia civil y política que la fuerza de los acontecimientos había colocado en manos de los papas, únicos hombres capaces de vislumbrar en aquella oscuridad los eternos principios de justicia; el frenesí por la novedad que el descubrimiento de la polvora, el del nuevo mundo, y sobre todo el de la imprenta produjeron en el orbe todo; éstas y muchas otras son las concausas que, ocasionando directamente la relajación de la disciplina y el enervamiento moral del clero, la rudeza de carácter y las costumbres poco cristianas en el pueblo, el orgullo insensato y el menosprecio más repugnante de los derechos más sagrados por parte de los príncipes, y la ignorancia más supina en casi todas las clases de la sociedad debían dar forzosamente por resultado final una reforma. La sociedad del siglo XVI, decíamos, llevaba en su seno, en gestacion propiamente hablando, el espíritu de reforma; y Lutero al proclamarla, al intentar su aparición no consiguió dar al mundo otra cosa que un prematuro y funesto aborto; que no otro nombre merece la tan decantada obra del hijo de Eislebén, del ex-fraile de Erfurd, del profesor de Witemberg, del apóstata, del incontinente, del concubinario, del sacrílego Lutero.

Pero no es esto sólo: la reforma de Lutero debió contar desde luégo con todos los descontentos y disolutos; debió contar con buena parte del pueblo á quien halagaba con sus doctrinas de igualdad, de libre examen y de odio al clero; debió contar con la parte corrompida del clero á quien halagaba con la derogación del celibato y de los votos religiosos; debió contar con muchos príncipes á quienes halagaba con transacciones indignas y con el interés de las riquezas eclesiásticas; no hay, pues, que extrañar el fenómeno material del nacimiento y propagación del protestantismo.

Pero ¿cómo ha de satisfacerse la razón humana con un

origen tan humano, con una historia tan nauseabunda? ¿Cómo ha de satisfacerse con doctrinas tan disolventes como la del pecado original, las referentes á la gracia y sus efectos, á la fe justificante, y las que se encaminan á establecer el concubinato en vez del matrimonio, y la insubordinación en vez de la obediencia? ¿Cómo ha de quedar satisfecha con doctrinas como las de Calvino sobre la predestinación, y como las de cien mil y más sectas, en que ha venido á desmenuzarse el protestantismo, sobre todos y cada uno de los dogmas del Evangelio?

No, mil veces; la razón humana no puede satisfacerse fuera del Catolicismo; porque el Catolicismo y sólo el Catolicismo reune en sí los atributos, las propiedades y los caractéres de que el cristianismo debe estar dotado por disposición de su divino fundador: segunda parte de la proposición de este discurso, y de cuya dilucidación se encarga el del año siguiente, ó sea el cuarto entre los que vamos sintetizando. Con la Biblia en la mano hicimos ver en él que la iglesia fundada por Jesucristo debe ser una sociedad visible, completa, independiente y distinta de toda otra; con jerarcas encargados de la autoridad, y pueblo cuya misión es obedecer; sociedad cuyo fin próximo es la regeneración y santificación del linaje humano; cuyos límites de extensión geográfica no existen; cuya duración se iguala con la del hombre sobre la tierra; y cuya doctrina y cuya moral están garantidas por aquél que dijo: «Yo soy la verdad.» Unidad pues de fé y disciplina; visibilidad, independencia y distinción de toda otra sociedad; santidad por su orígen, por su historia, por sus medios y por su fin; universalidad ó catolicidad; apostolicidad y perpetuidad hasta el fin de los siglos, y por último infalibilidad son los criterios por donde deben distinguirse la religión cristiana y todas las que no lo sean.

Ahora bien, señores, como no es difícil comprobar los hechos cuando están consignados en la tradición, se probó hasta la evidencia, con vista de la historia eclesiástica más concienzuda é imparcial, que la religión católica reclama para sí con toda justicia estos caracteres que, por otra parte, riñen de verse unidos al nombre del protestantismo, sea de la fracción que quiera.

Quedó por tanto demostrado en aquel discurso cuanto hacía falta para establecer de una manera inconcusa que, en punto á religiones no hay que pensar en otra cosa que en el Catolicismo; y consignado que en él había de basarse mi humilde obra, mi modesta fundación, el Colegio de El Rasillo así en la parte de doctrina ó enseñanza en las cátedras, como en la de moral en todos los actos de la vida.

Terminado así el resumen de los cuatro primeros discursos, que bien pueden considerarse como partes similares de un todo ó conjunto sintético, réstame deciros algo de los tres restantes, que no dejan de formar igualmente entre sí un cuerpo de doctrina.

II

Con el intento, señores, de concretar todavía más mi modo de ver en punto á doctrinas y enseñanzas, traté de decir algo en el discurso siguiente sobre las teorías erróneas ó peligrosas más apoyadas en la actualidad; sin que á ello me moviese exclusivamente el deseo de exponerlas y refutarlas en sí mismas sino también y muy principalmente el de presentarlas en toda su fealdad y repugnante desnudez á mis queridos alumnos, quienes más pronto ó más tarde no hay duda que han de tropezar con ellas en el sendero de la vida.

Dijimos entonces, y no hay inconveniente en repetir hoy, que la moda filosófica en el presente siglo ha tenido y tiene su centro en Alemania; que las demás naciones están en filosofía germanizadas por extremo; pero que el germanismo dista mucho de ser nuevo, como á través de su embolismo gramatical pretenden sus abonados. Los mismos errores, los mismos sistemas, las mismas desviaciones ofrece la historia de la filosofía entre los antiguos que entre los actuales pueblos, cuando éstos, prescindiendo de la fe, han querido ó quieren guiarse tan sólo por la escasa luz de la razón.

Y en efecto; el panteísmo se nos presentó en la India, primer pueblo cuya filosofía conocemos; y ésto en tres formas bien distintas: de espiritualismo, de materialismo ó sensualismo con base atomística, y de panteismo subjetivo. En Persia

y en Egipto encontramos el dualismo más inconveniente; en Caldea el fatalismo astrológico; y en casi todas partes la metempsícosis.

Visitando luégo las principales escuelas griegas vimos: en la jónica la eternidad de la materia, ya bajo la forma de agua en su fundador Thales, ya de materia caótica, en Anaximandro, ya de aire en Anaximeno, ya en fin de materia atomística en Anaxágoras; en la itálica el panteísmo en filosofía y el comunismo en política, uno y otro defendidos por Pitágoras; y en la eleatense el panteísmo enseñado por Jenófanes, el panteísmo idealista por Parménides y el escepticismo absoluto además por Zenón de Elea.

Entre éstos y la filosofía de los romanos y alejandrinos sólo se encontró escepticismo llevado hasta la exageración por Pirrón, ateísmo representado por Diágoras y cinismo personificado en Diógenes.

Derivaciones de las griegas son las escuelas romanas no menos que las alejandrinos, y derivaciones de los de aquellas son los errores de éstas que obligaron al emperador Justiniano á cerrarlas como indignas de subsistir. Bien es verdad, que la luz del Evangelio ahuyentaba ya de todas partes la negra oscuridad gentílica.

Cuando, después de la irrupción de los pueblos del Norte, vuelve á aparecer la filosofía, guarecida durante la tormenta entre los pliegues como decíamos del hábito religioso, nada nuevo nos ofrece la inteligencia humana. Juan Escoto Erigena con su panteísmo y sus emanaciones, los árabes de Bagdag y Córdoba, Roscelino con los nominalistas, Guillermo Campelence con los realistas, Abelardo y varios otros son testigos de nuestro aserto.

Bacon más tarde con su empirismo dando lugar á las doctrinas atomísticas de Gasendo. Descartes con su célebre duda, y Espinosa con la unidad de sustancias sirven de eslabones entre la antigua y la moderna filosofía sin que desdigan del cuadro general que á manera de ley viene trazando la razón del hombre en su constante y uniforme derrotero.

Y bien, señores, ¿que es sino materialismo puro lo que la escuela francesa moderna ha enseñado por sus más célebres

representantes: Cabanís, de Tracy, Volney, Broussais, Gall, etc. etc.? Y ¿qué es sino panteísmo, ateísmo y escepticismo lo que la filosofía alemana nos presenta, ora bajo la forma del idealismo trascendental de Kant, ora bajo la del idealismo subjetivo de Fichte, ya bajo la del idealismo objetivo ó identidad absoluta de Schelling, ó ya bajo la del panteismo idealista de Hegel?

No hay que dudarlo: en la historia de la filosofía como en la historia en general, la humanidad es la misma, y las leyes por que se rige constantes en medio de su varialibidad; el círculo dentro del cual se revuelve la razón humana es férreo é inquebrantable por más que no siempre aparezca bien marcado. Panteismo, dualismo, materialismo, idealismo, ateísmo y escepticismo combinados en diversas proporciones y expuestos en una ú otra forma es todo lo que la ciega razón ha dado de sí, en los veinte y tantos siglos cuyos datos filosóficos tenemos, al intentar resolver las grandes cuestiones que resumen el campo todo de lo cognoscible.

Así terminábamos el discurso quinto después de haber señalado como asunto del siguiente el examen crítico del sistema de Krause, uno de los maestros más aplaudidos en nuestros días. Y ¿qué viene á ser el krausismo? preguntábamos al comenzar aquel discurso. El krausismo, señores, contestábamos, es un sistema atrevido que, basado sobre el criterio puramente racionalista, pretende huir igualmente del panteísmo que del dualismo, estableciendo uno al parecer término medio á que han dado en llamar con la palabra nueva de panteísmo. Para los partidarios de este sistema, existen tres infinitos relativos y uno absoluto: existe la naturaleza, infinito relativo que, comprendiendo la materia infinita, se contrapone al infinito espíritu diferenciándose de él: existe el espíritu, infinito relativo que, comprendiendo el espíritu infinito, excluye de su esfera al infinito material: existe la humanidad, infinito relativo también que, comprendiendo el número infinito de individuos de la especie humana, ya de los que existen sobre la tierra, ya de los que habitan otros astros, no puede tampoco formar ecuación con el todo Dios que como infinito absoluto comprende estos tres infinitos á la manera

que un género comprende las especies que le están subordinadas; pero de tal modo que las esencias de estas especies ó de los individuos en ellas comprendidos ni son varias entre si ni varias con Dios, porque entonces resultaría el dualismo, del que huyen no menos que del panteísmo.' «El materialismo, el ascetismo y el positivismo, dice Tiberghien, famoso discípulo y expoeitor de Krause, son tres formas de un mismo error que consiste en tomar la parte por el todo..... El espíritu y la naturaleza están establecidos en antítesis: la humanidad es la síntesis de la creación: la tésis es Dios..... La naturaleza no es Dios; el espíritu no es Dios; la humanidad no es Dios; aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia..... La esencia infinita es la totalidad de la esencia fuera de la cual nada existe..... No se puede decir Dios es esto ó aquello, sino Dios es todo.»

Semejantes palabras y otras muchas que se citaron de este filósofo nos permitieron concluir como habíamos comenzado; conviene á saber: que el krausismo es un sistema atrevido que pretende, pero no consigue, huir del panteísmo, por más que sus secuaces hayan querido cambiar este dictado por el de panenteísmo. Panteísmo embozado y racionalismo manifiesto; tal es en todo caso la expresión sintética de esta doctrina que no puede menos, por lo mismo, de ser combatida por cuantos nos preciamos de cristianos y de sinceros católicos.

En el último discurso, correspondiente á la apertura del año próximo pasado, expusimos, como para completar el resultado de los anteriores, la enseñanza católica en lo concerniente á los puntos más directamente atacados por el racionalismo y más incompatibles con el panteísmo; hicimos el parangón entre las doctrinas que nos enseña la fé, y los absurdos que uos imponen sus enemigos; presentamos un pequeño extracto de los dogmas revelados que no pudimos unir en modo alguno con las aberraciones de la filosofía racionalista; vimos á las claras la falta de organización que por necesidad existe en todo sistema moral ó filosófico que se separa del supernaturalismo; y nos convencimos una y otra vez de que no

hay otro camino para nosotros que rechazar con energía, con decisión y sin rodeos toda doctrina peligrosa, todo lo que pueda inficionar y pervertir las tiernas inteligencias de estos mis amados alumnos, todo delirio filosófico, todo absurdo ateo, toda enseñanza panteísta ó racionalista, todo capricho tonto nacido del orgullo y de la soberbia del hombre que todavía parece estar prestando oídos á la diabólica promesa de «*Eritis sicut Dii.*» Seréis como Dioses.

No hay que darle vueltas, señores; mientras la naturaleza humana esté sujeta á las miserias de esta vida, mientras el error tenga tan facil acceso á nuestra inteligencia como enseña desgraciadamente la historia, mientras el corazón del hombre experimente esa proclividad, esa propensión al mal moral que acredita todos los días la experiencia, mientras que, en una palabra, el hombre se encuentre cercado de tantas imperfecciones, de tantas debilidades como por todas partes le rodean, no hay otro principio salvador que el principio de autoridad, fundamento de todo procedimiento dogmático. Con él, y no de otro modo, podremos adquirir la verdad, alimento de nuestra inteligencia, y proporcionarla á nuestros amados escolares, ávidos de ella: con él, y no de otro modo, cumpliremos nuestros deberes sociales, cualquiera que sea nuestra situación en la gran familia humana: con él, y no de otro modo, podremos conservar cada día con más ahinco el orden y la disciplina en el Colegio, pequeña sociedad donde el joven se alecciona en la práctica del deber: con él, por último y no de otro modo, lograremos devolveros vuestros hijos morales é ilustrados, aptos y bien dispuestos para poder ejercer con provecho todas las libertades civiles y sociales según aquello que os dije antes de todo al anunciar la creación del Colegio: «Dadme un pueblo moral é ilustrado, y yo le daré todas las libertades políticas y sociales compatibles con el orden. ¿Qué hay tan seductor en el mundo como el inimitable comunismo del hogar doméstico? Si me dais un pueblo bárbaro é inmoral tendréis que optar entre el despotismo y la anarquía.»

He dicho.

Colegio de primera y segunda enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1882.

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

ERRATAS.

Aparte de otras varias que fácilmente corregirá el buen criterio del lector, deben enmendarse las siguientes:

			Dice:	Debe decir:
Pág.	11	lín. 2.ª	es preciso	no es preciso.
»	12	» 17.ª	recojerán	recogerán.
»	15	» últ.ª	hatican	hacían.
»	17	» 20.ª	masagotas	masagetas.
»	21	» 15.ª	bajo del	bajo la del.
»	24	» 36.ª	espacio en,	espacio, en.
»	30	» 16.ª	fe mortal	fe del mortal.
»	32	» 30.ª	hicicieron	hicieron.
»	33	» 33.ª	el protestantismo	al protestantismo.
»	»	» »	contra él	contra la Iglesia.
»	67	» 37.ª	Santo	Santón.
»	70	» 6.ª á 9.ª	y últimamente.... de ninguna otra	(Deben suprimirse estas líneas.)
»	93	» 5.ª	pantheismo	*panentheismo.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

c/1010223

92914